



Anina Roma

Un plan
casi
Perfecto

Un plan casi perfecto

Índice

[¡ No te lo vas a creer!](#)

[Expectativas vs realidad](#)

[Una maldita locura](#)

[Maldito karma](#)

[A situaciones excepcionales, medidas excepcionales](#)

[Querer y que te quieran](#)

[Momentos felices de la infancia](#)

[La chispa](#)

[Sin palabras](#)

[Desvelando secretos](#)

[La primera vez que la vi](#)

[Morirse de ganas](#)

[¿ Qu é te pasa, Mario?](#)

[Mujer de rojo](#)

[La luna](#)

La primera vez que hablamos

M á s tangible, m á s real

Contigo

Con las ganas ...

La llamada

Llamarte amor

La primera vez que supe lo que sent í a

Hagas lo que hagas, ponte bragas

Carabinas

Barbie, Ken y la familia perfecta

El miedo campando a sus anchas

Su felicidad por encima de la m í a

En blanco y negro

Espiral de tristeza

Diciembre

Juntos somos infinitos e invencibles

Ep í logo

[Sobre la autora](#)

¡No te lo vas a creer!

—¡Paula! ¡No te lo vas a creer! —suelto un gritito histérico al teléfono mientras ando de un lado al otro con nerviosismo.

Estoy tan contenta que me apetece hacer un bailoteo ridículo y todo, pero me contengo. Estoy en la sala de descanso de la oficina y hay varias mesas ocupadas. Después de la fiesta de Navidad del año pasado, en la que acabé cantando *Dancing Queen* de Abba subida en mi escritorio con un bolígrafo en forma de pene (regalo de Paula, por supuesto) a modo de micrófono, mi cordura en esta empresa está en entredicho. Me pasé con el ponche, acabé muy pedo y alguien me retó a hacerlo. Días después, Olivia de Personal, me preguntó si quería hablar con ella de mi pequeño problemita con el alcohol.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Paula con expectación.

—Mario acaba de invitarme a cenar a su casa esta noche. Me ha dicho que quiere explicarme algo importante. —Vuelvo a soltar otro gritito. El corazón se me infla como un globo y el estómago me burbujea lleno de felicidad como si acabara de tomarme una botella entera de champagne—. Tengo un palpito, nena. Después de dos años, cinco meses y siete días, Mario por fin lo va a hacer, va a confesarme su amor.

—Eso es genial, Gina, pero... —Noto la duda a través del hilo telefónico
—. No te hagas demasiadas ilusiones, ¿vale?

—¿Por qué? —Alzo una ceja.

—Porque te conozco. Sé que tiendes a idealizarlo todo cuando se trata de Mario. Seguro que ya has mirado vestidos de novia y elegido la fecha ideal para la ceremonia. —Mierda. ¿Tan predecible soy? Porque sí, lo he hecho, he aprovechado la hora del almuerzo para echar un vistazo desde el móvil al catálogo de Pronovias—. Solo te digo que te esperes hasta esta noche, a ver lo que te dice.

Pongo los ojos en blanco, aunque tiene razón. Mario saca a relucir mi lado más visceral y soñador.

A estas alturas te estarás preguntando: «¿Quién es Mario?». Perdona, sé que debería haberte puesto en antecedentes antes, que nos acabamos de conocer y que soy para ti una auténtica desconocida. Tampoco es que vaya a atiborrarte de información nada más empezar, no quiero que te asustes y que salgas corriendo (aunque tiendo a la incontinencia verbal, aviso), pero sí que voy a hablarte de Mario, porque en mi lista de prioridades, él está en lo más alto.

Mario y yo nos conocimos el día que empecé a trabajar en Creative Energy, una agencia de publicidad afincada en Barcelona. Yo era becaria y él

director de cuentas. Se encargó de formarme durante los primeros días, antes de que pasara a formar parte del equipo creativo. Congeniamos enseguida y, cuando su novia le dejó, hará ya año y medio, yo estuve a su lado en todo momento y nos hicimos grandes amigos. ¡Hasta nos fuimos a esquiar juntos con sus amigos! Desde entonces somos íntimos y quedamos de vez en cuando. Aunque nunca haya pasado nada entre nosotros, hay química. Esas cosas se notan, ¿no? Me gusta estar con él y sé que a él le gusta estar conmigo. Siempre he pensado que no había querido ir más allá en nuestra relación porque trabajamos juntos, pero algo me dice que esta noche, por fin, va a dar el gran paso.

Paula y yo seguimos cotilleando un rato, hasta que su secretaria entra en el despacho y la interrumpe. Paula es Home Stager, se dedica a poner bonitas las casas que otros quieren alquilar o vender.

—Tengo que dejarte, nena, acaba de llegar un cliente. ¿Quedamos mañana en el Starbucks del centro y me lo cuentas todo con pelos y señales?

—¡Por supuesto! Y acuérdate de mandarme tus buenas vibraciones esta noche.

—Eso dalo por hecho.

Le digo adiós, cuelgo, me muerdo el labio y suelto un suspiro soñador.

—Así que esta noche es la gran noche —dice una voz masculina a mi

derecha.

Reconozco la voz al instante. Solo una persona tiene esa mezcla de voz grave y rasgada que consigue cabrearme con tan solo rozar el aire. Giro la cabeza y ahí está él, Hugo, mi archienemigo número uno. Tiene una sonrisa de suficiencia dibujada en la cara y los ojos clavados en la pantalla de su móvil. Ni siquiera se digna a mirarme.

Me cruzo de brazos y frunzo el ceño.

—¿No tienes nada mejor que hacer que espiarme?

—No es que te espíe, es que no eres precisamente una persona discreta. Te he oído hablar con tu amiga desde mi escritorio.

Le fulmino con la mirada. Es cierto que, cuando me excito, hablo con un tono de voz alto, pero nadie escucha conversaciones ajenas sin quererlo.

Hugo sigue sin levantar la vista del móvil, donde se adivina una conversación de wasap. Resoplo.

—Es de mala educación hablar con alguien sin mirarle a la cara, ¿sabes?

Hugo deja de teclear y clava sus ojos castaños en los míos.

—Perdona, no sabía que estuviéramos teniendo una conversación. — Mete el móvil en el bolsillo de su pantalón color camel y pone los brazos en jarras —. Soy todo tuyo.

Hoy lleva una camisa estampada con pequeñas jirafas. Ayer en vez de jirafas llevaba flamencos. Otro hombre estaría ridículo con algo así, pero a él le sientan condenadamente bien, mal me pese. Y es que Hugo puede ser un idiota, pero es un idiota atractivo.

Es alto, moreno y bien proporcionado. Tiene un cuerpo atlético y tonificado, pero sin ser un croissant de gimnasio, y bajo esas camisas ridículas con estampados que siempre lleva, se adivina un torso trabajado. Su rostro es tan perfecto que parece cincelado por un escultor, con su nariz recta, sus labios carnosos y unos ojos vivarachos de color castaño enmarcados por unas cejas bien formadas.

Arg, ¡cuánto le odio! Cuánta belleza ha desaprovechado la madre naturaleza con él.

Recuerdo que la primera vez que lo vi pensé en lo mucho que me hubiera gustado acariciar su pelo de aspecto suave y sedoso para comprobar si era tan suave y sedoso como parecía. Ahora no la tocaría ni con un palo. Como mucho se la arrancaría a tirones y me haría una bufanda con él.

—¿Con quién hablabas tan concentrado? ¿Con Estela?

Sus cejas se levantan con sorpresa.

Estela es alguien que suele llamarle a menudo. He visto su nombre parpadeando más de una vez en la pantalla de su móvil. Si Hugo se cree que es

el único con dotes detectivescas, está equivocado.

—¿Celosa, canija?

—Primero, no me llames canija, y segundo, ¿celosa yo? ¿Por qué tendría que estarlo? Lo que hagas tú con tu rabo me es del todo indiferente.

Se carcajea y niega con la cabeza.

—Soy consciente de ello. Ya sé que la única persona que ronda tu calenturienta cabecita es Mario, el amor de tu vida, el hombre con el que te quieres casar, tener cinco hijos y vivir en una casa grande con jardín y valla blanca.

Tengo el ceño tan fruncido que parezco cejijunta. Esa frase se la he dicho alguna vez a Paula en privado. Es mi plan secreto para el futuro. Aunque si lo sabe Hugo, muy secreto no es.

—¿De dónde has sacado eso?

—Ya te lo he dicho, no eres precisamente discreta. Y no haces más que repetirlo, cariño. Si quieres saber mi opinión, eso de los cinco hijos me parece un poco de coneja, y lo de la casa con valla blanca demasiado cliché.

—Por suerte, me importa una mierda tu opinión, cariño.

Doy media vuelta con toda la dignidad de la que soy capaz y regreso hasta mi escritorio caminando tan tiesa que parece que alguien me haya metido un

palo de escoba en el culo.

Hugo y yo, como ya he dicho, somos archienemigos. Lo somos desde que nos conocimos. Digamos que tuvimos un primer encontronazo algo desafortunado, y desde entonces nuestra relación se basa en el odio mutuo. Sé que la palabra «odio» es muy fuerte, pero no sé me ocurre otra palabra para describir lo que siento cuando le miro, y eso que trabajamos codo con codo en la mayoría de proyectos. Pero es que no lo puedo evitar, Hugo es egocéntrico, presuntuoso y entrometido hasta decir basta.

Me siento en mi sitio y me pongo a trabajar. Estoy tecleando en un ordenador cuando escucho el revuelo de exclamaciones y comentarios de voces femeninas a mi alrededor, y sé, si necesidad de levantar el rostro, que Hugo acaba de regresar a su puesto, a pocos metros de aquí en diagonal. Ambos trabajamos en una zona diáfana llena de mesas con ordenadores repartidos en un espacio alargado.

Alzo la mirada y veo un par de chicas coqueteando con él. Ríen tontamente cuando él les sonrío.

¡Venga ya! ¡Qué exageradas!

Como si hubiera notado mi mirada en su cogote, Hugo se gira y me mira. Frunzo el ceño cuando nuestras miradas se encuentran. Nuestros ojos centellan. Nos desafiamos con la mirada sin necesidad de decir nada durante

unos segundos, hasta que una de las chicas vuelve a llamar su atención y yo vuelvo a clavar la vista en la pantalla del ordenador.

Ojalá llegue de una vez esta noche.

Expectativas vs realidad

Me miro en el espejo una última vez antes de salir de casa. Dentro de lo que cabe no estoy nada mal. Hoy me he puesto un vestido azul marino con cuello de Peter Pan y unos stiletos de color negro. Estoy... adorable. Mona si me apuras. Seguramente pensarás que soy la típica protagonista de novela que es un pibón pero que no lo sabe y se infravalora. Pues no. Siento decepcionarte. Ni soy una barbie ni pretendo serlo. Mido un metro cincuenta y siete, tengo el pelo castaño claro, la cara llena de pecas como si me hubieran salpicado con una brocha de pintura, pechos pequeños, nariz respingona y caderas pronunciadas. Además, soy un poco paticorta. Sí, paticorta. Paula dice que estoy loca y que no es cierto, pero os juro que es verdad. Tampoco es que sea muy evidente, no te vayas a pensar, pero yo que me veo todos los días en el espejo de cuerpo entero que tengo en mi habitación, me doy cuenta de este detalle de mi físico. Y no, no estoy traumatizada por eso. Hay gente alta, hay gente baja, hay gente delgada, hay gente gorda y a mí me ha tocado ser paticorta. Por suerte, más allá de la medida de mis piernas, también tengo mis encantos. Por ejemplo, tengo unos ojos preciosos. Son grandes, de un azul cobalto intenso y con las pestañas muy largas, espesas y negras, por lo que aún destacan más. Mis labios son carnosos y siempre los llevo pintados de rojo,

ese es uno de mis signos de identidad. También tengo un buen culo. O eso han dicho siempre los chicos con los que he salido (aunque mi historial amoroso no es que sea muy extenso).

Tras haberme dado el visto bueno, cojo el bolso, la chaqueta y salgo de mi pequeño apartamento del Raval. Es un piso antiguo y no es muy grande, solo tiene dos habitaciones, y una es tan pequeña que toco las paredes de lado a lado cuando extendiendo los brazos, pero a mí me encanta. No puedo aspirar a mucho más teniendo en cuenta los precios abusivos del alquiler en la ciudad y lo que me pagan. Suficiente hago para llegar a fin de mes. Mis padres a veces me dan algo de dinero, aunque ellos tampoco es que tengan una situación muy boyante. Somos una familia de clase trabajadora de un pueblecito pequeño del Pirineo, es lo que hay.



Llego a casa de Mario media hora más tarde. He venido en taxi para ahorrarme los trasbordos del metro. Pago al taxista y me bajo del vehículo sintiendo como las piernas se convierten en gelatina a causa de los nervios.

¡Ay, Dios! ¡Estoy a punto de ver a Mario!

Mario, el hombre de mi vida, con el que quiero casarme, tener cinco hijos y vivir en una casa grande con jardín y valla blanca. En este momento recuerdo la conversación de esta mañana con Hugo. ¡Menudo idiota! Meneo la

cabeza y me obligo a eliminarlo de mi mente, tengo que centrar todos mis pensamientos en Mario y en lo que está a punto de suceder.

Subo las escaleras que me separan de portal y llamo al interfono. Mario abre la puerta y me apresuro a coger el ascensor. Cuando aprieto al timbre de su piso, el corazón me bombea tan fuerte que parece que quiera romper mis costillas para salirse rodando de mi pecho. Estoy a un paso de que me dé un infarto y que tengan que venir los paramédicos a reanimarme con un desfibrilador.

Mario no se hace esperar. Abre la puerta y me mira con una de sus sonrisas arrebatadoras.

Jesús, María y José, ¡está increíble esta noche!

Lleva un atuendo informal muy diferente al traje que suele llevar al trabajo: vaqueros algo desgastados, un jersey a rayas remangado hasta los codos y las zapatillas de andar por casa. El cabello, de un rubio algo cobrizo, sigue perfectamente peinado a un lado, sin un pelo fuera de su sitio.

Mario es atractivo, pero de una forma sobria y elegante, sin excesos. Es decir, no es como Hugo, que hay algo magnético en él que te hace seguirlo con la mirada. No, Mario es de esos hombres que al principio pueden parecerte del montón, pero del que es imposible no enamorarse cuando le conoces de verdad.

Por cierto, ¿qué hago yo comparando a Mario con Hugo?

Mamá tiene razón al decir que soy de mente dispersa.

—Eh, no te quedes ahí parada, pasa, anda.

Mario se aparta de la puerta y entro.

No es la primera vez que estoy en su casa, pero, aun así, me sigue sorprendiendo lo bonita que es. Es un *loft* decorado con tonos beige, diáfano, con cocina, salón y comedor en un mismo espacio. Los muebles son de madera oscura y las paredes están llenas de fotos hechas por él. La fotografía es su gran pasión.

—Estás muy guapa —dice, dirigiéndome hacia la zona de la cocina.

—Tú tampoco estás nada mal —le devuelvo el cumplido, coqueta.

Desde aquí puedo ver la mesa. Me decepciona que no esté servida. Ni mantel, ni flores, ni velas. Aunque el hilo musical me encanta. Frank Sinatra nos deleita con su *Fly me to de moon*. Aún tengo esperanzas de que las cosas vayan como he previsto en mi cabeza.

—¿Te gusta el pepperoni? —pregunta, sacando dos platos del mueble de la cocina.

Afirmo con la cabeza, abre el horno y saca una pizza de él. Me desinflato por momentos. Esto cada vez tiene menos pinta de cena romántica y más de

cena entre colegas. Quizás mis expectativas estén algo adulteradas por el exceso de azúcar que suelen tener las películas románticas que a mí tanto me gustan.

—He pensado que podemos cenar en el sofá. He tenido un día largo y así podremos estar más cómodos, ¿te importa? —Me lanza una mirada de reojo mientras corta la pizza en triángulos perfectos. Así es Mario. Ordenado, limpio y perfeccionista.

—No, no. En absoluto.

Acabamos sentados en el sofá, con la pizza humeante en la mesa de centro y dos latas de cerveza sobre dos posavasos de color verde limón.

Nos pasamos la siguiente hora hablando de cómo nos ha ido el día, como si fuéramos un viejo matrimonio.

Aunque trabajamos juntos, Mario y yo nos vemos poco porque él tiene despacho propio. Uno grande, con vistas a la ciudad y mucha luz natural.

Cuando nos terminamos la pizza, saca de la despensa una caja de galletas de canela y manzana. Me voy poniendo nerviosa por momentos, porque parece que no hay manera de encarrilar la conversación hacia el punto que yo quiero. Si estoy aquí es porque Mario tenía que explicarme algo importante. Detallarme la tipografía que va a usar para ilustrar el último anuncio de una reputada marca de vaqueros no es algo importante.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Mario se limpia las migajas de galleta que se le han quedado en los labios y se queda en silencio. Parece sopesar algo. Cuando abre la boca, sus ojos parecen más brillantes que nunca.

—Gina... —Dice mi nombre con una cadencia aterciopelada que me desarma. Ay, ha llegado el momento, lo presiento.

Me acerco un poco más a él hasta que nuestras rodillas se tocan.

—Dime, Mario. —Intento poner un tono de voz sexy, pero en su lugar me sale una especie de sonido gutural con gallo incluido.

Me sonrío con inquietud.

Una calidez se expande por mi estómago.

—Creo que me he enamorado.

El corazón hace un salto mortal dentro de mi pecho como si fuera un delfín. Madre mía, me siento tan inquieta que las manos me tiemblan.

Trago saliva y digo con la voz algo entrecortada:

—Te entiendo, Mario. A mí me pasa exactamente lo mismo.

—¿Estás enamorada? —pregunta sorprendido y extrañado a la vez. Afirmo con la cabeza y sus cejas se arrugan—. ¿Desde cuándo? No me habías dicho nada.

—Tú tampoco.

—Es que... no es fácil para mí hablar de estas cosas, ni si quiera sé cómo empezar. —Se pasa una mano por el pelo, dubitativo.

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

Le doy una palmadita en el muslo para reconfortarle y se me aguan los ojos embargados por la emoción. Después de tanto tiempo, después de tanto esperar este momento, por fin ha llegado.

—Sí, tienes razón. A ver... Desde el principio. —Carraspea antes de seguir—. ¿Recuerdas que pasé el mes de agosto en casa de mis padres? —Me interroga con la mirada y yo afirmo con un movimiento de cabeza. Mario es de un pueblo pequeño de Valencia, sus padres viven allí y suele ir a verlos a menudo. Aunque no sé qué tiene que ver esto con nosotros. Hace dos meses de eso—. Pues a la vuelta, cuándo nos vimos y me preguntaste cómo me lo había pasado, se me olvidó mencionarte algo.

Parpadeo. Él me lanza una mirada avergonzada.

—¿A qué te refieres? —pregunto casi en un grito, porque el rumbo que está tomando esta conversación no me gusta nada.

—Pues que en realidad pasé la mayor parte del tiempo con otra persona.

La noticia cae en mi cabeza como un jarrón de agua helada. Noto como la

garganta se me seca y la ansiedad se apodera de mi cuerpo.

—¿Otra persona?

—Sí. Se llama Raquel.

—¿Raquel?

Parezco un eco repitiendo lo que él dice, pero es que estoy en shock. De todos los escenarios posibles, este no lo había ni contemplado.

—Raquel y yo nos conocimos en el instituto y fue mi primera novia. Decidimos dejarlo cuando empezamos la universidad, porque íbamos a estudiar en ciudades distintas y sabíamos que un amor a distancia acabaría estropeando la relación. Hacía mucho que no coincidíamos, y nos reencontramos en la cafetería del pueblo. Había quedado para tomar algo con unos viejos amigos y nada más entrar oí su risa. Cuando la vi, sentada en la que antaño había sido nuestra mesa, riendo con su hermana Cristina... Fue mágico, Gina. Nunca he creído que el amor hace tambalearse el mundo y provoca fuegos artificiales. Pero te juro que eso es lo que me pasó en el instante en el que nuestras miradas conectaron.

No sé qué decir.

Yo, que siempre tengo algo que decir, me he quedado sin palabras. Un agujero negro se ha instalado en mi estómago y creo que se las ha tragado

todas.

—Ha sonado muy cursi, lo siento. —Suelta una risita y hace un movimiento con la mano para restarle importancia.

—No... Es decir... Es bonito.

Porque, mierda, lo es. No es la historia que quería escuchar. Pero es una historia bonita.

—Sí, ¿verdad?

Me muerdo el labio y me apresuro a preguntar, intentando averiguar el alcance de la tragedia:

—Entonces, ¿solo tuvisteis un lío?

Mario alza una ceja

—No exactamente, es decir, nos reencontramos, saltó la chispa y pasamos unos días geniales en el pueblo, pero desde entonces hemos seguido viéndonos.

—Vaya, pensé que al vivir tan lejos...

—Ah, no, no. Ella vive en Barcelona también. Al igual que yo había ido a pasar el verano con su familia.

Genial. Y encima vive en la ciudad.

Resoplo y cojo una galleta que me zampo casi sin masticar, porque ahora mismo estoy al borde de un colapso nervioso.

—¿No dices nada?

Me encojo de hombros.

—¿Felicidades?

—No pareces contenta. —Me escruta con la mirada.

—No es eso, es solo que... —Debería decirle la verdad, debería ser sincera con él y confesarle lo mucho que me duele descubrir que está enamorado de otra teniendo en cuenta lo que siento, pero mi dignidad no me lo permite—. Me lo has estado ocultando durante meses.

—Lo sé...

—Pensaba qué éramos buenos amigos.

—Y lo somos, pero es que no sabía muy bien si la cosa iría en serio o no. Ayer quedamos para cenar, lo hablamos y... bueno, decidimos hacerlo oficial. Eres la primera persona a la que se lo digo... Eres mi mejor amiga. —Dios, eso ha dolido. Trago saliva y clavo mi mirada en mis manos, ahora hechas un puño apretado sobre mi regazo. Mario alza mi barbilla con su dedo índice y me obliga a mirarle a los ojos de nuevo—. No te enfades, anda, además, tú también estás enamorada de alguien y no me habías dicho nada.

Esto es genial, de verdad que sí. Cojo la lata de cerveza y me bebo lo que queda de un trago, sintiendo la boca seca y pastosa.

—¿No me vas a decir quién es?

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza.

—¿Le conozco?

No respondo. Veo sus ojos grises e inteligentes bucear en los míos. Cuando una chispa salta en ellos temo que haya descubierto la verdad. Las palmas de la mano me sudan y deshago los puños para limpiarlas nerviosa en la falda del vestido.

—Ya sé quién es —añade con seguridad.

—No saques conclusiones precipitadas, Mario, en realidad no...

—Y entiendo porque te da vergüenza, pero...

—De verdad, prefiero no hablar de ello, es una situación embarazosa y...

—Nos vamos pisando las palabras, pero está claro que ninguno de los dos va a dejar de hablar para escuchar al otro.

—Estás enamorada de Hugo, ¿verdad?

¿Qué?

Enmudezco. Abro mucho los ojos y dibujo una «o» perfecta en mis labios pintados de rojo.

—¿Estás loco? —pregunto al fin, tras haber procesado la información.

—Estar enamorada de Hugo no es tan malo —repite.

Suelto una risita histérica.

—De eso nada. Hugo es ególatra, vanidoso y presuntuoso. ¿Cómo puedes creer que esté enamorada de él si no le soporto?

—Ya sabes, la línea que separa el odio del amor es muy fina. —Al hablar parece algo irritado. Ha cruzado los brazos y esa sonrisita bobalicona de enamorado que tenía hasta ahora ha sido sustituida por una mueca de enfado. Parece... ¿celoso?

Le miro con incredulidad, porque su teoría es la más absurda que he escuchado nunca. Pero, algo me dice que la idea de que sea cierta no le gusta demasiado.

—Vale, lo confieso. Sí, estoy enamorada de Hugo. —Cuando escucho salir estas palabras de mi boca un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

Mario se muerde el labio y hace una mueca.

—No sé si es buena idea, Gina.

—Has dicho que estar enamorada de él no era tan malo.

—No, a ver... No es que sea malo. Pero somos amigos y quiero lo mejor para ti. Hugo no creo que sea lo mejor. Además, todas las chicas de la oficina suspiran por él, podría tener a cualquiera.

Este comentario me sienta como una patada en el culo. ¿He leído entre líneas que, pudiendo tener a cualquiera, por qué iba quedarse conmigo? Ahora soy yo la que se cruza de brazos.

—Pues resulta que, a pesar de tener un montón de fans revoloteando a su alrededor, me ha elegido a mí.

¿Sabes cómo se crea un alud? Empieza con un poco de nieve, que arrastra más nieve hasta convertirse en una montaña de nieve enorme. Lo mismo ocurre con las mentiras. Empiezas con una pequeña y acabas con una del tamaño de la Sagrada Familia.

Mario parece estupefacto con mi afirmación.

—¿Estáis liados?

—Resulta que sí. Ya sé que soy poca cosa, pero a él le gusto.

—No he dicho eso, Gina.

—Lo has insinuado. Y para tu información, a Hugo le parezco preciosa. Dice que soy la chica más sexy con la que ha estado y que se lo pasa genial

conmigo. —Me levanto del sofá sintiendo como la ira me agita por dentro, y cojo mi bolso y mi chaqueta sin dejar de hablar—: Además, soy muy buena en la cama. Hice gimnasia rítmica de pequeña y soy extremadamente flexible, así que no te puedes llegar a imaginar lo que soy capaz de hacer...

—No te marches. —Me pide Mario, que me ha seguido por el piso en mi intento de huida—. Lo siento si te he ofendido. De verdad que no quería insinuar nada de eso. Ya sabes que, de la oficina, tú eres mi persona favorita.

Me pongo la chaqueta, cuelgo el bolso de mi hombro y le miro.

—Tampoco hace falta que me hagas la pelota.

—No lo hago. Lo pienso. Eres mi chica, ¿recuerdas? —Vuelve hacer eso de acariciarme la barbilla con el dedo índice para incitarme a mirarle a los ojos. Los míos me escuecen. Me muerdo la lengua para no echarme a llorar—. ¿Hugo te hace feliz?

—¿Raquel te hace feliz a ti? —respondo con otra pregunta.

Tarda, pero finalmente hace una afirmación segura con la cabeza.

Yo hago otra.

Nos quedamos unos segundos tensos sin decir nada. El aire se ha vuelto denso, pesado. Necesito salir de aquí.

—Me voy, se ha hecho tarde y mañana he quedado para desayunar con

Paula.

—¿Seguro que no quieres quedarte un poco más?

Niego con la cabeza, levanto la mano a modo de despedida y salgo del piso acompañada de la última estrofa de *My Way*. Frank Sinatra sigue cantando con su increíble voz. Y esa canción, que siempre me ha gustado, me arranca la primera lágrima de todas las que vendrán.

Una maldita locura

A la mañana siguiente encuentro a Paula en la puerta del Starbucks, esperándome. Nada más verme intuye que algo malo ocurre. He salido de casa sin pintarme los labios de rojo, y eso suele ser sinónimo de drama. Además, ni siquiera me he arreglado. Me he peinado con una coleta desaliñada, me he vestido con el chándal que uso para estar por casa, y tengo los ojos enrojecidos de la llorera que me he pegado esta noche. A su lado, parezco una sintecho a la que ha recogido de la calle. Ella, en cambio, está preciosa. Un vestido verde botella se adivina bajo la gabardina abierta. Lleva la melena rubia suelta sobre los hombros, en unas ondas que enmarcan su rostro.

—¿Estás bien, cielo?

Niego con la cabeza y noto las lágrimas picarme en los ojos. No quiero llorar, no ahora.

Entramos, pedimos y nos sentamos en unos sillones libres, pegados al ventanal. El olor del café flota en el aire y la música *chill out* típica de estos establecimientos nos invita a relajarnos.

Yo me he pedido un Chai Latte y un muffin de fresa. Paula se ha pedido un café solo extra grande y una cookie de chocolate con avellanas. Ahí va otra de

las grandes verdades de Gina que debes conocer: no me gusta el café ni tampoco me gusta el chocolate.

Mientras nos tomamos nuestras bebidas, le explico lo ocurrido la noche anterior, cosa que también me ayuda a ver las cosas con perspectiva.

Puede resumirse en tres ejes principales:

- Fui a casa de Mario pensando que me declararía su amor. En vez de eso, me confesó que estaba enamorado de otra, con la que, además, está saliendo desde hace dos meses.
- En el fulgor del momento yo le dije que también estaba enamorada de alguien. Por misterios inexplicables de la vida, él creyó que me refería a Hugo.
- Cuando en un ataque de locura transitoria afirmé lo de Hugo, me pareció ver cierto brillo de inquietud en sus ojos. ¿Eran celos o solo sentido de protección de un amigo hacia una amiga?

Paula me escucha con atención, rompe con cuidado la cookie entre sus dedos antes de metérsela en la boca y suelta algún que otro monosílabo. Cuando termino de hacer la explicación, se limpia los dedos con una servilleta y me mira fijamente con sus enormes ojos color mostaza.

—En menudo lío te has metido, Gina. —Suelta una risita y yo hago un mohín, aunque no me engaño, sé que tiene razón—. A ver, por partes. Lo de la

novia es una putada, pero no es el fin del mundo. Según Cosmopolitan, el 67% de relaciones que se mantienen antes de los treinta suelen acabar en ruptura.

Pongo los ojos en blanco. Paula tiene una especie de obsesión con la revista Cosmopolitan. Hay gente que tiene fe en una religión y luego está Paula, que tiene fe en todo lo que dice esa publicación femenina.

—Además —prosigue—, ya tuvieron una relación antes y no les salió precisamente bien, ¿no?

—De eso hace una eternidad. Eran adolescentes.

—¿Y qué? Ya sabes lo que dicen: segundas partes nunca fueron buenas.

—No sé, Paula. Está muy colado por ella. Si le hubieras visto como le brillaban los ojos cuando me explicó su historia...

Me acerco un dedo en la boca y hago un gesto como si tuviera ganas de vomitar.

—Pero se molestó cuando le dijiste que estabas liada con Hugo... —
Vuelve a soltar una risita que acaba convertida en una carcajada. La miro con los ojos entornados. Ella sigue riéndose. Puedo ver unos lagrimones cayendo por sus ojos.

—Bueno, ya está bien con el cachondeíto, ¿no?

—Lo siento, nena, es que estamos hablando de Hugo. ¡Tú odias a Hugo!

—¡Lo sé!

—¿Qué procesos mentales le llevaron a pensar que estabas enamorada de él? Y ¿por qué tú no lo desmentiste?

—No lo sé, tía. Todo pasó muy rápido, me colapsé. Y luego discutimos porque yo malinterpreté algo que él dijo y... no sé. Salió así.

—Bueno, pues saca partido a toda esta confusión.

Me mira pícara y yo alzo las cejas con interés.

—¿Cómo?

—A ver, él te ve como Gina, la chica con la que puede contar siempre que lo necesita porque está disponible. A los hombres les gusta un poco de dificultad. Lo fácil es aburrido. Tienes que ser inaccesible.

—¿Te das cuenta de que eso que dices no es más que una sarta de topicazos? —murmuro dando un trago a lo que queda de mi Chai Latte.

—Topicazos o no es la verdad. Lo leí en Cosmo...

—En Cosmopolitan, sí, ya —la interrumpo. Ella pone morritos por no haberle dejado terminar y yo resoplo frustrada—. Pero a mí ese tipo de juegos no me van. ¿Cómo se supone que tengo que hacerme la inaccesible?

—Sacando provecho de tu lío imaginario con Hugo.

Abro los ojos como naranjas.

—Ah, no, no, dejaré pasar un par de días y luego le diré a Mario que lo mío con Hugo ha terminado. No puedo mantener esa mentira mucho tiempo. Como Hugo se entere de esto va a ser mi final.

—Haz lo que quieras, cielo, pero para que Mario te vea con otros ojos, tienes que actuar deprisa, antes de que, lo que tenga con esa arpía, sea demasiado serio.

Clavo la mirada en el vaso de plástico que sostengo entre las manos mientras pienso en ello. Quizás Paula tenga razón, pero todo esto es una locura. Una maldita locura de la que me acabaré arrepintiéndome tarde o temprano.

—Bueno, cambiemos de tema, ¿cómo vas tú con tu proyecto de novio?

Se muerde el labio.

—Lo hemos dejado.

Paula suspira con profundidad y me pone al corriente de todo. Llevaba unas semanas viéndose con un hombre, parecía que todo iba bien, pero hace cinco días que no le responde a los mensajes. Lo que en el diccionario de cualquier soltera significa que se ha cansado de ella o ha encontrado a otra.

La pobre Paula lleva una racha bastante mala en cuanto a hombres. Debe

haberse topado con los peores especímenes de Barcelona. Desde que su novio de toda la vida rompió con ella, va dando tumbos de relación en relación sin encontrar el hombre indicado. Ella no cree en los rollos de una noche, le gusta estar en pareja, pero hasta ahora no ha tenido mucha suerte en el amor. De hecho, yo la conocí gracias a eso.

Hacía poco que me había mudado en la ciudad y me sentía sola porque no conocía a nadie. Aquella noche salí con los del curro a tomar algo en un pub. Aún no había entrado en Creative Energy y trabajaba en una pequeña agencia de marketing a media jornada. En un momento dado, fui al baño, hice un pis y cuando salí para lavarme las manos, la vi. Estaba sentada en el suelo y lloraba como una madalena. Me senté a su lado, le di un pañuelo, intenté consolarla, y me explicó que un hombre acababa de romper con ella por mensaje. Aquella noche hablamos hasta las tantas, nos explicamos nuestra vida, bebimos juntas hasta acabar beodas y terminamos en su casa, durmiendo juntas sobre la alfombra del salón mientras veíamos *El diario de Bridget Jones*. Desde entonces somos íntimas.

—Empiezo a estar harta, Gina. Creo que debo empezar a afrontar la realidad: el amor no está hecho para mí.

—No digas eso, aún eres joven —le recuerdo. Paula tiene veintinueve años, yo veintisiete.

—Voy a ser una solterona, como mi tía Mercedes.

—No vas a acabar como tu tía Mercedes —la animo. Para Paula, su tía Mercedes es todo lo que ella no quiere ser. Está soltera, vive con una jauría de gatos, no sale nunca de casa y tiene una obsesión un poco enfermiza con la Teletienda. Su casa parece un museo de objetos absurdos.

Consigo sacarle una sonrisa y seguimos hablando sobre hombres un buen rato, hasta que se hace tarde y decidimos acercarnos hasta la *Ciudadella* para pasear un rato antes de acabar comiendo en nuestro restaurante japonés preferido.

Confieso que no puedo dejar de pensar en Mario, Hugo y todo lo que está por venir el lunes...

Maldito karma

El lunes por la mañana llego a la oficina con el estómago revuelto. Llevo desde el viernes con ardores, y es que a mí los nervios me atacan por ahí. Todas mis crisis acaban conmigo ingiriendo una cantidad inmensa de antiácidos y protectores estomacales.

Me dirijo hasta mi departamento saludando a todo aquel que me cruzo por mi camino con un escueto saludo, algo raro en mi efusividad habitual. Nada más sentarme en mi sitio noto la mirada de Hugo fija en mi persona. Un cosquilleo que me recorre la sien.

Tengo un radar que detecta su mirada a kilómetros de distancia. Estemos donde estemos, solos o acompañados, si él me mira, yo lo noto. Es como un superpoder. Un superpoder de lo más inútil, todo sea dicho.

Levanto la mirada y ahí está Hugo, tomándose un café en su ridícula taza decorada con un unicornio mientras evalúa mi atuendo. Hoy llevo unos pantalones ceñidos de color negro y una camisa blanca con un lazado en el cuello. Él, por su parte, viste una camisa estampada con bicicletas diminutas (de todas las que tiene, es la menos llamativa) y unos pantalones chinos azul marino que le hacen muy buen culo (no es que lo diga yo, es un comentario que

he oído en la sala de descanso en algún corrillo femenino).

Como siempre, después de nuestra mutua evaluación visual, clavamos los ojos en los ojos del otro. Es una especie de competición que hacemos todas las mañanas. Nos quedamos mirando el uno al otro sin decir nada hasta que uno de los dos aparta la mirada. Quién aguanta hasta el final, gana. Cuando Sergio se acerca a él para preguntarle algo y se ve obligado a desviar sus ojos de los míos, siento una especie de regocijo súbito al saberme vencedora en este juego absurdo al que hace tiempo que él y yo jugamos.



La mañana pasa rápido. Tengo mucho trabajo pendiente y, cuando me doy cuenta, ya es la hora del almuerzo. Me zampo un sándwich de jamón y queso sentada en una mesa libre mientras intercambio unos cuantos wasaps con Paula.

Paula: *¿Cómo va la misión «Poner celoso a Mario»?*

Gina: *Pues por ahora, esa misión ni siquiera existe, así que no va. Además, sigo pensando que no es buena idea.*

Paula: *¿Por qué no?*

Gina: *Si Hugo se entera de esto, no podré volver a mirarle a la cara.*

Paula: *Y eso sería una pena, con lo bueno que está...*

Gina: ¡Puaj!

Paula: No disimules conmigo, Gina, que le he visto en foto y está para hacerle un traje de saliva.

Gina: Será a escupitajos.

Paula: Si te va ese rollo...

Paula: Además, tiene pinta de tener el ciruelo del tamaño de un martillo percutor.

Gina: ¿¿¿¿???

Gina: ¿Y eso lo sabes mirando su foto o es que ahora eres pitonisa?

Paula: Soy Pitonisa jajajajajaja.

Gina: ...

Paula: ¿Lo pillas? Pitonisa, aquella que es capaz de adivinar el tamaño de un pito gracias a su poder mental.

Gina: ...

Paula: ¿Qué? Ha tenido su gracia.

Gina: Más bien he sentido un poco de vergüencita ajena.

Paula: Bah, tú que no tienes sentido del humor.

Gina: *Será eso.*

Paula: *En fin... Hazme caso con lo de Mario. Por probar no pierdes nada.*

Gina: *Lo pensaré, pero no te prometo nada.*



Por la tarde, nos apiñamos todos los integrantes del equipo creativo en una sala de reuniones. Tenemos que diseñar un anuncio televisivo que quiere lanzar una aerolínea para Navidad. Vamos un poco ajustados de tiempo, porque acabamos de empezar octubre, así que es urgente. La persona asociada a la cuenta es Mario. Hugo y yo nos encargamos de coordinar al equipo creativo para diseñar el proyecto que debemos presentar al cliente.

Nos pasamos la tarde haciendo una lluvia de ideas. Tenemos que elegir la más interesante y hacerle una presentación a Mario antes de finalizar la jornada. Después de un par de horas anotando palabras y conceptos en una pizarra magnética, tenemos lo que necesitamos, así que Hugo y yo, en representación al resto, nos dirigimos al despacho de Mario.

Mientras caminamos en silencio uno al lado del otro, no dejo de pensar en lo incómodo que va a ser esto.

Maldito karma.

Ayer estuve tentada de llamar a Mario para explicarle la verdad, pero algo me impidió hacerlo. Las palabras de Paula aconsejándome sacar partido de esta situación no hacían más que repetirse en mi cabeza como un eco.

Cuando llegamos al despacho de Mario, Hugo llama a la puerta con los nudillos y esperamos hasta que nos da permiso para entrar. Una vez dentro nos sentamos en las sillas que hay delante de su escritorio. Su despacho es grande, luminoso y está decorado con mucho gusto. A mí me recuerda al despacho que tiene Don Draper en *Mad Men*.

—¿Qué me habéis traído? —pregunta Mario tras un escueto saludo. Se ha sacado la americana y un mechón rebelde se ha escapado de su cuadriculado peinado a un lado de siempre.

Ay, qué mono está.

Le tiendo un folio con la explicación de la idea que hemos seleccionado para el proyecto y Hugo se encarga de explicársela.

—Habíamos pensado que el anuncio gire en torno a varias historias personales de gente que debe desplazarse en avión para regresar a casa y estar con los suyos durante las fechas navideñas. Hoy en día, con la cantidad de jóvenes que se han visto obligados a emigrar para labrarse un futuro, hay muchos casos así.

Durante los siguientes minutos Hugo le narra de forma detallada nuestra

propuesta. Hay que admitir que se le da muy bien explicar historias. Yo soy menos efectiva, porque me suelo ir por las ramas y al final pierdo el hilo de lo que estoy diciendo, pero Hugo es un orador sobresaliente.

No sé qué le estará pareciendo nuestra idea a Mario, porque mira a Hugo sin mover un solo músculo de su rostro. Más que estar escuchándole parece estar evaluándolo.

Cuando Hugo termina de hablar, Mario entrelaza los dedos de sus manos, tira el cuerpo hacia delante y frunce el ceño.

—Me esperaba algo menos típico.

Hugo y yo nos miramos compartiendo nuestro desconcierto.

—¿Menos típico? —pregunto yo.

—Sí, me ha recordado mucho a *Love Actually*.

—¿Y qué hay de malo? *Love Actually* es un clásico de las películas navideñas. Emularlo despertará la empatía de muchos.

—Me gustaría presentar una idea más arriesgada, más innovadora —insiste.

Yo le miro escéptica.

—¿Cómo qué?

—No sé. —Se revuelve en la silla hasta que una idea cruza su mente. Puedo ver el instante exacto en el que pasa porque sus ojos se iluminan —. Imaginad un avión a punto de estrellarse el día de Navidad. Dos niños gritan. Una señora mayor vestida de monja se santigua. Un ejecutivo que tiene miedo a volar tiene un ataque de pánico. Y entonces, aparece Santa Claus con un avión de la aerolínea tirado por renos para salvar la situación.

Parpadeo.

Vuelvo a parpadear.

¿Pero esto va en serio?

A mi lado a Hugo se le escapa una risita entre dientes que intenta disimular con un ataque de tos.

—¿Estamos hablando de un anuncio de Navidad o del próximo tráiler para una película de *Marvel*? —digo, incapaz de callarme.

—Ha sido un ejemplo —responde molesto—. Lo que quiero decir es que podéis hacerlo mejor. Traedme algo que no esté tan manido —insiste, con cara de pocos amigos.

Se pone a ordenar unos papeles y levanta un momento la mirada para observarme. ¿Qué bicho le habrá picado?

Nos devuelve la hoja con el informe e intento cogerla, a la vez que lo hace

Hugo. Mi mano queda encima de la suya. Puedo ver como Mario frunce el ceño observando nuestras manos unidas. La piel de Hugo es extrañamente cálida, es algo en lo que no había reparado antes.

Debería apartar la mano, lo sé, pero un impulso incontrolable me lleva a hacer algo inaudito: acariciar sus nudillos con mi pulgar.

El aire se vuelve denso.

La tensión del ambiente se podría cortar con un cuchillo. Un extraño placer me invade por dentro cuando la frente de Mario se arruga y una expresión de irritación invade su cara. Sin embargo, este placer se desvanece en el mismo instante en el que Hugo ladea su rostro para mirarme como si acabara de salirme un tercer brazo en la cabeza y le estuviera saludando.

Aparto la mano como si estuviera tocando una superficie que quemase, cojo mis cosas y salgo del despacho con paso firme.

A situaciones excepcionales, medidas excepcionales

Al día siguiente, nada más llegar al curro, volvemos a encerrarnos todos en la sala de reuniones otra vez para buscar una idea mejor para el anuncio de la aerolínea. La gente se sorprende al saber que Mario descartó nuestra propuesta. Es la primera que vez que lo hace.

Nos pasamos varias horas lanzando nuevas ideas a cascoporro. Cuando encontramos una que nos convence, escribimos un nuevo informe y regresamos al despacho de Mario.

Una vez más, Mario nos recibe con una expresión indescifrable. ¿Qué mosca le habrá picado a este hombre? Si hay alguien con derecho a estar enfadado, ese alguien soy yo.

—¿Y bien? —pregunta.

Alarga la mano y coge la hoja que le ofrezco.

—Le hemos dado una vuelta de tuerca a la propuesta de ayer...

Hugo le explica nuestra nueva sugerencia. Hemos pensado que el anuncio muestre la forma en la que cada cultura celebra las fiestas navideñas. La idea

es presentar a 5 viajeros diferentes llegando a 5 ciudades distintas usando los servicios de la aerolínea.

Mario le escucha atento, golpeando repetidamente un bolígrafo sobre la superficie de la mesa.

—En vez de centrarnos en el hogar y la familia, nos centraremos en la idea de aventura y diversidad cultural. —Termina la explicación.

Mario hace una mueca con los labios y lee el informe. Mientras lo hace, nos va echando miraditas. A mi lado, Hugo parece incómodo, y es que el ambiente está muy enrarecido.

Miro a Hugo de reojo y, no sé por qué motivo, algo me lleva a fijarme en el cuello de su camisa, cuyo lado izquierdo está más subido que el derecho. Una parte de mí me dice que no haga lo que estoy a punto de hacer, pero es que la otra parte me lo pide a gritos, y soy una persona impulsiva por naturaleza, así que alargo la mano con toda la naturalidad de la que soy capaz y le coloco bien el cuello, dándole una palmadita sobre el pecho al acabar.

Hugo frunce el ceño y Mario nos observa disgustado.

—Así mejor, cielito.

Al escuchar mi diminutivo, Hugo agranda los ojos y se atraganta con su propia saliva. Mario gruñe, da por acabada la lectura y deja el folio sobre la

mesa con aire taciturno.

—Vale. —Se encoge de hombros—. No es la idea más original del mundo, pero puede funcionar. ¿Podéis encargarnos de desarrollarla?

—Sí, claro, está eso hecho —digo yo con una sonrisa que intenta ser angelical y que estoy convencida de que debe ser parecida a la del Joker.

Nos quedamos unos segundos los tres callados en un silencio tenso.

—Bien —digo yo.

—Bien —dice Mario.

—Bien —dice Hugo.

Hugo y yo nos levantamos dispuestos a largarnos de aquí, pero Mario me llama y me pide que me quede un momento. Hugo me lanza una mirada irónica antes de cerrar la puerta tras de sí. Yo cojo aire y vuelvo a sentarme en la silla.

—Deberías ser un poco más disimulada, Gina.

—Llevas desde ayer un poco idiota, Mario. —Repito su fórmula de decir la frase con su nombre al final, porque suena a advertencia.

Mario suelta un bufido.

—La verdad es que no me gustó la manera en la que te fuiste de mi casa el

otro día.

—A mí tampoco.

—Eres mi mejor amiga, Gina. Y sí ese idiota te hace feliz, lo aceptaré. Solo me preocupo por ti. Pero deberías tener más cuidado, y más en el trabajo. Se nota a la legua que os gustáis.

No sé si reír o llorar.

—No me gusta. Lo nuestro es solo... sexo —miento. Y noto como el alud de mentiras se hace cada vez más grande.

—¿Sexo sin amor? Deja que te diga que no te creo, te conozco desde hace mucho y sé que no eres ese tipo de chica.

—¿Qué tipo de chica?

—El tipo de chica que se acuesta con alguien por el simple placer de hacerlo sin sentir nada por la otra persona.

Bueno, vale, es posible que el sexo por el sexo no me vaya mucho, pero me da rabia que Mario hable así, con condescendencia, como si tuviera la verdad absoluta sobre mi persona.

Resoplo y me encojo de hombros.

—Las personas cambiamos. Además, Hugo me da lo que necesito.

Alza una ceja y me escruta como si quisiera leerme la mente. Yo me limito a mirarle fingiendo una tranquilidad que ahora mismo no siento.

Esta situación no me gusta. Las mentiras no son lo mío. Pero la forma de actuar de Mario ante mi relación ficticia con Hugo me da mucho que pensar.

—Vale, mira, es tu vida. Haz lo que quieras, solo te pido que seas cauta, ¿vale?

—De acuerdo.

Me levanto con un gesto rápido y me dirijo hacia la puerta. Nada más salir del despacho suelto un suspiro de alivio y me encuentro con Hugo apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y una expresión sarcástica ocupándole todo el rostro.

—¿Qué haces aquí? —escupo, mientras empiezo a andar por el pasillo en dirección a nuestro sitio de trabajo.

—No sé, dímelo tú —dice siguiéndome—. Cielito.

Me paro en seco y le miro.

—Lo que ha pasado ahí dentro ha sido un episodio desafortunado de enajenación mental transitoria.

—Gina, no soy idiota. ¿Ayer me acaricias la mano y hoy me colocas bien el cuello de la camisa? Sé que aquí está ocurriendo algo.

Chasqueo la lengua, porque la verdad es que en vez de aclarar el malentendido con Mario la he jodido aún más.

—Es... complicado.

—Creo que podré seguirte. —Alza las cejas, como invitándome a darle una explicación.

Resoplo, miro a ambos lados y, de repente, se me ocurre una idea. Le cojo del brazo, abro la puerta del cuartillo de la limpieza que está justo a nuestro lado, y nos meto dentro. Estamos a oscuras, solo la luz que entra a través de los resquicios de la puerta nos permite observarnos entre las sombras. El espacio es muy reducido, así que estamos pegados el uno al otro, con un montón de material de limpieza a nuestro alrededor.

—¿Pero te has vuelto loca? —grita Hugo en un susurro. Ya sé que parece un oxímoron eso de gritar en susurros, pero es lo que ha hecho, porque, aunque no haya alzado la voz, ha sonado a grito.

—Tienes que ayudarme —me limito a decir.

Le miro suplicante y veo como su expresión furiosa se relaja.

—¿Ayudarte? ¿En qué?

—¿Recuerdas la cena tuve con Mario el viernes pasado?

—Ajá.

—Me explicó que... bueno, que tiene novia. Y digamos que un momento de delirio es posible que yo sugiriera que tú y yo... —Nos señaló sin acabar la frase. Decirlo en voz alta me resulta demasiado embarazoso.

—¿Tú y yo qué?

—Pues... eso. Ya sabes.

Pasa la lengua por su labio inferior y una sonrisa burlona ocupa su rostro.

—No, no sé. Sorpréndeme.

Será cabrón. Sé que me ha entendido perfectamente, pero quiere que se lo diga en voz alta. Está disfrutando con esta humillación. Está bien. Cojo aire y lo digo de carrerilla:

—Le dije que tú y yo estábamos liados.

Se tapa la boca con la mano y veo como intenta disimular una carcajada. Genial, encima se burla de mí.

—Lo sé, sé que suena ridículo —mascullo entre dientes, cruzándome de brazos.

—¿Y si suena ridículo por qué lo dijiste?

—En realidad fue él quien lo insinuó... Yo no lo desmentí, una cosa llevó a la otra y bueno... la cosa se enredó un poco.

—Por eso este teatrillo que te llevas estos días, ¿no? —Afirmo con la cabeza e intento emular la expresión del gatito de Shreck para que se apiade de mí—. Intentas ponerle celoso conmigo. —No es una pregunta, es una afirmación.

—Sí.

—Has perdido la cabeza por completo —dice, pero al contrario de lo que creo que hará no parece enfadado, sino divertido.

—Sé que puede parecer una locura, pero desde que se piensa que tú y yo tenemos un rollo, está raro. Como molesto. Ya viste ayer. —Gesticulo con las manos de forma exagerada—. Como no estoy disponible y no puede tenerme cuando quiere, empieza a verme con otros ojos.

—¿Disponible? ¿Tenerte cuando quiere? ¿Hablas de ti o de un lavabo?

—Eres idiota —espeto poniendo los ojos en blanco.

—Un idiota al que usas para poner celoso a otro. Interesante.

—No lo haría si no lo necesitara.

—A lo mejor es la manera que tiene tu subconsciente de decirte que te mueres de ganas de tener algo conmigo.

—Antes masticaría cristales y me los tragaría acompañados de lejía, Hugo.

—Uh, eso ha sonado muy mal. ¿Tan desagradable te parezco?

Tardo en responder. Está claro que su físico desagradable, lo que se dice desagradable, no es. Que lo odie no significa que esté ciega y que no pueda apreciar su belleza.

—Quizás con un esparadrapo en la boca no me resultarías tan repulsivo.

—Pues hay un montón de cosas interesantes que puedo hacer con la boca...

Sus palabras me sorprenden tanto que me quedo muda durante unos segundos. Noto su calor, su energía, su olor a cítricos y menta entrando en mis pulmones... Y de repente, una imagen invade mi cabeza: yo con la falda subida, sin bragas y él de rodillas haciéndome gemir de placer con su lengua.

Trago saliva. ¿Qué es ese hormigueo que siento entre los muslos?

—Eso ha sido tarjeta roja —digo al fin, notando mis mejillas arder.

Hace unos meses, desde el departamento de Personal, nos dieron unas pautas para controlar las acciones (verbales o físicas) que a veces llevamos a cabo de forma inconsciente y que pueden hacer que otra persona se sienta incómoda, molesta o agredida. Estas pautas decían que, cada vez que creyéramos que uno de nuestros compañeros se estaba pasando de la raya, teníamos que sacarles una tarjeta: tarjeta naranja o tarjeta roja dependiendo

del nivel de incomodidad que nos hicieran sentir. Evidentemente, esto no incluye casos de abuso sexual evidentes, que deben ser denunciados ipso facto. Total, que ahora mismo, siento una crispación tan enorme, que he sentido la necesidad de usar este recurso.

Lo que te pasa, bonita, es que te has puesto cachonda imaginando a Hugo lamer entre tus piernas, dice una voz en mi interior.

Sacudo la cabeza y alejo esa idea de mi mente.

—Sí, eso, vayamos a recursos humanos. Seguro que les encantará saber que vas por ahí secuestrando compañeros de trabajo para encerrarlos en cuartillos de la limpieza.

Mierda. Tiene razón. Hago morritos y vuelvo a clavar mis ojos en los suyos. Recuerdo el consejo de Paula sobre aprovecharse la situación. Y tengo una idea. Ahora que Hugo lo sabe todo, ¿por qué no sacarle partido?

—Hugo... —le llamo, y vuelvo a poner mi mejor carita de niña buena.

—¿Qué?

—¿Y si...? —No acabo la pregunta. Debo haber perdido el juicio, porque lo que quería sugerirle es disparatado—. Nada, déjalo, da igual.

—Gina, suéltalo de una puñetera vez —ordena, haciéndome un gesto con la cabeza para que hable.

—Pero es una locura...

—¿Debería sorprenderme? Estás como un rebaño de ovejas...

—Solo pensaba en que, si fingieras estar interesado en mí...

—¿Quieres que finja estar interesado en ti? —pregunta, incrédulo.

—Solo unas semanas. Luego le diría que lo nuestro se ha acabado. Te debería un favor, y ya sabes, vale mil veces más el favor que te debe un enemigo que el que te debe tu mejor amigo.

—Dios. Retiro lo dicho, sí que me sorprendes, porque esto es demasiado absurdo incluso para ti.

—A situaciones excepcionales, medidas excepcionales.

—Estas cosas siempre acaban mal, lo sabes, ¿no? —dice, frotándose la barbilla como si meditara.

—Si sale mal será asunto mío. Prometo no involucrarte en ello.

Me mira profundamente y suspira. Veo sus ojos centellear. La duda instalada en ellos. Finalmente suspira con intensidad y afirma lentamente con la cabeza.

—Está bien, lo haré.

—¿En serio? —Parpadeo, alucinada por su afirmación.

—Supongo. —Se encoge de hombros.

—¡Gracias!

Estoy a punto de abrazarlo, pero enseguida recuerdo que Hugo es mi archienemigo número uno y controlo el impulso.

—Aún no he acabado —dice levantando las manos—. Lo haré, pero solo durante un mes, ni un día más, ¿entendido?

—Entendido.

Justo en este momento empieza a vibrar algo en sus pantalones. Lo noto porque reverbera en mi muslo. Mete la mano en el bolsillo y saca el móvil para mirar la pantalla iluminada. Desde mi posición puedo ver el nombre de Estela en ella.

—Tengo que responder.

Y sin añadir nada más, sale del cuartillo y me deja ahí, escuchando sus primeras palabras al responder:

—Hola, cariño. Yo también te echo de menos.

Querer y que te quieran

Ha pasado algo más de una semana desde que Hugo y yo hablamos en el cuartillo de la limpieza. Hugo ha cumplido su promesa al pie de la letra: ha fingido estar loco por mí. Miradas lobunas, roces casuales, comentarios jocosos... Si no supiera que es una artimaña para poner celoso a Mario, pensaría que realmente le gusto, por muy ridículo que eso pueda parecer. Mario, por su parte, sigue todos nuestros movimientos malhumorado, con el ceño fruncido y los labios prietos. Además, me consta que los rumores sobre nosotros han empezado a proliferar entre los chismes de pasillo, un claro indicativo de que mi plan va viento en popa.

Hoy es jueves y, nada más llegar a mi escritorio, me encuentro a Hugo sentado sobre mi mesa con su taza de unicornio. Inauguró esta rutina al día siguiente de nuestra charla.

Dejo las cosas encima de la silla y, como siempre, nos retamos con la mirada. Hoy Hugo lleva una camisa azul marino estampada con la cara de pequeños zorros y unos pantalones de color granate que se ciñen a la perfección a toda su anatomía.

—Hola preciosa —dice, clavando su mirada en la mía.

—Hola precioso. —Le sigo el juego.

—Estás guapa hoy.

—¿Solo hoy?

Levanto las cejas de forma inquisitiva y él se ríe.

—En realidad siempre —carraspea y baja la voz para seguir hablando—, pero esa faldita tan indecentemente corta que llevas es una novedad interesante que está alimentando y mucho mi hiperactiva imaginación... —Fija su mirada en mis piernas y se acerca la taza a los labios, escondiendo una sonrisa ladeada tras ella.

Trago saliva. Su comentario y su mirada consiguen que una vibración se expanda de mi vientre hasta otras partes de mi cuerpo. Mentiría si dijera que me he puesto la falda al azar. La he elegido esta mañana pensando que con ella estaría sexy, aunque ahora me siento un poco incómoda. Llevo desde que ha salido de casa bajándomela cada dos por tres.

Me quedo en silencio sin saber que decir. El aire parece volverse más pesado hasta que Hugo suelta una carcajada, me guiña un ojo, se levanta de mi mesa y se va a la suya. Yo aprovecho para sentarme, abrir mi ordenador y acceder al intranet para mandarle un mensaje desde el aplicativo.

Gina: *Eso ha sido tarjeta roja, lo sabes, ¿no?*

Hugo: *Roja es como se te ha quedado la cara, canija.*

Gina: *No me llames canija.*

Hugo: *De acuerdo, canija.*

Gina: *Eres insufrible.*

Hugo: *Gracias.*

Gina: *No es un cumplido, idiota.*

Hugo: *Insufrible e idiota. Soy un dechado de virtudes :). No me extraña que tengamos un lío tan apasionado.*

Ahí me ha pillado.

Se me escapa una risa entre dientes y levanto el rostro. Hugo está de espaldas, pero me lo imagino con su preciosa sonrisa pagado de sí mismo.



Paso la mañana redactando informes, escribiendo correos y acabando unos bocetos para la campaña de un cliente importante. Después de comer, Hugo se acerca a mi mesa para que acabemos de perfilar el *storyboard* del anuncio navideño para la aerolínea.

Ocupamos una de las salas de reuniones libres de paredes acristaladas y esparcimos todas las láminas de dibujos sobre la mesa.

—¿Cuándo empezarán el rodaje? —pregunto, escrutando los folios con atención.

—En un par de semanas, una vez que el cliente haya dado el visto bueno a nuestra propuesta y los de producción encuentren escenarios, actores y toda esa mierda —dice Hugo, que ayudará a Mario a supervisar el proyecto.

—Va a quedar un anuncio muy chulo.

Noto la mirada de Hugo sobre mi piel. No dice nada. Levanto los ojos y le interrogo con ellos.

—¿Qué pasa? —pregunto finalmente, porque sigue sin decir nada y la intensidad de su mirada me pone nerviosita.

—¿Cómo va con Mario?

Resoplo, me acomodo en la silla y me encojo de hombros.

—No hemos vuelto a hablar desde la semana pasada, aunque por su actitud diría que nuestro objetivo va viento en popa.

—Tú objetivo. —Elevo una ceja dándole a entender que no sé qué quiere decir—. Solo puntualizo que es tu objetivo, no el mío.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, sí, mi objetivo.

Nos quedamos en silencio, con la mirada fija en las láminas esparcidas.

—¿Por qué, en vez de tramar toda esta mentira, no has sido sincera con él?

—pregunta de pronto Hugo, clavando su mirada en la mía.

—¿A qué te refieres?

—Podías haberle dicho la verdad desde el principio. Cuando te explicó que estaba con otra, podías haberle confesado tus sentimientos. No acabo de entender por qué te inventaste toda esta película de ciencia ficción.

Me encojo de hombros.

—No es tan fácil. Ya te lo dije... Cuando quise darme cuenta me había metido en este embrollo y no supe salir de él.

—¿Y por qué no le habías dicho antes lo que sentías? Le conoces desde tiempo y has tenido muchas oportunidades antes.

—No lo sé, Hugo, no se me dan bien estas cosas. Soy un desastre en el amor, esa es la verdad. Señores y señoras, Gina Estévez es una incompetente en relaciones sentimentales —digo de forma dramática, gesticulando como si estuviera encima de un escenario y le estuviera explicando esta verdad al público.

—Ya será menos.

—Solo he tenido un novio, fue durante la universidad, me puso los cuernos

y nunca estuve realmente enamorada de él. Soy nefasta a la hora de elegir. Siempre me enamoro de quién no me conviene. Nunca me ha pasado eso de querer y que te quieran, ¡si ni siquiera he tenido una cita como Dios manda!

—¿No has tenido nunca una cita? —pregunta sorprendido—. ¿Ni con tu ex?

—Ni con mi ex ni con ninguno de los chicos con los que he salido posteriormente. —Hago una mueca de disgusto—. El capullo de mi ex era un rácano. Vivía en una residencia de estudiantes y, como no quería gastarse ni un duro saliendo por ahí, siempre acabábamos en su habitación comiendo pizza congelada y ganchitos. Después de él, las relaciones que he tenido han sido poco serias, a ver, sí que he quedado alguna vez con un chico para tomar unas cervezas en un bar, pero nunca me han llevado a uno de esos restaurantes románticos y elegantes con poca luz. Y me gustaría, ¿sabes? Conocer a alguien que me invitara a una cena a la luz de las velas, ponerme un vestido bonito... Ya sabes, esas cosas. —Suelto un suspiro soñador—. Si no fuera por mis padres, que llevan más de treinta años felizmente casados, pensaría que el amor es un invento.

Cuando termino de hacer mi discurso me doy cuenta de que es la primera vez que le explico a Hugo algo tan personal. Nuestras charlas siempre suelen estar llenas de estiras y aflojas en las que acabamos picándonos y discutiendo.

No sé porque le he explicado esto, pero de repente, me he sentido cómoda a su lado. Como si la tensión que nos caracteriza se hubiera disuelto un poco.

Hugo me está mirando de una forma que no puedo desentrañar. Pero no me parece arrogante, ni prepotente, ni ninguno de esos adjetivos que suelo usar para describirlo.

—El amor existe, créeme. Un día elegirás bien y darás con la persona adecuada.

—Pareces muy seguro, ¿tú has encontrado a la persona adecuada?

Me mira en silencio durante unos segundos. Parece dudar en si responderme o no. Sé que es una pregunta muy íntima, pero después de haberme abierto en canal, creo que me merezco saber algo más sobre él.

Antes de que pueda responderme o que yo pueda preguntarle si esa persona es Estela, la puerta de la sala de reuniones se abre. Es Mario que viene a echar un vistazo a nuestro trabajo.



El resto de la tarde la pasamos trabajando los tres juntos. Pensaba que sería muy incómodo, pero lo verdad es que nos complementamos muy bien en el plano profesional y acabamos consiguiendo los cambios necesarios para que el anuncio pase de ser un buen anuncio a ser un anuncio excepcional. Además, después de nuestra charla, parece haberse instalado entre Hugo y yo

algo nuevo, desconocido, una especie de complicidad extraña que me hace sentir cómoda a su lado.

Cuando terminamos, recogemos todas las láminas y salimos de la sala dispuestos a hacer las modificaciones correspondientes. Antes de que el camino de Mario se separe del nuestro, me coge del brazo con suavidad y me dice que necesita hablar conmigo. Hugo me espera un poco más alejado.

—Mañana voy a hacer una fiesta de tranquis en casa, para presentarle mis amigos a Raquel. Me gustaría que vinieras.

Noto una punzada en el estómago cuando menciona su nombre.

—No sé si es buena idea, Mario. Últimamente estamos raros.

—Por eso mismo, me gustaría normalizar esta situación. —Mira a Hugo por encima de mi hombro—. Tráetelo si quieres.

Ladeo la cabeza y miro a Hugo que me observa con una ceja levantada. No puedo pedirle tanto. Una cosa es que haga ver que le gusta el horario laboral y la otra pedirle que pierda la noche de un viernes para seguir esta farsa fuera de aquí.

—Mira, la verdad es que este viernes...

—Estaremos encantados de ir. —Se adelanta Hugo, poniéndose justo a mi lado. Pasa su brazo por mi cintura y se pega a mí—. ¿A qué hora tenemos que

estar?

—La fiesta empezará a las diez, pero podéis incorporaros cuando queráis.

—¿Tenemos que traer algo?

—No, solo con vuestra presencia será suficiente.

Mario intenta dibujar una sonrisa en su rostro, pero en vez de eso, le sale una mueca de loco que da un poco de miedo. Levanta la mano a modo de despedida y se da la vuelta sobre sus talones, andando a grandes zancadas.

Cuando desaparece de nuestra vista, miro a Hugo, que sigue con su mano pegada a mi cintura.

—No tienes por qué hacer esto, Hugo, yo puedo hablar con él y decirle que al final no podemos ir y...

—Quiero hacerlo. —Deja de sujetarme la cintura y se separa de mí—. Te prometí un mes, ¿no?

Me guiña un ojo y, sin más, regresamos a nuestro sitio de trabajo.

Momentos felices de la infancia

Es viernes por la noche y estoy encerrada en el baño acabando de arreglarme. Me he alisado la melena y ahora estoy peleándome con el rizador de pestañas. Mentiría si dijera que no estoy nerviosa. Estoy tan nerviosa que me he tenido que tomar una tila triple.

Llaman al timbre de abajo. Doy un pequeño bote con el rizador de pestañas en la mano y el corazón da un salto mortal. ¡Mierda! He estado a punto de sacarme un ojo con él. Miro la hora en el móvil con fastidio. Aún faltan unos minutos para las nueve y media, que es la hora en la que he quedado con Hugo. ¿Ha llegado antes? ¿Es que no sabe que somos mediterráneos y que los mediterráneos siempre llegan tarde a los sitios?

Vuelven a llamar al timbre de abajo, cojo el telefonillo y respondo:

—Sube, por favor.

Mientras, me lío a ordenar un poco el salón. Por suerte no soy la persona más desordenada del mundo, y una vez quitada la ropa de encima del sofá, parece un lugar decente.

Suena el timbre de arriba y correteo hacia la puerta para abrirla. Cuando lo hago, me encuentro con Hugo que me mira con la expectación grabada en su

cara. Está guapo. Más de lo habitual, quiero decir. Lleva una cazadora de cuero negro encima de una camisa estampada con topos que, para ser él, parece bastante discreta.

—Lo normal en este tipo de situaciones es que me invites a pasar. Aunque si quieres, podemos quedarnos aquí toda la noche. Por cierto, bonito batín.

Aparto mi mirada de él, frunzo el ceño y le dejo pasar mientras me regaño mentalmente por haber abierto con mi batín rojo de Betty Boop y mis zapatillas con pompones. Debajo llevo un vestido negro. Me he puesto el batín para no ensuciarlo de maquillaje. No hay algo que odie más que tener que cambiarme la ropa por un manchurrón en el último momento (y como habrás adivinado, me ha pasado más de una vez).

—En las normas sociales no escritas, llegar antes a un sitio es de mala educación.

Cierro la puerta y observo a Hugo adentrarse en mi piso. Lo hace observándolo todo con atención. Pese a ser un piso de alquiler, le he dado mi toque y estoy muy contenta con el trabajo que he hecho con él. En su momento pinté los muebles antiguos de blanco y pasaron de tener aspecto antiguo a estilo vintage, además, hay plantas y fotos por todas partes, algo que le da un aspecto acogedor. Cuando sus ojos se fijan en el aparador pegado a la pared perpendicular a los grandes ventanales, mis mejillas se arrebolan ligeramente.

Ahí es donde tengo mi colección de dispensadores de caramelos PEZ, y es que aquí donde me ves, tengo mis rarezas.

—¿Y esto? —pregunta tocando el vidrio con suavidad.

Me acerco a él y me coloco a su lado, observando las hileras coloridas.

—Los colecciono —explico sin más adornos.

—¿En serio?

Afirmo con la cabeza y descorro la puerta de vidrio. Hugo aprovecha para alargar la mano y coger uno, el de Lisa Simpson. La expresión de su rostro cambia. Parece destensarse. Cuando una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios no puedo evitar preguntar:

—¿Y esa cara?

—Te pega. —Levanta sus ojos hacia los míos y sonrío.

—¿El qué?

—Coleccionar cosas absurdas. —Se ríe entre dientes y lo vuelve a dejar a su sitio—. ¿Cuál es tu favorito?

—Este. —Cojo un tubito con el cabezón del Pato Donald y se lo enseño. Él lo coge de entre mis manos como si se tratara de un tesoro muy valioso, con cuidado, y hay algo en esta delicadeza que me remueve algo por dentro—. Está un poco descolorido por aquí —digo, señalándole el plástico visible en

el gorrito azul, que muestra en sus imperfecciones la huella del tiempo—. Pero fue el primero.

—Con él empezó todo —dice, dedicándome una sonrisa llena de ternura—. ¿Cuál es su historia?

Me lo devuelve y lo cojo para volver a dejarlo en el hueco libre.

—Un sábado al mes mi abuelo pasaba a buscarme por casa y me llevaba al cine con él. Teníamos una conexión muy especial, ¿sabes? Él era un hombre rudo, algo tosco con la gente, pero conmigo siempre era dulce y bueno. Le quería muchísimo. Y le encantaba el cine. Siempre me dijo que, de haber podido elegir su futuro, hubiera sido cineasta. Pero bueno, ya sabes cómo eran las cosas antes. Uno no elegía lo que quería ser, sino que acababa siendo lo que debía ser. Y él tuvo que hacerse cargo de la empresa agraria familiar. — Hago una mueca y miro a Hugo que me observa con atención, como si la historia le fascinara. Cojo aire y sigo con la explicación—: El caso es que, una de esas tardes, me trajo este dispensador de caramelos PEZ como regalo y, desde entonces, cada vez que venía a recogerme a casa, me traía uno. Se convirtió en una especie de rutina tácita que terminó cuando yo me hice más mayor y dejé de tener tiempo para él.

Cierro la vitrina y me encojo de hombros.

—Murió el año que yo empecé la universidad. Cuando regresé a casa y vi

la hilera de dispensadores PEZ encima de la cómoda, me los llevé y empecé a coleccionarlos. Me recuerdan a esos momentos felices de mi infancia. — Trago saliva y, por unos instantes, viajo en el tiempo. Recuerdo su ropa, siempre perfectamente planchada, sus manos grandes y fuertes y la colonia fresca que siempre usaba y que me hacía sentir paz y calma—. Cuando pienso en aquella época, no puedo evitar pensar que debería haber pasado más tiempo con él. Pero supongo que me acabé convirtiendo en una adolescente egoísta y caprichosa que prefería salir los fines de semana con sus amigos a pasar tiempo con su abuelo.

—Es normal, ya se sabe que la adolescencia es una época complicada que nos convierte a todos en pequeños monstruos con más hormonas que neuronas.

—Sí, supongo que sí.

Nos miramos con una sonrisa cómplice y el silencio se instala entre nosotros. Hay algo en su forma de mirarme que me incomoda. Me mira como solo se mira a las cosas que entiendes, y que me mire así, de esta forma tan intensa y llena de comprensión, me asusta más que su lengua afilada.

—Bueno, acabo de prepararme y nos vamos, ¿vale? —digo intentando romper esta burbuja de intimidad que nos envuelve—. Cinco minutos.

Y antes de que él pueda decir nada más, me encierro en el cuarto de baño, rizador de pestañas en mano.

La chispa

Al final son veinte minutos y no cinco, pero Hugo no se ha quejado en ningún momento. Vamos tarde, pero no importa, porque tampoco es que me apetezca demasiado el plan de hoy. Preferiría que me hiciera un tacto rectal un Orco de Mordor (con su pezuña asquerosa incluida), antes que conocer a la tal Raquel.

Decidimos coger el metro y llegamos a casa de Mario prácticamente a las once. Nada más llamar al interfono, nos abren y subimos con el ascensor hasta su piso. La puerta está abierta. Nos recibe Sara, la hermana pequeña de Mario que, al verme, me abraza con efusividad y lanza una mirada picarona a Hugo.

—Madre mía, menudo tiarrón te has agenciado —me susurra al oído.

Una sonrisa floja se escapa de mis labios.

Si ella supiera...

Entramos. Suena *Respect* de Aretha Franklin, la iluminación es tenue y el sonido de voces, platos y vasos llena el ambiente. Hay un montón de gente, aunque conozco a todo el mundo. En una esquina están Luís, Jorge y Fernando, sus mejores amigos de la universidad que vienen acompañados por sus respectivas parejas, Diana, Núria y Pedro. También saludo a Rubén, un amigo

suyo de la infancia que ha venido con su mujer Blanca, que vuelve a estar embarazada. Si no me equivoco, van por el tercero. Es entonces cuando veo a Mario, de espaldas a mí, hablando con una chica preciosa que me deslumbra con su sonrisa blanco nuclear. En este momento se está riendo de algo que Mario le ha dicho, y le toca el brazo con una familiaridad que duele. Justo en este momento, los ojos de ella se fijan en los míos y empiezo a sentir escalofríos. Mis peores pesadillas acaban de cumplirse, porque Raquel es como una jodida barbie Malibú, con sus piernas largas, su cintura estrecha, sus ojos enormes verdosos, su pelo rubio y su sonrisa que, de tan bonita, parece sacada de un anuncio de dentífrico.

—Vámonos —digo a Hugo, cogiéndolo del brazo.

—No podemos irnos ahora —murmura él en mi oído.

—Esto me sobrepasa —gimoteo en voz baja.

—Tranquila, todo irá bien —vuelve a susurrar, cogiéndome de la cintura y apretándome a él con firmeza.

Su contacto es... reconfortante.

—Eh, Gina, por fin has llegado —dice la voz de Mario detrás de mí.

Cierro los ojos, cojo aire y me giro, dedicándole una sonrisa más falsa que una moneda de tres euros. Enseguida me arrepiento de no haber seguido mi

impulso de haber huido sin mirar atrás. Si Raquel me parecía preciosa en la distancia, así, de cerca, me lo parece aún más. Su piel es tersa, sus ojos son enormes y lleva el cabello liso tan bien peinado que parece recién salida de la peluquería

—¿Eres Gina? —pregunta Raquel, abriendo mucho los ojos.

—Emmmm... Sí, supongo que sí —digo con una sonrisa nerviosa.

—Oh, cielos, he oído hablar mucho de ti. —Se me lanza al cuello y me abraza como si fuéramos amigas de toda la vida—. Dios, me encanta ese vestido. Y los zapatos. ¿Son de Gucci?

—Eh... no, son de Mercaducci... —digo algo cortada por su efusividad, con la mirada en mis zapatos de imitación que compré en el mercadillo por cuatro duros.

—No conozco esa marca —dice con seguridad—. Tenía muchas ganas de conocerte. —Y vuelve a sonreír con una naturalidad que me descoloca.

Hugo carraspea a mi lado y hago las presentaciones.

—Este es Hugo, un amigo.

Le da dos besos y me mira divertida.

—Sí, claro, tu «amigo». —Y me guiña un ojo.

Miro a Mario, a saber, que le habrá explicado sobre nosotros.

—Si queréis tomar algo, ahí tenemos las bebidas—sugiere Mario.

Nos señala la zona en cuestión, cojo a Hugo del brazo y le arrastro conmigo, porque necesito alejarme de aquí. No puedo estar más tiempo cerca de estos dos.

—Es guapa —dice Hugo, sirviéndose un Martini.

Le lanzo una mirada de reproche:

—¿Tú de que parte estás?

—De ninguna. Yo soy neutral, como Suiza. Estoy aquí por hacerte un favor, el resto es circunstancial.

Pongo los ojos en blanco.

—No podía ser una chica, no sé, menos alta, menos delgada, menos tetona y menos rubia. Además, es una monada, tan simpática y sonriente.

Me sirvo un gin-tonic y me bebo la mitad casi al primer trago.

—No es para tanto.

—Ya, claro, te recuerdo que lo primero que me has dicho sobre ella ha sido: «Es guapa» —le recuerdo, señalándolo con el brazo con el que sujeto el vaso, y lo hago con tanta efusividad que unas gotitas del líquido caen sobre el suelo del parquet.

—Es guapa, es algo objetivo, no estoy ciego, pero se nota que lo hace todo para gustar a los demás. Solo hay que fijarse en su forma de gesticular, es muy evidente que está aparentando y que en realidad se siente muy incómoda con todo esto.

Le miro sorprendida por su comentario.

—¿Cómo has deducido todo eso?

—Por su lenguaje no verbal.

—Vaya, vaya, así que eres un Dr. Cal Lightman en potencia. —Me río, al compararlo con el protagonista de la serie *Lie to me*, un psicólogo experto en las emociones humanas y el lenguaje corporal.

—La gente suele decir más cosas por lo que calla que por lo que habla, solo eso. Hice un curso sobre el tema en la facultad.

Doy un nuevo trago a la bebida y le miro con retintín.

—¿Y qué expreso yo con mi lenguaje corporal?

Hago morritos y me contoneo delante de él haciéndolo reír.

—Demasiadas cosas —dice sin esconder lo mucho que le divierte que le haga esta pregunta.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eres una persona muy expresiva, Gina. Eres como un jodido muestrario de expresiones humanas. Lo expresas todo.

—Todo —repito entrecerrando los ojos mientras con una inclinación de cabeza le invito a continuar.

—Eres una mujer que se siente muy segura en su propia piel. Desprendes mucha seguridad en ti misma, pese a saber que tienes tus defectos y tus limitaciones. Idealizas las cosas, hablas por los descosidos y, a veces, sueltas cosas inoportunas entre tanta verborrea, pero a nadie le importa, porque en el fondo tienes un corazón enorme y guardas mucha bondad en él. Tú eres tan tú que deslumbras solo por eso.

Cuando deja de hablar yo me he quedado sin palabras. Nos sostenemos la mirada en silencio y, justo cuando despego los labios para responder algo gracioso que rebaje la tensión del momento, Sara me coge del brazo y nos invita a sentarnos alrededor de la mesa, junto al resto.

La primera media hora la pasamos hablando de lo típico: trabajo y aficiones. Pero entonces, alguien pide a Mario y Raquel que cuenten su historia de amor, y yo tengo que soportar por segunda vez como Mario la relata, como si fuera el argumento de una novela de Nicholas Sparks. Aprovecho el momento en el que se ponen demasiado empalagosos para levantarme y servirme otro gin-tonic.

Cuando me siento de nuevo, ya han acabado de contar su historia, y Raquel me mira, con su sonrisa profident en la cara.

—¿Y lo vuestro? ¿Cómo fue?

Me quedo congelada, con el vaso a punto de tocar mis labios, y miro a Hugo de reojo. ¡Por el amor hermoso! ¿Cómo puedo ser tan lerda de no haber pensado una historia para nosotros? ¿Es que no he aprendido nada de las comedias románticas que veo?

Me aclaro la garganta dándome tiempo a responder.

—Bueno, a ver, lo nuestro es... algo informal —digo poco convincente.

—Pero se os ve muy bien —insiste ella—. Se nota que hay *feeling*. ¿Cómo surgió?

Puedo ver como los ojos de todos los asistentes van de Raquel a mí como si fuera un partido de ping-pong.

—Bueno, a ver, trabajamos juntos, pasamos mucho tiempo el uno al lado del otro, simplemente... ocurrió.

—Pero tuvo que haber algo que encendiera la chispa —insiste de nuevo ella.

Puede que parezca encantadora, pero en este momento me entran ganas de cortarle su preciosa cabellera rubia a cachitos diminutos por pesada.

—Canija, ¿te parece si se lo explico yo? —interviene Hugo, pasando su brazo por encima de mis hombros.

Me guardo el comentario sobre lo poco que me gusta que me llame de esa manera y le lanzo una mirada escéptica que pretende decir: «a ver si eres capaz de sacarnos de este lío».

—¡Sí, por favor! —exclama Raquel, que da una palmadita y mira a Mario con adoración.

Mario dibuja una sonrisa tensa en sus labios y alza una ceja mientras Raquel sigue sonriendo con tanta efusividad que empieza a ser inquietante.

—A ver... Digamos que Gina y yo no empezamos precisamente con buen pie. Al principio nos pasábamos el día discutiendo, porque nuestras personalidades son muy dispares y chocábamos de forma constante, sin embargo, ya se sabe lo que se dice... El roce hace el cariño, y eso es lo que pasó en nuestro caso, tantas horas trabajando juntos consiguió que esas diferencias dejaran de ser importantes y que el odio mutuo diera paso al amor.

—Me guiña un ojo y mis mejillas se encienden como luces de navidad. A Hugo se le da bien contar historias, pero me sorprende la capacidad que tiene de inventarlas sobre la marcha—. Os confieso que al principio ella me parecía demasiado deslenguada, demasiado excéntrica, demasiado impertinente... Pero un día todas esas cosas dejaron de ser motivo de molestia para

convertirse en motivo de adoración. Y ya no solo dejó de molestarme que fuera deslenguada, excéntrica o impertinente, sino que además todo eso contribuyó a que acabara completamente enamorado de ella y de su locura—. Un coro de exclamaciones se expande por el salón. Hugo me mira y yo siento un escalofrío recorrerme entera. El corazón bombea muy rápido dentro de mi pecho y siento una sacudida en el vientre, como vértigo. Es la primera vez que siento algo así y temo marearme. Intento despegar mi mirada de la suya, pero sus ojos castaños me parecen más cálidos que nunca. ¿Qué me está ocurriendo? —Así que un día me dije: o le confiesas lo que sientes o te arrepentirás toda la vida, y eso es lo que hice. Le escribí una carta y se la dejé encima del escritorio, explicándole lo que sentía. Al final le indiqué que aquella noche estaría en un pequeño restaurante del Born, esperándola, y le pedí que, si sentía lo mismo que yo, se reuniera conmigo. —Hace una pausa teatral y me mira con una ternura que me deja alelada perdida. ¡Pero bueno! Su interpretación se merecería un Óscar como mínimo—. Así que, aquella noche, me presenté en aquel restaurante con el miedo recorriéndome por dentro. ¿Y si ella no sentía lo mismo? ¿Y si confesarle mis sentimientos había sido un error? ¿Y si acababa con el corazón roto y el orgullo herido? Al fin y al cabo, trabajábamos juntos, pasara lo que pasara, tendría que verla al día siguiente. Por suerte, aquellas dudas se diluyeron en el mismo instante en el que apareció por la puerta: melena al viento, labios pintados de rojo y mirada encendida.

Cuando una sonrisa prendió de sus labios, no os podéis imaginar cómo me sentí... Me sentí el hombre más afortunado sobre la Tierra.

Más exclamaciones, suspiros y miradas brillantes por la emoción. Por Dios, se ha pasado mucho con esta historia. Parece el argumento de una película protagonizadas por Jennifer López.

—Y aquella noche empezó todo —resume, guiñándome un ojo.

—Qué curioso, Gina me había dicho que lo vuestro era solo sexo.

Todas las cabezas se giran hacia Mario que observa a Hugo como si le estuviera retando a un duelo a muerte.

—¿Te dijo eso? —pregunta sin inmutarse—. La verdad es que queríamos llevar lo nuestro en secreto. Al trabajar juntos... No queremos tener problemas con recursos humanos. Pero confiamos en tu discreción, Mario.

—Por supuesto —musita él, con la mirada desafiante y los brazos cruzados.

Hugo me aprieta contra su costado y yo quiero que se abra un agujero negro bajo mis pies para que me expulse unas cuantas galaxias más lejos.

—Es cierto que Gina y yo tenemos una relación sexual muy satisfactoria. No voy a negar que cuando nos lo montamos es... ¡Guau! —Me mira y me guiña un ojo—. Pero somos más, mucho más que ese Guau.

Los muslos se me contraen con ese comentario y mi mente se llena de imágenes perturbadoras. Hugo y yo desnudos, mis muslos alrededor de su cintura y sus manos sobre mi culo apretándome a su erección... No sé porque recuerdo las palabras de Paula: «tiene pinta de tener el ciruelo del tamaño de un martillo percutor».

Joder.

Doy un trago a mi copa intentando apartar esa fantasía de mi cabeza.

—Se nota a leguas que tenéis algo muy especial —añade Raquel, con su tono de voz dulce.

Hay un pequeño silencio antes de que Sara decida combatirlo explicándonos alguna de sus anécdotas sobre la ONG en la que trabaja, y así, entre charlas y alcohol, sigue la noche.

Después de una hora, empiezo a tener ganas de marcharme. Hugo está hablando con Fernando y su marido Pedro sobre la buena temporada que está haciendo el Barça. Mario nos observa de reojo, respondiendo con monosílabos a los comentarios que le hace Raquel.

En este momento, sintiendo su mirada atenta en nosotros, se me ocurre una idea. Ni siquiera sé si es una buena o mala, pero me dejo llevar por el impulso. Fernando y Pedro acaban de levantarse para servirse otra copa, y yo decido aprovechar el momento para acercarme al oído de Hugo hasta rozar el

lóbulo de su oreja con mis labios. Noto como se estremece.

—Bésame —casi le suplico. Hugo gira su cabeza y me observa frunciendo el ceño. Miro a Mario que nos está observando con atención y Hugo sigue mi mirada—. Bésame, por favor, será lo último que te pida. —Clavo mi mirada en la suya, luego la poso en sus labios, cierro los ojos y acerco mi rostro al suyo. Justo en el momento en el que nuestros labios deberían tocarse... Hugo me coge de los hombros, me aparta y se levanta como un resorte.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos, que me miran enfurecidos.

—Deberíamos irnos —dice muy serio—. Se ha hecho tarde.

Me quedo anonadada, sin saber que decir. Son las tres, es tarde, es cierto, pero su forma de apartarme como si fuera una leprosa me ha dolido. Nos despedimos de todos. Una vez en la calle, se gira hacia mí y me señala con un dedo:

—¡¡Te has pasado!! —exclama cabreado.

—¡Solo te he pedido un beso! —me defiende.

—¡Solo un beso, dice! —vuelve a exclamar con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba, como si acabara de decir algo absurdo.

Me da la espalda y empieza a hacer señales a un taxi que pasa de largo sin pararse.

—Ni siquiera hacía falta que me metieras la lengua. ¿Tanto asco te da la idea de besarme? —le grito con rabia mientras él teclea algo en su teléfono móvil.

Puedo ver como se crispa, se gira y me mira ceñudo desde los metros de distancia que nos separan. Se acerca, poco a poco, como movimientos felinos, hasta que se coloca tan cerca que puedo sentir su aliento rozarme la cara.

—No tienes ni puta idea, Gina. De nada —dice, mirándome con una intensidad que me mareo.

—¡Pues explícamelo, joder! —grito con indignación.

Me atraviesa con la mirada y entonces, antes de que pueda ni siquiera entender lo que ocurre, siento su mano enterrándose en mi pelo tras mi nuca y su rostro precipitarse sobre mí. Sus labios chocan con los míos y empiezan a moverse con suavidad. Jadeo cuando su lengua penetra mi boca con algo de rudeza y su mano libre se desplaza de mi espalda hasta mi culo. Puedo notar la humedad entre mis muslos, la excitación abriéndose paso en mi organismo con un hormigueo que me recorre entera. Su lengua se mueve rápido, baila con la mía. Es un beso tan húmedo y caliente que cuando me aprieta contra él y noto el bulto de su entrepierna en mi barriga, suelto un gemido. Un gemido que parece sacado de una jodida peli porno. Abro más la boca y profundizamos en el beso. Tengo la respiración entrecortada, porque solo nos dejamos de besar

segundos para coger un poco de aire y volver a enredarnos lengua con lengua. Hugo deja escapar un jadeo de su garganta y yo vuelvo a gemir, encajando su miembro entre mis piernas, ahí donde la necesidad empieza a ser cada vez más evidente.

—Hugo... —susurro cuando sus labios se desplazan de mi boca a mi cuello.

Nada más salir su nombre de mis labios, su cuerpo se tensa y se separa de mí, desenredando sus dedos de mi pelo y librándome de la presión de su paquete. Suelto un pequeño gruñido de frustración por esta separación involuntaria. Cuando abro los ojos, Hugo sigue estando bastante cerca, aunque ya no nos tocamos. Pese a la oscuridad, puedo ver como sus pupilas se han dilatado tanto que prácticamente ocupan todo el iris.

Traga saliva. Su nuez baila en su garganta antes de hablar. Yo me siento confusa, como si acabara de despertar de un largo trance.

—Tengo que... tengo que irme —susurra con la voz entrecortada.

—Ahm... Vale.

Me toco los labios que noto hinchados. Miro los suyos, que están en la misma situación. Pese a que el pintalabios que uso es permanente, un poco de labial se adivina en su contorno. Se lame los labios y yo noto como se agita aún más mi respiración.

—Me voy —dice de nuevo.

Levanta la mano a modo de despedida, da media vuelta y le veo cruzar la calle corriendo, al mismo tiempo que un coche pasa y está a punto de atropellarle. El coche pita y oigo un insulto a lo lejos.

Yo me quedo ahí, en medio de la calle, plantada como una estatua de sal, pensando en lo mucho que me ha gustado este beso extraño que me he dado con el que hasta hace unos días era mi archienemigo número uno.

Sin palabras

Vuelve a ser lunes y llego al trabajo con la cabeza hecha un lío. Me he pasado el fin de semana encerrada en casa, comiendo helado de fresa y haciendo un maratón de capítulos de *Crazy Ex Girl Friend*. No ha servido de mucho si tengo que ser fiel a la realidad. No he podido quitarme de la cabeza el beso que me dio Hugo antes de marcharse el viernes por la noche. No solo porque fue el mejor beso que me han dado en la vida (que lo fue), sino porque no entiendo el motivo por el que me lo dio. Hugo me odia, ¿no? ¿Cómo puedes besar así a alguien al que no soportas? Aunque lo verdaderamente traumático de todo el asunto es: ¿Cómo es posible que ese beso despertara en mí tantas emociones? Porque lo hizo, las despertó.

La verdad es que no me entiendo ni yo.

Además, este fin de semana no he podido ver a Paula porque lo ha pasado en casa de sus padres, que viven en un pequeño pueblecito costero. Hemos hablado por Skype y me dijo cosas que me hicieron pensar mucho:

—Cariño, ya sabes que yo nunca he entendido ese odio acérrimo que os profesáis Hugo y tú. Quizás no era más que una barrera para esconder la atracción y con todo este asunto esta barrera ha caído y la atracción ha salido

a la superficie.

Cuando me lo dijo me reí, porque nunca he fantaseado con Hugo en esos términos. He fantaseado en hacerle la zancadilla o en echarle laxante en el café, travesuras sin importancia, pero nunca antes había visto a Hugo como alguien sexual. Además, siempre le he visto demasiado fuera de mi alcance.

En la Universidad un amigo mío tenía una teoría sobre la atracción interpersonal. Según su teoría, todas las personas tenemos una puntuación y nos sentimos atraídas por personas que tienen una puntuación parecida a la nuestra. Por ejemplo, si eres un cinco, te fijas en gente que tenga una puntuación de cuatro a seis porque apuntar más alto es perder el tiempo. En su momento ya le dije que esa teoría me parecía una porquería, porque la puntuación la establecía a partir del físico, y las personas somos más que carne y huesos, pero es cierto que a la hora de fijarme en alguien siempre he descartado de primeras a los que me han parecido demasiado atractivos, por considerarlos inalcanzables. Soy realista con mi físico. No soy fea, pero también sé que estoy muy alejada de los cánones de belleza preestablecidos. Soy un siete como mucho, y Hugo es un nueve como poco. ¿Cómo iba a fijarse un tío como él en alguien como yo?

Así que aquí estoy, en el ascensor del edificio de oficinas subiendo hasta la planta donde se encuentra Creative Energy, muy nerviosa. Un hormiguelo me

recorre la boca del estómago y siento las piernas como si se hubieran convertido en gelatina. Cuando el sonido habitual me anuncia que he llegado a mi destino, cojo aire con fuerza y me dirijo hasta mi sitio con paso firme. Intento dar apariencia de seguridad, aunque por dentro me siento tan nerviosa que tengo el estómago revuelto y ganas de vomitar.

Nada más entrar por la puerta del departamento, mis ojos se elevan y recorren el espacio en busca de Hugo. Me sorprende no encontrarle, porque ya son las nueve y él nunca llega tarde.

Una punzada de decepción me recorre el estómago. Cuando pasan unos minutos de la hora de entrada doy por supuesto que Hugo no va a venir. Suele faltar muy poco, así que una alarma se enciende en mi interior. ¿Y si no ha venido por lo que ocurrió el viernes?

Voy hasta la sala de descanso para prepararme mi té de primera hora. Nada más colocar la taza en el microondas y girarme, veo a Olivia de Personal en la máquina del café. Como quién no quiere la cosa, me acerco a ella y tras intercambiar un par de preguntas de cortesía me pongo en modo confidente.

—No he visto a Hugo esta mañana —digo, tras recoger la taza del microondas cuando el aparato profiere un pitido—. ¿Sabes algo de él?

—Sí, ha llamado hace unos minutos para avisar de que se encontraba

indispuesto. —Se ríe tontamente—. Me han dado ganas de decirle que si quiere voy a hacerle una visita para jugar con él a médicos y enfermeras.

Ese comentario hace que una emoción amarga recorra mis venas. Si no fuera completamente imposible, diría que son celos.

¿Celosa yo? ¿Por Hugo? Eso no tiene ningún sentido, ¿no?

Me despido de ella y regreso a mi sitio. La verdad es que sin él la mañana pasa muy lenta. No hay miradas, ni discusiones, ni nada que la haga más llevadera. No dejo de pensar en Hugo y en lo que ocurrió el viernes. No soporto la idea de que nuestro beso sea el motivo de que haya faltado al trabajo. Quizás se arrepiente o se siente avergonzado por ello. Quién sabe.

La incertidumbre me mata. La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes. Necesito verle y aclarar todo este asunto que me concome por dentro. Así que, antes de salir de la oficina, busco su dirección en la intranet de la empresa. Aún guardo la contraseña de la zona privada de cuando envié a Julia de contabilidad unas flores el día que se convirtió en mamá.

Me apunto la calle y el número de puerta y piso en el móvil, compruebo que ya se ha acabado la jornada laboral y, tras despedirme de todo el mundo, salgo pitando.



Hugo vive en un edificio de ladrillo rojizo en una zona tranquila del

Poblenou. Justo cuando llego al portal, este se abre y sale una mujer mayor. Aprovecho la ocasión para colarme dentro y subir en el ascensor. En cuanto estoy frente a su puerta, noto como las palmas de las manos me sudan, así que me las paso por la falda del vestido y aprieto al timbre. Los nervios me sacuden la parte baja del estómago y me olvido hasta de respirar. Un escalofrío me recorre entera y siento como la determinación que me ha llevado hasta aquí empieza a flaquear.

Justo cuando estoy a punto de dar la vuelta y salir corriendo escaleras abajo dejándome llevar por las inseguridades y los miedos, la puerta se abre. Parpadeo un poco confuso al no ver nadie al otro lado.

—¡Aquí abajo! —exclama una vocecita.

Bajo la mirada y me encuentro a una niña pequeña. Lleva un esquiama en forma de pingüino. Tiene el pelo moreno y sus ojos, enormes y muy oscuros, me observan con gran curiosidad.

¿Me habré confundido de piso?

—Perdona, yo... —empiezo a decir, pero entonces oigo una segunda voz, una voz que conozco muy bien.

—Estela, ¿qué te he dicho sobre abrir la puerta...? —La frase muere en los labios de Hugo cuando llega hasta la puerta y me ve al otro lado.

En mi mente el nombre de Estela cobra sentido. *Estela*.

El nombre de la persona que le llama todos los días y que yo pensaba que era el de una novia o amante corresponde a esta pequeñaja que sigue mirándome como si fuera la cosa más fascinante que ha visto nunca.

Al comprender lo que esto significa, me quedo, literalmente, sin palabras.

Desvelando secretos

(Hugo)

Al otro lado de la puerta, Gina me mira con los ojos muy abiertos. Puedo ver los engranajes de su mente trabajar a marchas forzadas. Mira a Estela y luego me mira a mí y detecto sin problemas el instante exacto en el que acaba llegando a la conclusión acertada. Sus ojos se agrandan aún más, una ceja se curva con suavidad y se olvida de parpadear.

Siempre he sentido fascinación por sus ojos. Son preciosos, grandes y expresivos. Incluso un poco saltones, pero eso, en vez de desfavorecerle, le da personalidad. Sus ojos expresan a la perfección todo lo que pasa por su cabeza. Y en este mismo momento, sus ojos expresan una gran incredulidad por el descubrimiento que acaba de hacer.

—Papi, ¿quién es?

Aparto mis ojos de Gina y me centro en mi hija, que me mira expectante. Tardo un poco en responder, porque la verdad, esta situación es de lo más surrealista.

—Es Gina, una compañera de trabajo.

Estela levanta la cabeza hacia Gina y alarga su mano de forma educada

haciendo que una sonrisa se escape de mis labios. Nunca dejaré de sorprenderme lo adulta que parece pese a tener solo siete años.

—Yo soy Estela.

Gina le estrecha la manita.

—En... encantada.

Noto su turbación, se nota a leguas que esta situación le incomoda.

Nos quedamos mirando en silencio. La verdad es que no sé muy bien que decir, nunca creí que Gina descubriría mi pequeño secreto de esta manera.

Estela agarra la parte baja de mi jersey y le da unos tirones para llamar mi atención.

—Papá —coloca una mano alrededor de su boca y baja la voz—, invítala a pasar.

Una risa nerviosa escapa de los labios de Gina, mi hija ha intentado ser discreta, pero a todas luces no lo ha conseguido.

—Sí, por favor, pasa. —Le hago un ademán con el brazo hacia el interior y ella entra en el piso. Todo está en su sitio, todo excepto los juguetes de Estela que están desperdigados por todas partes. Puedo ver como los ojos de Gina se detienen ahí y allá, inspeccionando cada rincón—. ¿Quieres tomar algo? — Gina niega con la cabeza y justo en este momento suena el pitido del

microondas con la leche que he puesto a calentar hace un minuto, algo que me hace recordar lo que estaba haciendo antes de abrir la puerta—. Tengo que acostar a Estela. ¿Te importa esperar cinco minutos? Le doy la medicina y vuelvo.

—En realidad no quiero molestar... —empieza a decir, pero yo no la dejo terminar.

—No molestas. Puedes dejar tu abrigo ahí. —Señalo el perchero del recibidor—. Puedes ponerte algo en la tele mientras esperas.

Gina duda, pero finalmente sigue mis indicaciones y acaba sentándose en el sofá mullido de cuero marrón.

—Venga, Estela, a la cama.

—No quiero ir a la cama —protesta—. Hay invitados.

Gina se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—No hay invitados en plural. Hay una invitada en singular. Además, estás resfriada, tienes que descansar para ponerte buena.

—Pero no tengo sueño —insiste.

—Ya lo tendrás. Dile buenas noches a Gina.

Estela hace un amago de puchero, pero sabe que esa es una batalla perdida conmigo. Al final, acaba con el teatro y se acerca corriendo a Gina para

rodear su cuello con sus bracitos y darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Estela.

Estela corretea de nuevo hacia mí, coge mi mano y juntos regresamos a su habitación.



Cinco minutos más tarde, apago la luz y salgo de la habitación.

Regreso al salón y me encuentro a Gina de pie, mirando las fotos que hay dispuestas encima de la repisa de la chimenea decorativa. Me acerco a ella y me señala una de ellas con una sonrisa.

—¿Piratas?

—Es una foto de Halloween del año pasado. Mi hija tiene una especie de obsesión con ellos.

—Ya veo. —Desvía la mirada hacia el suelo, donde hay un barco pirata de juguete—. Me gusta tu casa. Es acogedora.

—Pareces sorprendida. ¿Esperabas que viviera en un sótano oscuro lleno de sarcófagos?

—Bueeeno... Algo así.

Volvemos a sonreírnos en silencio. Noto la tensión flotando en el aire,

envolviéndonos.

—Gina —digo saboreando cada letra que forma su nombre—. ¿Por qué has venido?

Traga saliva y sé la respuesta mucho antes de que la diga en voz alta. Una de las cosas que más me gusta de ella es que es transparente. No solo por sus ojos que, como ya he dicho, expresan todo lo que siente, sino también por otros pequeños detalles de su forma de ser que le acompañan. Por ejemplo, tiene las uñas pintadas de morado y visiblemente mordidas. Sé que morderse las uñas es algo que hace cuando está muy nerviosa, y también sé que es algo que odia porque lo ha intentado erradicar de mil maneras, pero siempre vuelve a las andadas. Cuando a Lola de recepción le detectaron un tumor en el pecho y empezó con todo el tratamiento, se pasó semanas mordiéndose las uñas hasta sangrar. También la delata esa trenza ladeada que lleva. Tiene la manía de cambiarse el peinado cada poco cuando algo la preocupa. Cuanto más grande es el dilema más intrincado es el peinado que se acaba haciendo.

Y por eso sé, sin necesidad de que me lo diga, el motivo por el que está aquí.

—Soy una idiota —dice al fin. Se muerde el labio, suelta un suspiro y se deja caer en el sofá. Yo me siento a su lado—. Pensaba que no habías ido a trabajar por lo que ocurrió el viernes.

Escondo una sonrisa al darme cuenta de que he acertado de pleno con mi suposición.

—¿Qué ocurrió el viernes? —pregunto, jugando un poco con ella.

Ella frunce el ceño.

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.

—Pues no estoy muy seguro, la verdad...

Entrecierra los ojos.

—Por el beso —especifica.

—Ah, por el beso...

No negaré que la situación me divierte, sobre todo cuando sus mejillas se arrebolan y un halo de timidez tiñe la expresión de su rostro. Gina, la chica con caparazón de hierro a veces deja una puerta abierta a sus pequeñas debilidades. Y cuando lo hace, en ese momento, es cuando más me gusta, porque más humana me parece, más imperfecta.

—Salta a la vista que no ha sido por eso. —Se vuelve a morder el labio y como siempre que lo hace mis pulsaciones se aceleran. Me encantan sus labios. Son carnosos y jugosos como una manzana roja acabada de coger del árbol. El símbolo mismo del fruto prohibido—. No sabía que tuvieras una hija.

—Tampoco es nunca me lo hayas preguntado.

—No es algo que vaya preguntando a la gente que conozco. Es decir, ¿eres muy joven para tener una hija de su edad! ¿Cuántos años tiene? ¿Siete?

—Casi ocho —afirmo.

—Nunca has hablado de ella, ni tienes una foto en el escritorio, ni presumes de sus notas como hacen los demás.

—Soy discreto. No me gusta hablar de mi vida privada. Y nosotros no es que hayamos profundizado mucho en ella.

Su ceño se frunce, pero afirma con la cabeza porque sabe que tengo razón. En los dos años y medio que llevamos trabajando juntos, nunca hemos hablado de cosas personales. Hemos discutido, nos hemos chinchado, hemos sacado temas superficiales a colación, pero nuestra vida privada ha salido muy poco a la palestra. Bueno, al menos hasta que hace una semana las cosas se precipitaran como lo hicieron...

—¿Y su madre?

Hace la pregunta sin mirarme a los ojos y de nuevo puedo anticiparme a sus pensamientos. Estoy convencido que se está preguntando si le besé el viernes pese a estar con otra persona. No puedo evitar esbozar una media sonrisa.

—Ella no está.

—¿No está porque no vive aquí o...?

—Se marchó hace tiempo.

—¿Qué quieres decir?

Intento apartar aquellos recuerdos dolorosos de mi mente y me encojo de hombros.

—Es una historia muy larga, Gina.

—Entiendo. —Se queda unos segundos en silencio y coge distraída un muñeco que Estela ha dejado encima de la mesa de centro—. ¿Y cómo lo haces para trabajar y cuidar de tu hija?

—Mi madre suele cuidarla todas las tardes hasta que regreso del trabajo. Por suerte, el horario que tenemos en la oficina me permite llegar antes de la cena y estar un rato con ella. Cuando enferma como ha ocurrido hoy, también suele hacerse cargo mi madre, pero no está en la ciudad y mis niñeras habituales me han fallado, así que...

Asiente con la cabeza y una sonrisa pequeña se dibuja en sus labios.

—Es preciosa.

—Lo es.

—Y se parece mucho a ti. Tiene tu color de ojos y tu color de pelo.

—Herencia Vázquez.

Su sonrisa se ensancha y noto como el estómago se me tensa. No sé qué tiene su sonrisa, pero me vuelve loco.

—Hugo —me llama, rompiendo de nuevo el silencio que nos sobrevuela—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. ¿No me la estás haciendo ya?

—¿Por qué me besaste? —Ha ganado confianza. Se le nota. Esta vez no se ha ido por la tangente y sus ojos se clavan en los míos con seguridad—. No quisiste hacerlo en casa de Mario, y en cambio, luego...

—No puedo responderte a eso ahora.

—¿Por qué?

—Por qué tenemos una espía escuchándonos.

Desvío la mirada hacia el pasillo y veo la cabecita de Estela escondiéndose hacia un lado. Me río porque puedo ver a la perfección parte de su cuerpo que queda a la vista pese a sus intentos de esconderse.

—Estela, a la cama —la riño con afecto.

—No es justo —exclama enfurruñada.

—La vida no lo es. Ya lo irás descubriendo a medida que crezcas.

Vuelve a sacar la cabeza por la puerta, se cruza de brazos con desagrado, da media vuelta, y regresa hacia su cuarto. A mi lado, Gina no para de reírse.

—Es adorable.

—Y cabezota.

—Herencia Vázquez —dice sin parar de reír.

—No lo sabes tú bien...

Cuando consigue extinguir las carcajadas, un silencio tenue vuelve a envolvernos. La situación es de lo más extraña. He fantaseado tantas veces en tenerla aquí, en mi casa, entre mis cosas, que ahora todo me parece demasiado abrumador. Ella no se da cuenta, pero lo llena todo con su forma de ser, con esa energía y esa fuerza que la hace parecer invencible.

—Bueno... —dice, levantándose—. Yo casi que me voy.

—No tienes por qué irte —le digo, levantándome a su vez.

—Es tarde y tu hija está enferma. Ya hablaremos en otra ocasión.

—Si quieres, podemos quedar este viernes —me aventuro a decir, acompañándola hasta la puerta—. Prometo explicártelo todo.

—¿Todo?

Se queda al otro lado de la puerta, mirándome con sus enormes ojos expectantes.

—Todo —repito.

Exhala un suspiro y afirma con la cabeza. Yo alargo la mano y paso un mechón que se le ha soltado de la trenza detrás de su oreja. Mis nudillos rozan su rostro y no puedo evitar acariciarla. Gina suelta un suspiro con ese contacto.

—El viernes, entonces —susurra con sus ojos fijos en los míos.

—El viernes. Aunque nos veremos mañana en el trabajo —le recuerdo.

—Hasta mañana entonces. —Levanta la mano a modo de despedida.

—Hasta mañana.

Se da media vuelta, aprieta el botón del ascensor y nos miramos en silencio los segundos eternos que pasan hasta que este hace acto de aparición y ella desaparece.

Cuando cierro la puerta, distingo a Estela de nuevo de pie bajo el umbral de la puerta del salón.

—Granuja, te estoy viendo. —Pongo los ojos en blanco

Estela se ríe y voy hacia ella intentando parecer autoritario, aunque cuando me acerco y me abraza, el intento de enfado se esfuma como una pompa de

jabón que acaba de explotar en el aire. La cojo en brazos y la llevo hasta su cuarto.

—Ahora en serio, Estela, tienes que descansar para ponerte buena. —La dejo sobre la cama.

—Vale, pero ¿me lees algo?

Me mira con esos ojitos que tiene y no puedo decirle que no.

—Vale, pero solo un capítulo. Luego a dormir.

Afirma con la cabeza contenta, coge el libro que está en su mesita de noche y lo abre por la página en la que nos hemos quedado antes. Empiezo a leer cuando la voz de Estela me interrumpe:

—Papá... —Dejo de leer y la miro—. Tu compañera de trabajo parece simpática.

—Lo es.

—¿Crees que volverá?

Me quedo unos instantes sin saber que responder. Es demasiado pequeña para decirle lo mucho que me gustaría que así fuera. Que regresara. Que esta casa no fuera solo un lugar de paso, sino que quisiera quedarse. Pero son cosas demasiado complejas para decirle a una niña pequeña de su edad, así que, en vez de decirle todas estas cosas, le digo:

—Espero que sí.

Y con esta respuesta, vuelvo a retomar la lectura.

La primera vez que la vi

(Hugo)

3 años antes...

Gina apareció en mi vida como un jodido ciclón, poniéndolo todo patas arriba y desordenando mis esquemas por completo.

La primera vez que la vi era un martes caluroso de julio. Una ola de calor acababa de llegar a Barcelona y, según los noticiarios, iba a quedarse con nosotros toda la semana.

En la oficina teníamos el aire acondicionado a tope, algo que, aunque era necesario para sobrevivir durante el horario laboral, me había hecho pillar un buen catarro. Me había levantado con dolor de garganta y algo de fiebre, y si había ido al trabajo aquella mañana había sido con la única intención de terminar un proyecto que tenía que mandar ese mismo día.

A media mañana me fui rumbo a la salita de descanso en busca de un café bien caliente cuando la vi. Estaba sentada en uno de los sillones acolchados de la sala de espera de Personal. Era imposible no fijarse en ella, no porque fuera la mujer más despampanante que hubiera visto en mi vida, sino porque

llamaba la atención de una forma estrambótica. Llevaba la coleta despeinada, el rostro sonrojado con unas gotitas de sudor cayendo por su frente y se había quitado los zapatos dejando al descubierto las ampollas y rozaduras de sus pies con las plantas llenas de suciedad.

Hablaba por teléfono:

—No pienso dejarme engañar nunca más por el GPS de Google Maps. Cuando lo he encendido ponía que tardaría 25 minutos en llegar caminando, ¡y de eso nada! Tres cuartos de hora he tardado, tía. Me ha hecho dar más vueltas que una peonza y he acabado corriendo como las locas cuando he visto que iba a llegar tarde. He tenido que quitarme los zapatos de tacón y correr descalza.

—Se miró los pies e hizo un mohín—. Tengo los pies destrozados, los muslos en carne viva y el pelo hecho un asco.

No sé porque me quedé ahí de pie escuchando su conversación, pero lo hice. Pese a que hablaba a gritos y usaba expresiones vulgares, algo en ella me llamó la atención desde el principio.

—Te digo que esta vez no ha sido culpa mía. Puede que no me sepa guiar muy bien con un mapa, pero yo solo me he limitado a seguir las indicaciones.

—Puso los ojos en blanco y suspiró—. Bueno, nena, te dejo, voy a ver si consigo hacer algo con mi pelo antes de que me llamen para hacer la entrevista.

Colgó el móvil, rebuscó en su bolso y sacó un espejo de mano que abrió y sujetó a cierta distancia de su cara para secarse el sudor con un pañuelo e intentar dominar los mechones que se habían escapado de su coleta. Lo hizo frunciendo el ceño de una forma graciosa. Justo entonces, ladeó su rostro y sus ojos azules, enormes y saltones, se posaron sobre los míos.

Me pilló observándola y se me aceleraron las pulsaciones al instante. Sus ojos parecían dos ventanas abiertas al cielo, y emanaban tanta vida y fuerza que me sentí abrumado. Intenté disimular esas sensaciones fingiendo una expresión de hastío profundo mientras despegaba mis ojos de los suyos y seguía caminando hasta la sala de descanso.

Pero no me saqué esos ojos de la cabeza en todo el día.

Por aquel entonces yo aún no sabía lo mucho que aquellos ojos seguirían persiguiéndome durante los años siguientes...

Morirse de ganas

Estoy hecha un lío. Mi mente ahora mismo se parece mucho a uno de esos cajones llenos de cables enrollados los unos con los otros sin orden ni concierto. ¿Alguna vez habéis intentado separarlos? Es frustrante. A mí más de una vez me han dado ganas de coger unas tijeras y empezar a cortar a base de bien. Pues bien, así es como me siento ahora: abrumada.

Ayer, después de ir a casa de Hugo y descubrir que tiene una hija, me costó horrores dormir. Nunca imaginé que Hugo, el Hugo déspota e imbécil que creía conocer, era padre. Y un buen padre, por lo poco que atisbé. Si el viernes ya me sentía confusa por su beso, desde ayer la confusión no hecho más que incrementarse.

Y con este barullo en mi interior, salgo del ascensor y entro en la oficina, caminando a paso rápido hasta llegar a mi puesto de trabajo. Cuando veo a Hugo sentado sobre mi mesa, un terremoto de nivel siete en la escala de Richter me recorre por dentro. Noto el calor en mis mejillas.

—Hola, canija —dice con un tono de voz insinuante.

Hugo tiene su taza ridícula en las manos y hoy lleva una camisa estampada con peces payaso, también ridícula. Sin embargo, por primera vez, esa

ridiculez me parece entrañable. Dios, ¿estaré padeciendo algún tipo de cortocircuito cerebral?

Como todas las mañanas, Hugo me repasa con la mirada. Hoy llevo unos pantalones ceñidos y una blusa blanca con topos negros, aunque por la forma en la que me mira podría estar completamente desnuda. Sus ojos adquieren un aire peligroso y la nuez de su garganta sube y baja visiblemente al tragar.

—¿Cómo está Estela? —pregunto en un susurro, asegurándome de que nadie nos escuche.

Sus ojos, que parecen disfrutar del canalillo que deja al descubierto mi blusa, ascienden de nuevo hasta mi rostro.

—Ya está mejor, aunque aún no ha ido al cole. Hoy se ha quedado mi madre con ella.

Es nuevo esto de hablar de confidencias. Estoy segura de que en esta empresa nadie sabe que Hugo tiene una hija. Somos cómplices en su secreto, y la idea de que compartamos algo tan íntimo me hace sentir afortunada.

A las nueve en punto, tras haber ido a por mi té en la sala de descanso, enciendo mi ordenador y me pongo a trabajar. Para empezar, tengo algunos correos pendientes por responder. Abro el aplicativo de mensajería y justo en este momento recibo un mensaje entrante en el chat interno.

Hugo: Me encanta esa blusa.

Gina: Hugo...

Hugo: Dan ganas de desabrochártela con los dientes.

Un cosquilleo me recorre entre los muslos y me muerdo el labio. Joder con Hugo.

Gina: Usar el chat para conversaciones subidas de tono en el trabajo creo que es motivo de despido según los estatutos.

Hugo: A la mierda los estatutos, Gina. Me muero de ganas de que sea el viernes.

Suelto un suspiro y, pese a lo extraño de la situación, me doy cuenta de que yo también me muero de ganas...



—Tía, es que es muy fuerte —dice Paula, con los ojos muy abiertos y cara de flipar pepinillos.

Estamos en un local de copas cerca de mi casa, se trata de uno de esos pubs modernos, con luces de neón y mobiliario minimalista. Ambas tenemos nuestro segundo gin-tonic en la mano, y charlamos tranquilamente sentadas en

una de las mesas del rincón.

Estamos hablando de Hugo, de su hija y de lo mucho que todo esto me sobrepasa.

—Es una locura, ¿verdad?

—Un poco. Hasta hace unas semanas tenías sueños recurrentes en los que Hugo te seguía hasta un callejón oscuro y te estrangulaba.

—¡Lo sé! —repito, riéndome entre dientes al recordar esas pesadillas—. Pero es como si Hugo siempre hubiera llevado una máscara para esconderse y ahora se la hubiera quitado y le pudiera ver de verdad. En plan Mr. Darcy de *Orgullo y Prejuicio*. Y Paula, lo que veo me gusta, me gusta mucho.

—Joder, compararle con Darcy es un nivel superior. Aunque, a ver, no me extraña, está para mojar pan y repetir hasta hartarte, ¿cómo no te va a gustar?

—Lo sé... —Y me muerdo el labio evocando su sonrisa ladeada y su pelo revuelto.

¡Ay! ¡Qué bueno que está!

—No quiero cortarte el rollo con esto de Hugo, pero ¿qué pasa con Mario?

—Oh, ¡Mario! —exclamo, y hundo mi rostro entre las manos porque estos días no he tenido tiempo de pensar en él.

Mario, el hombre que yo imaginaba como un príncipe azul sentado a lomos de un precioso corcel blanco capaz de rescatarme de mi castillo inexpugnable para vivir mil aventuras...

—¿Estás bien? —me pregunta Paula, porque llevo unos segundos lamentándome en silencio.

—Sí, estoy bien es solo que... estoy muy confundida con lo que siento. Llevo años enamorada de Mario y odiando a Hugo, y ahora es como... no sé, como si fuera incapaz de entender nada. Ya sé que del odio al amor solo hay un paso, pero ¡menudo paso!

—Bueno, neurológicamente hablando, la parte del cerebro que te hace odiar a alguien está al lado de la parte del cerebro que te hace enloquecer por sus huesos, por ello, ambos sentimientos son tan parecidos que cuesta diferenciarlos.

—¿En serio? —Abro mucho los ojos.

—Lo leí en Cosmopolitan.

—Ah, bueno, si lo leíste en Cosmopolitan no lo voy a poner en duda —digo con una risita entre dientes.

—Así que, date tiempo. Además, has quedado von Hugo el viernes, ¿no? Quizás hablar con él te ayude a deshacer el entuerto.

—Sí, supongo que sí.

Miro la copa que está vacía y chasqueo los dedos en el aire para que el camarero venga y me sirva otra. Le digo a Paula que necesito cambiar de tema para desconectar de mi mente y entonces es ella la que me confiesa algo:

—¡He conocido a alguien!

—¿Que has hecho qué? —Me quedo con la boca abierta—. ¿Y cómo es que aún no me habías dicho nada, hija del mal?

—Tía, es que ha ido todo muy rápido. Se llama David y nos conocimos la semana pasada. Él quería vender un piso que acaba de heredar de su abuela y me contrató para que le diera un toque más moderno a la decoración. La primera vez que nos vimos fue como... chispazos, ¡Gina! ¡Chispazos! Como si el cielo de repente se abriera y ¡booom!, empezaran a caer relámpagos. —Se muerde el labio y suspira—. Al acabar me pidió el teléfono por si le surgía alguna duda y... ¿adivina? Me ha estado mandando mensajes todo el fin de semana.

Se remueve en su silla orgullosa.

—¿Qué clase de mensaje?

—Léelo tú misma y juzga.

Me pasa su móvil, empiezo a leer los últimos mensajes y abro los ojos

como platos.

Qué ganas tengo de verte, nena. ¿Sabes qué voy a hacerte cuando te tenga? Voy a arrancarte la ropa, a ponerte de espaldas contra la pared y a follarte desde detrás. ¿Te gusta esa idea? También se me ocurre que podría follarte por otro sitio si me dejas...

Suelto una exclamación y dejo de leer con las mejillas encendidas mientras miro mi amiga estupefacta.

—Dios, ¡qué cerdo!

Le devuelvo el móvil y ella suelta una risita.

—Es cerdo, pero excitante, ¿no crees?

—No sé, Paula, yo la puerta de atrás siempre la mantengo cerrada, no sé si me entiendes...

—Eso es porque eres un poco estrecha de mente, pero el sexo anal es muy placentero.

—Dijo la especialista en sexo anal —me burlo, conocedora como soy de que nunca lo ha practicado.

Ella me sigue hablando de David y noto sin necesidad de que me lo diga

que se está colgando de él. Lo puedo descifrar por su mirada brillante y sus mejillas sonrosadas. Mi dulce Paula lo ha vuelto a hacer, ha vuelto a enamorarse de un tío al que apenas conoce y que, con toda probabilidad, le partirá el corazón. No es que sea una ceniza, es que siempre pasa lo mismo, sigue el mismo patrón, abre su corazón demasiado rápido y eso suele acarrearle muchos problemas después. Es incapaz de gestionar sus emociones al inicio de una relación.

—No sé, Paula... Eres una romántica, y estos mensajes son puramente sexuales.

—Bueno, porque dice que le pongo mucho, pero en uno de los primeros mensajes me dijo que le había parecido una chica muy interesante.

Ay, Paula, Paula, qué inocente es a veces.

—Cielo, solo prométeme que no dejarás que te hagan daño, ¿vale?

—No soy de papel, Gina, sé cuidarme sola. Además, me ha invitado a cenar este viernes a su casa.

Le lanzo una mirada suspicaz.

—¿Qué? —me pregunta inocente.

—Todo el mundo sabe lo que significa cenar en casa de alguien con el que te mandas mensajes guarros.

—¿Y qué significa?

—Que la cena eres tú.

—A lo mejor me apetece serlo.

Levanto las manos como gesto de rendición.

—Paula, no te juzgo. Tú... solo ten cuidado, ¿vale?

—Vale... Lo tendré, te lo prometo.

¿Qué te pasa, Mario?

Por fin viernes, ¡sí!, ¡viernes! Y es que esta semana el tiempo ha pasado tan lento que los segundos parecían minutos, los minutos parecían horas y las horas parecían días. Los nervios y la ansiedad me golpean en la boca del estómago. Esta noche, por fin, Hugo y yo tendremos nuestra cita.

Estoy en la oficina, trabajando en un boceto sentada en mi escritorio, y de vez en cuando levanto la mirada para observar a Hugo, que parece concentrado en lo que está haciendo en la pantalla de su ordenador. Hoy está muy guapo, vestido con unos chinos color granate y una camisa azul marino estampada con cochecitos de color rojo.

Lo cierto es que sigo teniendo un cacao mental bastante considerable. Hugo, Mario, Mario, Hugo... Mi corazón parece dividido en dos y late por uno o por otro dependiendo la situación. Siempre he pensado que es imposible que puedan gustarte dos personas a la vez, que hay una de las dos que tiene más peso que la otra, pero, la verdad, es que ahora que me encuentro en esta encrucijada, me doy cuenta de que estas cosas pasan. Y es absurdo, lo sé, porque llevo enamorada de Mario desde hace tiempo mientras que he odiado a Hugo con todas mis fuerzas durante el mismo periodo, pero es que las

personas somos muy complicadas. A veces, la línea que separa un sentimiento del otro es tan fina que, cuando quieres darte cuenta, ya la ha sobrepasado y todo se vuelve muy abrumador y confuso.

—¡Gina! ¡A mi despacho! —exclama la voz de Mario, sacándome automáticamente de mis pensamientos.

Levanto la cabeza y le veo asomado por la puerta, con el ceño fruncido y una mirada desaprobatoria que me pone automáticamente en alerta. Mis neuronas empiezan a trabajar a toda pastilla para intentar encontrar el posible motivo por el que Mario me mira como si acabara de sacrificar a un montón de gatitos en un ritual satánico, pero no sé a qué puede deberse esa hostilidad repentina.

—¡Ya! —me apremia de nuevo antes de darse la vuelta y desaparecer.

Me levanto con los nervios revolviéndome el estómago. No sé qué debo haber hecho para que me haya atacado con su mala leche, mala leche que, por cierto, no es nada habitual en una persona calmada y tranquila como él.

Ladeo la cabeza y busco a Hugo con los ojos. Este se ha girado y me dedica una mirada comprensiva que yo le devuelvo con un mohín asustado.

Trago saliva y me dirijo a toda pastilla hacia su despacho. Cuando llego, llamo a la puerta con los nudillos y entro en cuanto me da el permiso. Me observa con los codos apoyados en la mesa. Su mirada es tan intensa que me

achico al instante, como si él fuera un trol gigante y yo un hobbit diminuto.

—Siéntate, por favor.

Me siento en la silla que señala con un gesto y espero a que hable, removiéndome intranquila. No me va a echar, ¿no? Por un momento esta hipótesis me golpea tan fuerte que las lágrimas se me agolpan en los ojos, pensando en lo mal que voy a pasarlo si me echa de patitas en la calle.

—¿Qué mierda es esta? —pregunta, lanzándome un fajo de papeles que me hacen soltar un suspiro instantáneo, porque de repente me doy cuenta de que no me va a echar y que solo está descontento por algo que he hecho.

Miro los papeles y veo que es mi propuesta para una campaña en redes sociales que he diseñado para una pequeña clínica especializadas en dietas y adelgazamiento.

Levanto una ceja y pregunto, inocente:

—¿Por qué es una mierda?

—¿De verdad es necesario que te lo diga?

Repaso de nuevo el proyecto y lo encuentro correcto, por lo que me encojo de hombros.

—Yo lo veo bien.

—No me gusta nada el planteamiento —indica, mirándome con los ojos

entrecerrados—. La partida dedicada a Instagram dobla a la de Facebook y Twitter.

—Eso es porque hoy en día, en Instagram, hay una gran comunidad de gente que comparte sus platos saludables y sus objetivos para perder peso. Creo que es mucho más atractivo intentar vender el producto a ese tipo de gente que a la que puedes encontrarte en Facebook o Twitter.

Me atraviesa con la mirada y sé que mi respuesta le ha parecido correcta pero también sé que no va a darme la razón, porque, por algún motivo que desconozco, está enfadado conmigo. Lo veo por su manera de mirarme y por la forma en la que me ha tratado. Mario es una persona dulce y buena, no esta especie de Voldemort que tengo aquí delante.

—Deberías haber explicado eso en el informe —dice finalmente, pasándose una mano en el cabello repeinado.

—Podrías haberme preguntado como una persona normal, te lo hubiera explicado y lo hubiera añadido sin necesidad de que te comportaras conmigo como un energúmeno.

—Soy tu jefe, Gina, así que cuida esa boquita.

—Llevas toda la semana portándote como un idiota, así que no me hables a mí de mantener las formas. ¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo?

—No me estoy comportando de ninguna manera.

—Sí lo estás haciendo.

—¡Qué no!

—¡Qué sí!

Nos quedamos mirando unos segundos, sin decir nada, con las miradas conectadas y los rostros enfurecidos.

—Voy a añadir lo que falta en el informe y te lo volveré a pasar. —Me levanto de la silla con el informe en la mano.

Doy un portazo y nada más hacerlo escucho un fuerte golpe que viene de dentro. Cierro los ojos y noto como las lágrimas se me agolpan de nuevo en los ojos. No sé qué está pasando entre Mario y yo, pero todo esto me supera sobremanera.

Respiro hondo y regreso de nuevo hacia mi sitio, obligándome a mantener la cabeza alta y la respiración tranquila. No voy a llorar por Mario, no ahora. Soy una mujer fuerte e independiente.

Cuando llego a mi mesa veo que tengo un mensaje en el chat interno. Es de Hugo que me hace sonreír al instante.

Hugo: *¿Ya has elegido un vestido bonito para nuestra cita? Recuerda*

que paso a buscarte a las 21.00 h ;-).

Mujer de rojo

Hora: 20.39 de la noche.

Hora en la que pasa a recogerme Hugo: 21.00

Lugar: mi casa, para ser exactos, mi dormitorio.

Estado de ánimo: ¡¡¡AHHHHHHHHHHHHHHH!!! (o sea, a punto de sufrir un infarto)

¿Os he explicado alguna vez que soy la persona menos previsora que existe? ¿No? ¡Pues ya lo sabéis! He quedado con Hugo en menos de media hora y acabo de estropear el vestido que tenía pensado ponerme.

Lo he recogido esta tarde del tendedero aún humedecido y he pensado que podría acabar de secarlo con la plancha, pero justo cuando estaba plancha arriba, plancha abajo, me ha llamado mi madre, ha empezado a parlotear y he perdido la noción del tiempo hasta que he empezado a oler a quemado y he visto que salía humo del vestido.

Conclusión: No tengo vestido.

Otra persona hubiera planificado una opción B, C o D por si la A salía mal, pero resulta que yo no soy esa clase de persona.

Total, que he acabado hecha una reina del drama, he llamado a Paula por Skype con las lágrimas resbalando por mis mejillas y he bramado que iba a cancelar la cita porque no tenía nada que ponerme. Paula me ha calmado, me ha dicho que dejara de ser tan exagerada, y me ha recordado que tengo ropa de sobras para encontrar otra posibilidad igual de buena.

—A ver, enséñame las opciones —me pide Paula desde la pantalla del portátil. Estamos hablando con las cámaras encendidas para que así pueda aconsejarme mejor.

Le digo que espere y me pongo rápidamente un vestido con volante, florecillas y cuello Peter Pan y se lo enseño.

—¿Qué te parece este?

—A ver, es mono, pero un poco... como decirlo de forma delicada... Es un poco de Mary Poppins. ¿No tienes algo con escote?

—Vale, vale, uno con escote...

Me quito el vestido por la cabeza y empiezo a rebuscar en mi armario, pero no encuentro otro que me guste lo suficiente.

—Ponte el vestido rojo —oigo que dice Paula tras de mí.

Me giro para mirarla. Llevo solo una camiseta de tirantes y unas bragas de encaje negro. Frunzo el ceño.

—¿Qué vestido rojo?

—El que te compraste en rebajas.

Me río como una demente pensando en ese vestido rojo, un vestido rojo de un color tan vivo que no me he atrevido a ponérmelo nunca en mi vida. Diría que incluso tiene la etiqueta puesta.

—No puedo ponerme eso.

—¿Por qué?

—Es demasiado rojo.

—Nada es demasiado rojo.

—Pareceré la menstruación.

—¡No digas chorradas!

—Y llamaré demasiado la atención.

—De eso se trata, cielo, de llamar la atención. En Cosmopolitan dicen que los vestidos rojos son los nuevo *Little black dress*. Anda, pruébatelo.

Suelto un suspiro y voy hasta la otra habitación donde tengo la ropa que no quiero tirar pero que tampoco me pongo nunca. El vestido rojo está entre varios vestidos demasiado pequeños que me compré en su momento con la esperanza de perder unos kilitos, inocente de mí.

Me pongo el vestido, subo la cremallera del lateral y... ¡voilà! Me queda como un guante. Me miro en el espejo del armario ropero y la verdad es que... Dios, me gusta lo que veo. Esconde mis caderas pronunciadas y el escote en forma de corazón me hace un pecho bonito. Es algo así como un vestido mágico que lo pone todo en su sitio. Aunque sigue siendo demasiado rojo.

Regreso a la habitación y, cuando Paula me ve, abre mucho los ojos y empieza a dar saltitos al otro lado de la pantalla.

—¡Oh, yeah, nena! Estás para comerte.

—¿En serio?

—Sí, cariño, con ese vestido eres la versión maciza de caperucita esperando que la coma el lobo. —Me guiña un ojo—. Aunque tengo que dejarte, David ha pasado a buscarme en coche y lo tengo debajo de casa esperando.

—¿Ya estás preparada para todas las guarradas que piensa hacerte?

—Por supuesto, incluso me he hecho la brasileña.

Y empieza a reírse ella sola, soltando un sonidito de cerdo que me hace reír a mí también, porque ese sonidito significa que se está muriendo de ganas.

—Pásalo bien, amor —le digo—. Pero acuérdate de lo que te dije el otro día, ten cuidado.

—Qué sí, pesada. Tú también pásalo bien y no hagas nada que no haría yo.

Nos damos besitos en el aire a modo de despedida y apago el portátil.

Me dirijo hacia el baño y empiezo a maquillarme, con un estilo natural que me realce los pómulos y me haga menos redonda la cara. Acentúo mis ojos con un delineador negro y un poco de sombra, y me pinto los labios de rojo cereza, mi labial de siempre.

A las nueve en punto, con una puntualidad británica, suena el telefonillo. Siento un burbujeo en el estómago tan fuerte que por unos instantes pienso que es gastroenteritis. Respondo y digo que ahora bajo, sintiendo como todo mi interior se remueve, ¡Ay Dios! Tengo una cita con Hugo, una cita de las de verdad, con cena incluida.

¡Hugo y yo! ¿Quién lo hubiera dicho?

Recorro toda la casa buscando mis botines de ante con tacón, me pongo mi cazadora de cuero camel y salgo de casa con el burbujeo intensificándose con fuerza.

Espero a que venga el ascensor, pero no hay manera de que aparezca y me siento tan ansiosa que decido bajar por las escaleras. Conchita, la vecina del segundo, está hablando con la del tercero con la puerta del ascensor abierta. En otro momento me hubiera puesto hecho una furia, le hubiera gritado por tener secuestrado el ascensor en su planta y ella me habría recordado que soy

una maleducada, pero ahora mismo no tengo tiempo para todo esto.

Salgo del portal, bajo los últimos escalones y me encuentro a Hugo apoyado en un coche plateado (no me preguntéis la marca porque yo de coches entiendo lo mismo que de física cuántica). Hugo está guapísimo, con unos pantalones ceñidos negros y una cazadora *biker* negra. Me sorprende al preguntarme con una sonrisa bobalicona cuál de todas sus absurdas camisetas estampadas llevará hoy.

A medida que me acerco puedo ver su mirada clavada en mí, esa mirada que solemos dedicarnos en el trabajo todas las mañanas nada más vernos y que esta vez está llena de connotaciones que consiguen que un hormigueo se extienda entre mis muslos.

No sé si acercarme y darle dos besos o no, porque es algo que nunca hemos hecho y esto me incomoda. Su mirada lobuna se intensifica mientras recorre mi cuerpo como si fuera un enorme caramelo que quisiera lamer hasta saciarse y, ante mi indecisión, me coge de la mano y tira de mí hasta que estoy lo suficiente cerca como para darme un beso en la mejilla.

Nos quedamos unos segundos así y su voz acaricia mi oído:

—Estás increíble, mujer de rojo.

Cierro los ojos y se me encienden las mejillas ante este comentario. No estoy acostumbrada a que me digan estas cosas.

Me separo un poco, me muerdo el labio y, con expresión pilla, le desabrocho un poco la chaqueta. Suelto una risita cuando veo el estampado.

—¿Piñas? —pregunto riéndome de nuevo.

—¿He cumplido con tus expectativas?

—Las has sobrepasado.

Me sonrío con dulzura y se separa de mí para voltear el coche mientras me dice:

—Vamos, canija, la noche nos espera.



Dejamos el coche en un parking y vamos andando hasta un restaurante escondido en una callejuela peatonal y tranquila. Ya desde fuera nos llega la suave música de ambiente y, cuando entramos, me enamoro enseguida del sitio, porque es pequeño pero coqueto. La luz es tenue, el mobiliario blanco, y la mantelería azul, a conjunto con las baldosas hidráulicas del suelo. En conjunto es un lugar muy romántico que rezuma intimidad y elegancia.

Nada más entrar, una chica nos acompaña hasta una mesa reservada, cerca de un ventanal. La mesa está decorada con un centro de mesa precioso con gardenias y velas en vasos que titilan con delicadeza. Nos quitamos los abrigos, nos sentamos y la chica nos trae las cartas de tapas de cuero granate.

—¡Me encanta este lugar! —exclamo cuando nos quedamos solos. Él sonríe como queriendo decir: lo sé, soy el mejor. En otra ocasión su arrogancia me hubiera sacado de mis casillas, pero en vez de eso, esta vez, le devuelvo la sonrisa—. ¿Sueles traer aquí a tus conquistas a menudo?

—¿Mis conquistas? Me halaga que uses el plural —dice divertido.

—¿Por qué?

—Creo que esta es la primera cita que tengo en... No sé, ¿cuatro años?

—¿Hablas en serio? —pregunto con los ojos muy abiertos.

Él afirma con la cabeza y yo le miro alucinada.

—No he tenido mucho tiempo que digamos. De hecho, tuve que preguntarle a un amigo mío por un sitio bonito donde pudiera llevarte, no estoy muy puesto al día...

—¿Por Estela? —pregunto cautelosa.

—Por Estela —afirma él, encogiéndose de hombros.

Hay un montón de preguntas que se me acumulan a la cabeza en este momento, pero antes de dejarlas salir, decido mirar el interior de la carta. Los platos parecen muy pijos y el precio es absurdamente alto, pero, un día es un día, ¿no?

Viene la camarera a pedirnos nota y yo me decanto por unos raviolis

rellenos de pera de primero y una corvina al horno de segundo. Hugo se pide ensalada y solomillo. Para beber, un merlot que nos sirve un chico explicándonos todas sus características. Hugo le escucha con atención y asiente mientras hace toda la ceremonia típica de las catas de vino. Yo, en cambio, no entiendo nada, es como si me hablara en mandarín. Confieso que tengo un paladar muy poco refinado. Soy incapaz de encontrar la diferencia entre un vino de tres euros del Mercadona y un vino de calidad como este.

Tras la explicación, volvemos a quedarnos solos y nos miramos en silencio.

Estoy en una cita con Hugo, el mismo Hugo al que odiaba hasta hace apenas unas semanas. La vida, a veces, tiene giros inesperados que te ponen el mundo del revés cuando menos te lo esperas.

—Bueno... —decimos a la vez, y nos reímos, porque se nota que ambos estamos algo nerviosos.

—Tú primero —le insisto, dando un sorbito al vino.

—Esto resulta raro, ¿verdad? —me pregunta.

—Bueeeno... Supongo que hay situaciones que podrían ganar en rareza a esta. Como que unos extraterrestres verdes y enanos invadieran la Tierra con la intención de liquidarnos a todos. Así que podemos decir que, dentro de los niveles de rareza, estamos en un nivel moderado.

Hugo me mira perplejo.

—Tu capacidad por hacer relaciones mentales absurdas me parece alucinante. Tendrías que escribir guiones para Hollywood, se te daría bien.

—No creas que no lo he pensado, eso me permitiría conocer a Ryan Gosling y casarme con él.

—¿Ryan Gosling?

—Sí, ¿qué pasa?

—Siempre me ha parecido un actor de lo más sobrevalorado. Ni siquiera está bueno.

—Oye, no te metas con el amor de mi vida, porque Ryan Gosling es EL HOMBRE. Mi problema de expectativas con el género masculino viene justamente de su personaje en *El cuaderno de Noah*.

—Una película que también me parece demasiado sobrevalorada.

—¿Por qué?

—Es poco realista. Nadie se pasa años restaurando una casa, esperando a una mujer que conoció cuando era joven. ¡En la vida real eso no pasa! —Me mira divertido, está claro que me está pinchando con eso.

—Qué poco romántico —digo entrecerrando los ojos.

—No es que sea poco romántico, soy realista.

Antes de que pueda añadir nada más, la camarera nos interrumpió para traer los primeros platos.

—Sea como sea, Ryan Gosling es el hombre de mi vida, solo que él no lo sabe.

—Vale. —Levantando las manos como gesto de rendición y suelta una risa divertida.

—Además, así se llama mi vibrador.

Pincho con el tenedor un ravioli y me lo meto en la boca. Miro a Hugo que se ha quedado con los ojos abiertos como platos con el tenedor a pocos centímetros de la suya.

—¿Tu... tu vibrador? —pregunta.

—Sí... Ryancito para los amigos. Es rosa, hace luces y es muy mono.

Puedo ver como traga saliva con dificultad.

—Creo que... deberíamos cambiar de tema.

Me rio divertida y empezamos a hablar del trabajo, de los proyectos que estamos llevando y de algunos clientes tocapelotas que nos ha amargado la vida al largo de los años. Es una charla agradable, refrescante y divertida. Debajo de esa apariencia de estirado, Hugo es una persona realmente

encantadora, ¿quién lo hubiera dicho?

Cuando pasamos al segundo plato, la conversación se vuelve más personal. Dejamos de hablar del trabajo y nos centramos en nosotros. Yo le explico que me he criado en un pequeño pueblo del Pirineo, que estudié la carrera en la ciudad de Girona y que me mudé a Barcelona cuando conseguí mi primer trabajo. Que combiné los estudios con el trabajo en una cafetería, porque mis padres no me podían pagar el piso de estudiantes y la carrera, y que eso hizo que no pudiera intimar mucho con mis compañeros de clase. También le hablo de Paula, la única amiga de verdad que tengo ahora mismo, hablamos de sus problemas amorosos, de su capacidad de enamorarse del amor, y de su obsesión por los artículos de Cosmopolitan.

Él me habla de su niñez con sus padres. Viene de una familia obrera, de recursos limitados, y también se lo había tenido que currar mucho para conseguir todo lo que tiene. Tuvo que centrarse en los estudios para mantener las becas y así no ahogar mucho a sus padres económicamente.

En el fondo, Hugo y yo hemos tenido una vida muy parecida. Él en la ciudad, yo en el pueblo. Yo siempre había pensado que él vendría de una de esas familias de clase media, de las que se van de vacaciones todos los veranos y pueden pagar las carreras a sus hijos sin preocuparse demasiado. Me sorprende descubrir que no es así.

También me habla de un amigo suyo, Álvaro, quién es un mujeriego de cuidado que sale cada fin de semana con una chica distinta, pero al que quiere como un hermano porque siempre le ayuda con Estela.

—¿Dónde está su madre? —me atrevo a preguntar, porque el momento se ha vuelto íntimo y creo que hemos creado un clima de confianza suficiente para hacer esta pregunta. Sé que me dijo que era una historia muy larga, pero necesito oírla, necesito saber toda su historia. Tengo la sensación de que eso me ayudará a entender quién es, porque se esconde tras ese alto muro que proyecta para protegerse de los demás.

Hugo me mira indeciso, se muerde el labio y suspira. Cuando empieza a hablar soy incapaz de separar mi mirada de la suya.

—Lucía y yo nos conocíamos desde pequeños. Éramos vecinos, teníamos la misma edad y siempre jugábamos juntos, aunque fuéramos a colegios distintos. Sus padres tenían más dinero que los míos, así que ella estudiaba en uno de esos colegios privados donde todos van con uniforme y tienen casi asegurada la entrada a la universidad. Pese a la diferencia de clases... seguimos siendo amigos hasta que dejamos de ser unos niños y nos convertimos en adultos. Nos dimos nuestro primer beso a los trece, sentados en la azotea que había a lo alto de mi edificio. Empezamos a salir dos semanas después, a escondidas de sus padres, porque ellos no veían con buenos ojos

que su hija estuviera con un don nadie como yo. Hicimos el amor por primera vez a los quince, en esa misma azotea, en una de esas noches despejadas donde se ve alguna estrella. Durante años permanecimos juntos, el uno al lado del otro. Crecí junto a ella, y ella era casi como una parte de mí, como una extremidad más que formaba parte de mi propio cuerpo.

Para un segundo, coge su copa y le da un sorbo, como si necesitara algo de líquido para tragar la inquietud que desde aquí palpo. Su relato me deja anonadada, porque es el inicio de una historia de amor tan bonita, que bien podría ser el argumento de una de esas películas que tanto me gusta ver los fines de semana tumbada en el sofá.

Me mira y sigue de nuevo con su historia.

—Lucía era la chica más bonita del mundo. Para mí no había otra como ella. Tenía la piel tostada, los ojos claros y el pelo del color del caramelo de los flanes. Yo la quería más que a mi propia vida, hubiera hecho cualquier cosa por ella, pero... al cumplir los dieciocho empezamos a tener problemas y ese amor tan bonito e ideal que habíamos vivido durante nuestra adolescencia se convirtió en tóxico. Discutíamos todos los días, nos pasábamos el día cabreados el uno con el otro, y follábamos como vía de escape, con pasión, sí, pero de forma desmedida. A veces como un arrebató, a veces con rabia. Lo nuestro empezó a joderse en el momento que decidimos solucionarlo todo a

base de sexo... —Traga saliva, desvía su mirada de la mía y coge aire para seguir hablando—. Decidimos dejarlo. Ambos estábamos pasándolo muy mal con lo nuestro. Yo necesitaba mantener la beca en la universidad y no podía permitir que nuestros altibajos afectaran a mi nota media. Y ella... ella decidió poner espacio entre nosotros marchándose a estudiar a Nueva York. Los siguientes dos años, sin ella, aprendí a ser yo. Después de casi toda una vida formando parte de otra persona, aprender a ser yo mismo, por mí solo, me gustó. Descubrí que había muchas cosas que me gustaban y que no sabía que me gustaban porque mi vida con Lucía era muy limitada. Fueron dos años en los que estuve tranquilo, apaciguado, sin dramas ni peleas diarias. Hasta que regresó.

Se toca el pelo, nervioso, y yo alargo la mano para decirle que no pasa nada, que estoy aquí.

—No regresó sola, Gina, regresó con Estela, y regresó solo para dejármela. Tenía poco más de un año. Según me dijo, en una de nuestras sesiones de sexo salvaje, se nos olvidó usar protección y... pasó. —Se frota el rostro—. Lucía estaba distinta, desquiciada, enfadada con el mundo. Me dijo que si yo no me quedaba con Estela la daría en adopción, que esa niña le había robado el futuro y que acababan de ofrecerle un trabajo en el campo de la moda al que no quería renunciar. Era un trabajo que le obligaba a viajar mucho y Estela le cortaba las alas. Así que ya te puedes imaginar. Me quedé...

pasmado, Gina. Imagínate. Estaba en cuarto de carrera, me quedaba solo un año para licenciarme y de repente me cayó un meteorito encima.

—Debió ser muy duro —me atrevo a decir.

—No, Gina, no fue duro. Fue abrumador. Yo... No lo entiendes. —Traga saliva—. Le dije que sí, Gina, le dije que la diera en adopción. Le vi esa preciosa carita que tiene, con mi nariz y mis ojos, y lo primero que hice fue intentar quitármela de encima. Ahora, cuando pienso en lo que estuve a punto de hacer, me siento la peor persona del mundo.

—No tienes que sentirse así, es normal que en aquel momento dudara, Hugo, cualquier persona cuerda lo haría. Tenías una vida por delante, un lienzo en blanco que poder pintar del color que quisieras, y de repente apareció una niña diminuta que de un brochazo te hizo ver que todo había cambiado. ¿Cómo no ibas a dudar?

—Lo sé, pero sigue siendo duro vivir con eso.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Lucía me dejó a Estela y me dijo que ahora era mi responsabilidad, que al día siguiente hablaríamos de los trámites que debíamos llevar a cabo para darla en adopción. Aquella tarde mi madre y mi padre se enteraron de todo el embrollo y... me apoyaron, aunque mamá me dijo algo que siempre recordaré: hagas lo que hagas, Hugo, esa niña siempre tendrá un pedacito de ti, no lo

olvides. Aquella noche no había manera de que se durmiera, no dejaba de llorar, fue un auténtico suplicio, pero entonces, le canté una nana que me cantaba mi madre cuando era pequeño y se quedó dormida, en mis brazos. Cuando la vi chuparse el dedo y sonreír entre sueños... supe que no podría hacerlo, que esa niña era mía y que me la iba a quedar.

—¿No dudaste en ningún momento de que fuera hija tuya?

—Dudé, claro que dudé, pero nos parecemos tanto que era obvio que compartíamos genes. Aun así, me hice una prueba de paternidad.

—Vaya. Tu vida debió cambiar mucho con la llegada de Estela...

—Sí, tardé algo más en terminar la carrera, pero tuve la suerte de contar con el apoyo de mis padres, que me ayudaron mucho con ella. Nunca les podré agradecer todo lo que hicieron por nosotros.

Me muerdo el labio y le hago una pregunta que llevo tiempo haciéndome:

—¿Es por eso por lo que no aceptaste el ascenso como director creativo hace un año?

Hugo hace una mueca, pero afirma con la cabeza.

—Ya hay días que llego prácticamente a la hora en la que ella se acuesta. El mundo de la publicidad es un mundo muy sacrificado, me encanta, pero mi hija siempre será mi prioridad. Ya ves a Mario, hay días que se va de la

oficina a las once de la noche para regresar a las siete de la mañana del día siguiente.

Afirmo con la cabeza con comprensión, porque es verdad que nuestro trabajo no es el mejor para conciliar vida laboral con vida familiar. Se toca el pelo y me mira, cohibido.

—Bueno... pues esta es la historia. Ya te dije que era larga. —Se ríe.

—También es muy dura.

—Lo sé.

Me lo quedo mirando, y hay una duda que necesito que me resuelva porque la tengo revoloteando en mi estómago.

—¿La sigues queriendo?

—¿A Lucía? —Afirmo con la cabeza y hace una mueca rara—. A Lucía siempre la querré porque forma parte de mí, pero la querré en pasado que es como se quiere a las cosas que no pueden ni quieres que regresen.

Sonrío, porque esa respuesta me ha satisfecho. La camarera regresa, nos quita los platos y nos pregunta si queremos postre. Sorprendentemente, Hugo responde por mí y pide una porción de tarta de manzana caramelizada con canela.

—Sin chocolate, por favor.

Me sorprende que recuerde que no me gusta el chocolate, pero el simple hecho de que lo haga me calienta por dentro de una forma bonita e intensa.

—¿Qué hay de ti y de Mario? —me pregunta, cuando la camarera nos trae el postre y le doy la primera cucharada.

Lo miro sintiendo como las mejillas se me arrebolan.

—Bueno... podríamos decir que las cosas entre nosotros están raras. — Pruebo la tarta y suelto un gemido porque está realmente deliciosa. Luego—: Desde que iniciamos el plan las cosas se han enrarecido mucho, no sé qué pensar.

—Creo que es evidente. —Coge un trozo de tarta con el tenedor mientras me mira con intensidad.

—¿Y cuál es la evidencia?

—Está celoso.

—No creo que se trate de eso. Tiene novia.

—¿Y qué?

—¿Cómo va a estar celoso? Quiere a Raquel, que es perfecta, no tiene sentido...

—Tienes la manía de hacerte de menos, Gina. Además, los tíos tenemos la absurda manía de darnos cuenta de lo que tenemos solo cuando lo hemos

perdido.

—Pero no me ha perdido.

—Él cree que sí.

—¿Por qué me besaste? —pregunto de golpe, sin anestesia. Esto es algo tan yo, lo de preguntar cosas importantes sin ningún tipo de introducción ni calentamiento previo que Hugo me mira perplejo y se pone a reír.

—¿De verdad quieres que hablemos de eso ahora?

—Sí —afirmo rotundamente—. Me prometiste que en esta cita me lo explicarías todo. —Y recalco la palabra «todo».

Él se pasa una mano por la barbilla, como si meditara, pero finalmente afirma con la cabeza.

—Vale, pero hablaremos de eso cuando salgamos de aquí. ¿Te apetece que vayamos a tomar una copa?

Afirmo con la cabeza.

—Aunque no conozco nada por aquí.

—Yo sí. —Hace un silencio dramático—. Voy a llevarte a la luna.

La luna

Cuando llegamos a La luna me enamoro enseguida del sitio. Unos proyectores recrean el cielo nocturno en el techo del local de copas y, pese a la música alta, se puede hablar sin tener que hacerlo a gritos.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta Hugo, tras regresar a la mesa con dos copas de gin-tonic.

—Por todo —le recuerdo.

—Ah, todo...

Hugo se acomoda en la silla acolchada y da un trago al vaso, mirándome con profundidad.

—Está bien. —Deja el vaso sobre la mesa y apoya el cuerpo hacia delante—. Te prometí que te lo explicaría todo y eso haré. —Una pausa, y luego—: Gina... Me gustas.

Acabo de dar un sorbo al líquido y tras sus palabras estoy a punto de ahogarme. Empiezo a toser intentando recuperar la capacidad del habla.

—¿Te gusto? —pregunto cuando siento las vías respiratorias libres de nuevo.

—Sí, joder, me gustas, me gustas mucho. Me gustas tanto que cuando me pediste llevar a cabo ese absurdo plan de conquista de Mario me cabreé, porque joder, yo no quería ayudarte a conquistar a otro.

—No lo entiendo... Pero... Si siempre nos estamos pinchando.

—Eso es lo que hacemos tú y yo, pincharnos, porque nos relacionamos así. Pero eso lo hace más excitante. —Da un trago a la copa antes de seguir—. Gina, todo lo que dije sobre ti en la cena del viernes es cierto. Bueno, al menos la primera parte. Es cierto que al principio me sacabas de quicio con tu forma de ser, pero, de una forma incoherente y absurda, todo eso acabó por volverme loco.

Es la primera vez en años que alguien me dice algo así. Le miro intentando entender todas las cosas que me pasan por dentro en este momento. Miedo, desconcierto, regocijo... Unos dedos invisibles me pellizcan el corazón y me estremezco.

—Yo... no sé qué decir —confieso.

—No hace falta que digas nada, Gina. Sé que aún sientes cosas por Mario y no quiero presionarte. Solo quería que entendieras porque el otro día, cuando me dijiste que te besara para poner celoso a Mario, me negué. No quería que mi primer beso contigo fuera falso.

—Vaya... —es lo único que soy capaz de articular.

El vértigo me trepa por el estómago y creo que voy a vomitar porque lo noto todo revuelto. Le miro y esta sensación se intensifica. Decido dar varios tragos a mi gin- tonic como si fuera un antiácido que pueda solucionar mis problemas estomacales.

—Gina, tranquila, no voy a pedir nada.

En uno de esos tragos, no acierto en acercarme el vaso en la boca y acabo por tirarme un poco encima, en el canalillo para ser exactos. Me pongo colorada y Hugo se ríe.

Cojo una servilleta intentando arreglar un poco el estropicio.

—Si quieres puedo ayudarte a limpiarte.

—Eres un idiota. —Le tiro la servilleta hecha bola y se ríe aún más fuerte.

Le saco la lengua y él me mira vez con una ternura que me derrite. No sé qué me pasa con esta nueva versión de Hugo, pero no soy inmune a ella y sus encantos.

—Tú también me gustas —confieso de repente, y lo digo a la vez que pienso en todas esas emociones que batallan en mi interior—. Pero estoy muy confusa, porque sigo sintiendo cosas por...

—Mario —decimos a la vez.

—Llevo dos años colada por él, Hugo, si te dijera que ya no siento nada

no estaría siendo sincera contigo.

—Lo sé, por eso te he dicho que no espero nada.

—Pero a la vez... Cuando estoy contigo noto algo aquí. —Me golpeo la boca del estómago con el puño cerrado—. Se me hace el mundo un torbellino y siento vértigo, como cuando miras el suelo desde una distancia muy alta y tienes miedo de caerte.

—A veces hay que dejarse caer.

Me muerdo el labio y me encojo de hombros.

—Sí, pero ¿y si me lanzo y al hacerlo abro los ojos de golpe y descubro que esto no es más que un sueño? Uno de esos sueños en los que caes de un edificio muy alto y al despertar te das cuenta de que nada es real.

—A veces hay que arriesgar, Gina, pero ehh... —Me toco la rodilla, un roce suave de su pulgar sobre la piel y me estremezco—. No tienes por qué decidir nada hoy. Ya iremos viendo, sobre la marcha, sin presión.

Afirmo con la cabeza y la velada sigue su curso. Sacamos temas de conversación de cualquier sitio y, cuando a las dos de la madrugada nos avisan de que están a punto de cerrar, volvemos al coche y me acompaña a casa.

Hugo es todo un caballero y no se limita a dejarme en el edificio, sino que

sale del vehículo y me acompaña hasta la mismísima puerta.

—Bueno... —susurro con las llaves en la mano—. Gracias por una primera cita tan agradable.

—Para mí también lo ha sido, Gina.

Le miro, parece inquieto. Mete la mano dentro del bolsillo de la cazadora y me tiende una bolsita de terciopelo negro. La abro con cuidado y cuando veo lo que hay dentro el vértigo se hace más intenso. Lo saco con cuidado. Es un dispensador de caramelos PEZ con la cabeza de Betty Boop. Es un modelo que no tengo.

—¡Me encanta! —le digo tan feliz que sé que los ojos me brillan sin necesidad de usar un espejo para corroborarlo—. ¿De dónde lo has sacado?

—El domingo fuimos al mercado de *Sant Antoni* a cambiar unos cromos y vi una parada donde tenían varios de estos. Le dije a Estela que los coleccionaba y lo eligió para ti. Sabía que te gustaría.

Miro el dispensador PEZ, luego le miro a él y al final la impulsividad acaba ganando la batalla. Me lanzo a su cuello, rodeo sus caderas con mis piernas y le beso. Este acto repentino le pilla por sorpresa, pero consigue agarrarme bien y me devuelve el beso. Es un beso furioso, que se abre paso entre sus labios y se enreda en su lengua. Consigue apoyar mi espalda en la pared del edificio. Su lengua de repente se vuelve más exigente y abro más la

boca soltando un jadeo. Su lengua me folla, o así lo siento. El beso es tan intenso que no puedo evitar frotarme contra su dureza, con las piernas cruzadas por los tobillos y el deseo desbocado.

Consigo despegarme un segundo de su lengua y le miro a los ojos.

—¿Te apetece subir a mi casa? —Me froto contra su paquete y sus ojos oscurecidos me dicen que tiene tanta hambre como yo.

—Sí, me apetece. —Traga saliva con dificultad—. Pero no lo voy a hacer.

Despliego las piernas y me dejo caer al suelo. Lo miro desde abajo ceñuda.

—¿Por qué?

—No quiero que nos precipitemos, Gina, te lo he dicho antes. —Me besa suavemente la nariz—. Aunque ahora ya sé que para ponerte cachonda solo tengo que regalarte uno de esos dispensadores.

Me pongo roja y le golpeo con la mano avergonzada.

—¡Imbécil!

—Preciosa.

Nos quedamos mirando un segundo y me doy cuenta de que, Dios, Hugo me gusta, me gusta mucho, demasiado.

—¿Nos vemos el lunes? —pregunta.

—Claro.

Se agacha hacia mí y deposita un suave beso en mi mejilla.

Nos despedimos con la mano y se espera hasta que entro en el portal para arrancar el coche y desaparecer.

¡Ay, madre! Menuda nohecita.

Esta noche Rayancito va a tener mucho trabajo por delante...

La primera vez que hablamos

(Hugo)

3 años antes...

Aquella estaba siendo una mañana estresante. Acababa de tener una reunión con un cliente para presentarle el esbozo de un anuncio y lo había rechazado asegurándome que no se adecuaba a sus necesidades. Estaba... cabreado. No había nada que me pusiera de peor humor que un cliente prepotente que se cree saber más que tú sobre Publicidad.

Salí de la sala de reuniones ceñudo. Solo quería regresar a mi escritorio y ponerme con otros temas, pero decidí pasar antes por el baño. Estaba con las manos bajo el chorro de agua fría cuando la puerta se abrió y entró la chica que, dos semanas antes, había visto sentada en la sala de Personal hablando por teléfono.

—¡Uy! —exclamó al verme. Abrió mucho los ojos—. Creo que te has equivocado de baño.

Parpadeé confuso, cerré el grifo y me sequé las manos con papel antes de cruzarme de brazos

—Creo que eres tú la que se ha equivocado de baño.

—¿Ah, sí? —Se encogió de hombros. Ni una gota de rubor ni vergüenza pasó por sus mejillas—. Pues ya que estoy aquí, ¿te importa si entro? Me estoy haciendo pis. —Señaló los cubículos vacíos.

—Eh... —No supe que contestar, en aquel momento me dejó completamente descolocado.

—¡Gracias!

Y sin más entró en uno de ellos y se encerró.

—Hoy es mi primer día, ¿sabes? Como becaria. Y la verdad es que estoy sorprendida de lo bien cuidadas que están las instalaciones. Estuve trabajando en C&F y los baños parecían caerse a cachitos, si hasta me encontré una cucaracha una vez, ¡Puaj! —Parloteaba rápido y sin dejar espacio para que yo pudiera replicar nada. Si aquello ya me parecía absurdo, escuchar el chorrillo de pis caer en el inodoro era el colmo de lo irracional, ¿es qué aquella chica no tenía ni una pizca de vergüenza ajena?—. Me está dando la formación Mario Arroyo, hace tiempo que sigo sus campañas de publicidad por redes sociales y me flipa la forma en la que trabaja los conceptos. ¿Le conoces?

Justo entonces la puerta se abrió y la chica salió, colocándose bien la falda. Yo me había quedado como un pasmarote, flipando con aquella situación que me parecía tan surrealista como una obra de Dalí.

Se limpió las manos en el lavabo con agua y jabón mientras seguía hablando sin parar:

—Lo único que encuentro a faltar en esta empresa es algo de catering en la sala de descanso. Donde trabajaba antes siempre había algo, a ver, tampoco te creas que era gran cosa, unas galletas de avena rancia y unos croissants sosos que yo rellenaba con Nutella, así me va. —Se señaló el cuerpo y cogió unos papeles del expendedor para secarse las manos con ahínco—. Por cierto, me llamo Gina.

Alargó la mano hacia mí y yo la miré sin intención de estrechársela.

Por fin, salí del trance en el que me había sumido y me atreví a hablar.

—Oye, Gina, te voy a dar dos consejos que no me has pedido. El primero, usar el baño de un género que no es el tuyo no es una buena manera de empezar en un sitio nuevo. La próxima vez, fíjate en las señales que hay encima de la puerta, no es tan difícil. Y el segundo, ¿qué coño has desayunado? ¿Cotorra a la plancha? Por dios, ¿es que no te callas nunca?

Abrió la boca, apartó la mano que yo no había estrechado y el rubor ascensión por sus mejillas. No sé porque sentí una especie de satisfacción en hacer ruborizar a esa chica que me parecía tan descarada. Sin embargo, enseguida un brillo llenó su mirada, se cruzó de brazos, imitándome, y levantó su rostro desafiante enfrentándose al mío.

—¿Y tú que has desayunado? ¿Un palo de escoba? Porque creo que lo tienes atravesado en el culo.

Cuadró los hombros y se dirigió hasta la puerta de la salida. Se giró en el último momento.

—¡Ah! Y esa camisa que llevas es la cosa más fea que he visto nunca. ¿Dónde te la has comprado? ¿En Payasalandia? —Y con una sonrisa irónica, salió del baño, dejándome pasmado, cabreado y... cachondo. Muy cachondo.

¿Qué coño me pasaba con esa chica?

Más tangible, más real

Es domingo por la tarde y he quedado con Paula para tomar un café. Nos citamos en el Starbucks de siempre y llego tarde, como siempre también. Cuando lo hago, Paula ya está en la puerta. Tiene un estilo al vestir que demuestra su buen gusto. Aunque solo lleva unos vaqueros y una americana, los complementos que combinan su look le dan un toque que parece sacada de una de esas cuentas de fashionistas de Instagram que sigo. Al verme, sonrío de una forma que sus ojos brillan y se le ilumina toda la cara. Solo con eso ya sé que ha pasado el fin de semana retozando entre besos y arrumacos. Hago un mohín porque siento una envidia repentina.

Nos sentamos en nuestra mesa preferida y Paula me cede la palabra. Las dos parecemos quinceañeras emocionadas y nos reímos mientras nos contamos nuestras confidencias. Cuando le acabo de explicar mi cena con Hugo y le enseño una foto en el móvil con el dispensador de caramelos PEZ de Betty Boop que me compró, nos miramos y soltamos un gritito emocionado como dos tontas.

—¡Qué mono es! —exclama devolviéndome el móvil—. Es la segunda persona en el mundo que entiende esa rareza tuya de coleccionar estas cosas.

—Me guiña un ojo—. La primera soy yo, *of course*.

—Es mono, ¿verdad? —Me muerdo el labio mientras miro la foto y siento unas mariposillas aletear en mi estómago.

¿Mariposas? ¿Cuándo han llegado?

—Alguien está un poco colgada... —canturrea.

—¿Tan evidente es? —Me guardo el móvil en el bolso y suelto un suspiro.

—No lo entiendo, hasta hace dos semanas le odiaba.

—No lo odiabas.

—Le odiaba —repito con vehemencia mientras ella se ríe, porque las cosas hay que llamarlas por su nombre. Si esto nuestro algún día llega a alguna parte, cuando contemos nuestra historia, el odio tendrá un papel importante en ella.

—Bueno, más bien os llevabais un rollito tipo pasivo-agresivo bastante interesante. —Hago una mueca con la boca y ella me mira con ternura.

—En conclusión, llevo desde el viernes por la noche sumida en una especie de nube que me mantiene todo el día idiotizada, excepto cuando pienso en Mario... Entonces regreso a la tierra y lo paso mal, porque nuestra relación se está deteriorando a pasos agigantados y no sé qué hacer para que vuelva a la normalidad.

—¿Pero que sientes por él?

—No lo sé —confieso—. Yo... Pensaba que era el hombre de mi vida hasta hace unas semanas, pero lo que siento por Mario es tan diferente a lo que siento por Hugo... —Trago saliva—. Con Mario siento una especie de adoración absoluta, ya sabes, para mí siempre ha sido el hombre perfecto, tan calmado, tan paciente... Supongo que con Mario todo es muy platónico e idealizado. En cambio, con Hugo... —Pongo los ojos en blanco—. Es un idiota arrogante que viste unas camisas horteras de la muerte y que mira a todo el mundo por encima del hombro, como si fuera un ente superior o algo así, sin embargo... Lo que siento por él es más tangible, más real, tampoco ayuda que Mario se comporte últimamente como un completo idiota.

—Deberías hablar con él, Gina.

—Lo sé.

—Y por lo demás, tranquila. Acabarás entendiendo lo que sientes. Solo tienes que seguir lo que te dicta el corazón.

—¿Eso lo has leído en Cosmopolitan? —bromeo.

—No, eso te lo digo yo.

Sonrío con ternura y pienso en lo buena que es mi amiga, en lo mucho que la quiero y en las ganas que tengo de que sea mañana para ver a Hugo.

También sé que tiene razón, que debo hablar con Mario, no podemos seguir así, primero porque trabajamos juntos, y segundo porque somos amigos.

Durante la siguiente media hora es Paula quién me habla de su cita con David, con el que ha pasado todo el finde en la cama hasta hace solo un par de horas.

Ay, qué mala es la envidia.



Por la tarde estoy en tumbada en el sofá, con mi pijama antimorbo y mi pelo recogido en una coleta floja. Fuera, el día se ha puesto muy feo y decido pasar el tiempo viendo una de las comedias románticas nuevas que han puesto en Netflix.

Adoro este tipo de películas. Sé que son predecibles y que sabes con quién acabará la protagonista a los cinco minutos de haber empezado a verlas, pero el proceso me fascina. Es como todo ese rollo de «lo importante no es el destino sino el camino que haces hasta llegar a él», pues es lo mismo, solo que el destino es un final de cuento y el camino un montón de situaciones embarazosas y desternillantes con las que me lo paso muy bien.

Meto la mano dentro del cuenco de palomitas por enésima vez y en ese momento el móvil vibra bajo mi culo. Me limpio las manos en los pantalones (lo sé, mi nivel de higiene cuando estoy en plan vaga deja mucho que desear) y

lo miro. Sonrío cuando veo que es un mensaje de Hugo.

Hugo: *¿Cómo va la depresión pre-lunes?*

Gina: *Curiosamente controlada. La verdad es que me apetece bastante ir a trabajar mañana. ¿Tú?*

Hugo: *Curiosamente me apetece mucho también. ¿Nos habremos vuelto masocas?*

Gina: *Creo que un poco.*

Hugo: *Yo creo que, en realidad, me muero de ganas de verte.*

Cojo el cojín que tengo al lado y lo abrazo con una sonrisa bobalicona en la cara.

Hugo: *Es más, no dejo de pensar en ese beso de despedida.*

Gina: *Yo tampoco.*

Escribiendo...

Escribiendo...

Me voy a volver loca esperando que envíe el mensaje. En serio, ¿qué está

escribiendo? ¿La Biblia? Miro al móvil como si tuviera poderes mentales y pudiera acortar el tiempo que va a tardar en mandarme el maldito mensaje.

Hugo: *¿Qué tal el domingo?*

Alzo una ceja, incrédula. ¿Ha estado casi un minuto escribiendo y solo ha puesto esto? Estoy convencida de que ha puesto otra cosa y la ha borrado.

Gina: *Mi domingo bien, tranquilo. He quedado con Paula y hemos ido a nuestro Starbucks favorito a bebernos uno de esos cafés llenos de mierdas y un trozo de tarta de queso y arándanos por un precio desorbitado.*

Hugo: *¿Para hablar de mí?*

Gina: *¡Pues claro que no! Engreído...*

Hugo: *;)*

No puedo evitar sonreír con ese emoticono guiñándome un ojo. Me imagino a Hugo haciendo el mismo gesto.

Gina: *¿Y qué has hecho tú?*

Hugo: *He ido al cine con la peque.*

Gina: *Suena bien.*

Hugo: *Bueeeno... Me he quedado dormido a la mitad, pero sí, se puede decir que sí.*

Me muerdo el labio. Estoy indecisa entre enviarle o no un mensaje, finalmente lo acabo haciendo:

Gina: *¿Qué es lo que has escrito antes y has borrado?*

Hugo: *¿?¿?¿?*

Gina: *Antes, has estado escribiendo un buen rato para solo usar cuatro palabras. Confiesa, ¿qué has puesto?*

Hugo: *¿De verdad quieres saberlo?*

Gina: *¿Lo dudas? La información es poder.*

Hugo: *Solo te estaba explicando lo mucho que una parte de mí cuerpo se ha alegrado al recordar nuestro beso.*

Respondo con un emoticono con las mejillas sonrosadas y él con uno de una mazorca de maíz. No puedo evitar reírme, aunque saber que tengo ese

efecto en él resulta excitante.

***Hugo:** Tengo que dejarte, es tarde y la cena me reclama. Nos vemos mañana, canija.*

***Gina:** Hasta mañana Hugo.*

Apago el móvil y suspiro, volviendo a fijar mi vista en la pantalla del televisor. Los protagonistas acaban de darse el primer beso y se miran con una cara de adoración que me revuelve las tripas, porque me hace pensar en Hugo y en todas las emociones que ha removido en mi interior los últimos días.

Contigo

Ha pasado una semana desde que Hugo y yo tuvimos nuestra cita, vuelve a ser viernes y las cosas siguen envueltas en caos, aunque lo que siento por Hugo no ha dejado de crecer desde entonces.

Hugo y yo estamos en una especie de paréntesis extraño. La noche del viernes ya dijo que no quería agobiarme, que quería darme tiempo para que pudiera pensar lo que sentía, y eso hace que las cosas fluyan con naturalidad entre nosotros.

Eso no significa que no hayamos hablado en toda la semana, al contrario. Desde el lunes, además de nuestras rutinas habituales, como nuestras batallas dialécticas, los cruces de miradas, o que me espere sentado sobre mi mesa con su taza de unicornio, se suman rutinas nuevas que me encantan porque dan un poco de calidez a mis días, y consiste en mensajes recurrentes desde el sistema de chat interno. Ya era algo que hacíamos de forma ocasional antes, pero ahora es casi como una compañía constante. Cada vez que veo la luz azulada parpadeando en la barra de inicio, el estómago me da un vuelco y se me acelera el pulso. Es una tontería, lo sé, solo son palabras, pero siempre consigue arrancarme una sonrisa. Si a eso le sumamos las miradas lobunas que

me echa de vez en cuando desde su escritorio... Me siento como dentro de una burbuja.

Total, que hoy es viernes y tengo un día muy estresante. Me toca hacer una presentación para unos clientes importantes.

Cuando llegan las diez en punto, Mario se asoma por la puerta y me indica con un movimiento de mano que los clientes ya han llegado, así que cojo el pendrive donde tengo los archivos, y antes de salir pitando a la sala de reuniones, leo un mensaje que me acaba de aparecer en la pantalla.

Hugo: *Suerte canija. Lo harás bien.*

Gina: *Pues estoy nerviosa, son unos clientes muy exigentes.*

Hugo: *Si no los impresionas por tu excelente trabajo, cosa que dudo, lo harás por la forma en la que ese vestido se ciñe a tus curvas. Estás preciosa.*

Gina: *Semáforo rojo, Hugo.*

Hugo: *Semáforo rojo tendría que sacarte yo por llevar un vestido que te quede tan condenadamente bien, tentando al personal.*

Levanto la cabeza y me guiña un ojo. Le sonrío y tras devolverle el guiño

me dirijo a la sala de reuniones donde solemos quedar con los clientes. Cuando entro, el señor Páez ya está allí junto a un par de personas más que forman parte de la dirección de la empresa. Mario está a su lado. Yo enchufo el USB en un proyector.

La siguiente hora la paso mostrándoles la campaña publicitaria que he diseñado para ellos. Es sobre una multinacional de productos de menaje del hogar que quiere implementarse en el territorio nacional a partir del año que viene.

Cuando termino de hacer mi exposición, los clientes me hacen unas cuantas preguntas que respondo con soltura y, cuando se marchan, Mario me indica que vayamos a su despacho.

—Ha ido bien, ¿no? —digo, intentando parecer segura y alegre, para disipar un poco el aura azulada que nos envuelve desde que he cerrado la puerta.

—Si tú lo dices...

—¿A caso lo dudas?

—No parecían muy convencidos, quizás tenías que haber hecho una propuesta más tradicional.

—¡Pero si la supervisaste tú!

—Lo sé, era una observación dirigida a los dos.

—Pero me has atacado a mí.

—No te he atacado.

—Sí que lo has hecho —insisto.

Me cruzo de brazos y le miro con una ceja levantada. Él clava su mirada distraída en la pantalla del ordenador.

—Mario... —susurro. Mario desplaza la mirada de la pantalla hasta mis ojos interrogándome con un movimiento de cejas—. No podemos seguir así.

—No sé qué quieres decir.

—No hacemos más que discutir y tú y yo no somos así. Nunca hemos discutido, y lo que más me duele es que estás llevando tus problemas personales conmigo al terreno profesional, y ya sabes que me tomo muy en serio mi trabajo.

Suspira profundamente y se cruza de brazos mientras se muerde el labio inferior con los dientes.

—Tienes razón —dice al final, después de lo que parece una eternidad.

—¿Tengo razón?

—Sí, reconozco que estas últimas semanas toda esta nueva situación me ha

sobrepasado un poco.

—¿Qué nueva situación?

—Tú, Hugo.... —Suelta un suspiro—. Gina, yo, no sé qué me pasa... —Se frota el rostro con una mano y yo frunzo el ceño sin entender lo que quiere decir—. Yo creo que... estoy celoso.

—¿Estás celoso? —repito en forma de pregunta, notando, de repente, la boca seca.

—Sí, no sé qué me pasa cuando te veo con Hugo, pero me muero de celos, joder. Es como si alguien me diera una patada en el estómago y me dejara sin aire durante unos segundos.

Se toca el pelo nervioso y clava su mirada en la mía. Yo me quedo sin saber que decir, a estas alturas de la historia no creí que las cosas acabaran desarrollándose de esta manera.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —pregunto en un susurro.

—Hablo muy en serio.

—¿Y Raquel?

—Raquel, buena pregunta. —Se vuelve a pasar la mano por el pelo con un gesto nervioso—. Digamos que no estamos pasando por nuestro mejor momento. Le expliqué lo que me pasaba contigo y me dijo que no quería

volver a verme hasta que me aclarara. Cree que no la quiero, que siento algo por ti, y yo no sé qué pensar.

Se levanta de la silla, rodea la mesa y se sienta en ella frente a mí. Yo me he quedado en el sitio con la garganta seca y la confusión martilleándome el cráneo.

—Es una locura —susurro.

—Lo sé, pero no puedo evitar molestarme cada vez que te veo corretear junto a Hugo por el pasillo, o cuando veo la forma en la que os miráis como si fuerais lo único que existe en este mundo para el otro...

—Mario...

—No, déjame acabar —dice, levantando una mano para hacerme callar—. Yo estoy hecho un lío, Gina, y necesito entender de una vez lo que me pasa. No sé porque tengo celos de Hugo, pero no puedo evitar sentir lo que siento. —Traga saliva—. El otro día cuando os marchasteis de mi casa me asomé por el balcón y os vi besándoos en la acera y sentí una enorme sensación de pérdida. ¿Alguna vez has tenido alguna taza que usabas a diario sin que tuviera nada especial? Una taza normalita, que no tiene nada que la haga destacar, pero con la que el café te sabe mejor, porque es ella. No le das importancia porque es una taza que siempre está ahí, alegrándote las mañanas. Pero un día, otro coge esa taza y se la queda, y te das cuenta de que, aunque haya otras tazas

maravillosas, a ti la que te gustaba era esa. Lo que siento es justo esa sensación de pérdida.

Me mira a los ojos y siento como el corazón bombea con mucha fuerza en mi interior. Estoy aturdida, porque su confesión ha sido tan sorprendente e inesperada que me deja fuera de combate. Por eso, cuando sus dedos me rozan la barbilla y su rostro se acerca a mí, me quedo inmóvil. No soy consciente de lo que está haciendo hasta que sus labios rozan los míos. Cierra los ojos y yo cierro los míos, pero algo dentro de mi interior me dice que esto está mal. Mario empieza a mover sus labios, entreabre mi boca y su lengua roza la mía. Frunzo el ceño y me doy cuenta al instante de que no siento nada, de que este beso no está despertando ninguna sensación dentro de mí. Es como estar besando un póster pegado en una pared.

Justo entonces, la puerta se abre. Mario y yo separamos nuestros labios presos del pánico, giramos nuestros rostros hacia la puerta abierta y el alma se me cae a los pies cuando veo que se trata de Hugo. Hugo que nos mira con el dolor y la traición brillando en sus ojos castaños. Me levanto de un salto de la silla y Mario se pone derecho.

—Lo siento, no quería molestar. Volveré luego.

—¡Hugo! —exclamo, pero ha cerrado la puerta tan fuerte que mi grito se extingue con ese sonido— ¡Mierda! —suelto, pasándome una mano por la

cara.

—Déjalo, Gina —susurra Mario, con la voz tomada.

—No, Mario, no. Mira, todo esto es un error, un gran error. —Y no sé porque me entra la risa histérica, esa clase de risa que me suele sobrevenir en situaciones abrumadoras—. Mario, ¿quieres que te cuente la verdad de lo mío con Hugo? Pues la verdad es que al inicio lo nuestro empezó siendo una farsa.

Frunce el ceño y se pasa una mano por la barbilla.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que al principio no había nada entre Hugo y yo, al menos por mi parte. Llevaba más de dos años coladita por ti. La noche que quedamos en tu casa estaba convencida que te me ibas a declarar, pero entonces me hablaste de Raquel y tú diste por hecho que estaba enamorada de Hugo y yo no fui capaz de desmentirlo, así que le pedí que me ayudara a fingir que estábamos liados.

—¿Por qué?

—Para que te pusieras celoso.

Puedo ver la ira centellear en sus ojos.

—Entonces, ¿lo tuyo con Hugo no es verdad? ¿No estáis juntos?

—No lo era... al principio, pero ahora... Mario, ahora creo que sí lo es. Yo... estoy enamorada de Hugo.

La verdad me golpea con fuerza, porque no he sabido que era así hasta que Mario me ha besado y he podido comprobar que lo que siento por él no se parece en nada a lo que siento con Hugo.

Mario se gira hacia la estantería y me da la espalda. Puedo sentir su enfado desde aquí. Cuando se vuelve a girar advierto la forma en la que los músculos de su rostro se han tensado.

—¿Me manipulaste?

—Yo solo quería que te dieras cuenta de que existía.

—¡Te comportaste como una niña inmadura, joder! ¿Por qué no me explicaste lo que sentías desde el principio? ¿Por qué tuviste que convertir esto en un juego?

—Oh, venga, solo te has dado cuenta de que existo porque otro se ha fijado en mí. Llevaba dos años bailándote el agua, tenías que intuir lo que sentía.

—Éramos amigos.

—Me has comparado con una taza de tu propiedad —digo, un poco indignada cuando reflexiono sobre ese comentario desafortunado—. Una taza que, según tú, no tiene nada de especial.

—Era una metáfora.

—No sientes nada por mí, Mario, solo has visto amenazado algo que creías que era tuyo y no te ha gustado.

—No puedes saber lo que siento o lo que no siento por ti —gruñe.

—¿Acaso el beso que nos hemos dado te ha hecho suspirar de amor?

Me mira enfadado, pero no responde, porque sabe que tengo razón. Ha sido un beso mecánico, un beso sin corazón, y estoy segura de que a él le ha pasado lo mismo, por mucho que ahora no quiera admitirlo en viva voz.

—Mario... —susurro—. Amas a Raquel, estás confundido porque pensabas que te estaban robando a tu amiga, pero nadie me ha robado, sigo aquí y podemos seguir siendo amigos, como antes.

Él sigue sin decir nada y yo cojo mis cosas y salgo del despacho con la necesidad de ver a Hugo para aclarar las cosas.

Voy hasta nuestro departamento y me dirijo a la mesa de Hugo que, cuando apoyo las manos sobre su mesa, me ignora.

—Necesito hablar contigo.

—Estoy acabando una cosa, no tengo tiempo.

—Tenemos que aclarar un asunto —insisto.

Levanta la mirada de la pantalla y me mira con esa serenidad fría con la que se escuda cuando se enfada.

—Ahora no puedo. Estoy ocupado.

Suelto un gruñido indignada, me doy media vuelta y me siento en mi sitio. Decido aporrear las teclas del teclado escribiéndole en el chat.

Gina: *¡¡Eres un imbécil, Hugo!!! ¿Ni siquiera me vas a dar una oportunidad para explicarme?*

En el chat aparece la señal de que el mensaje ha sido leído. Al no llegarme una respuesta, mi enfado se incrementa.

Gina: *¿En serio me vas a dejar el visto?*

Gina: *¡¡Hugo!!*

Gina: *AGHHHH*

Gina: *Vete a la mierda.*

Cierro el chat sintiendo como la bilis me inunda la boca. Menudo día de mierda, de verdad, que ganas tengo de que sean las seis para largarme a casa.



A la hora de comer cojo mi *tupper* y me voy a la sala de descanso. Hugo llega poco después y se sienta en otra mesa, justo al lado de Olivia de

Personal, a la que hace ojitos. Los celos me comen por dentro cuando Olivia alarga la mano para quitarle de la solapa de su preciosa camisa con ositos una pelusa inexistente. ¡Lagarta!

Acaba de comer, se levanta, pasa por mi lado, y yo salgo corriendo detrás suyo. Cuando le veo pasar cerca del cuartillo de la limpieza, miro a lado y lado, comprobando que no hay moros en la costa, le cojo del codo, abro la puerta y le empujo dentro, conmigo detrás.

—¿Estás loca?! —exclama levantando las manos para dar énfasis a su cabreo.

Las sombras nos rodean, la única claridad es la que se cuele desde las rendijas de arriba y abajo de la puerta.

—Tienes que dejar de hacer estas cosas, Gina, algún día nos pillarán y nos costará mucho explicar qué coño hacemos aquí dentro, ¿lo sabes...?

No le dejo acabar de hablar, aprieto su cuerpo contra las estanterías, paso mis brazos por su cuello y lo atraigo hacia mí. Nuestros labios chocan y él se separa para mirarme ceñudo.

—Pero ¿qué haces?

—¡Cállate! —digo mientras le doy otro beso.

—¿Se puede saber a qué viene esto?

—A que eres un capullo al que odio con la misma proporción que deseo.
—Me mira sin entender—. Lo que has visto antes no es más que la constatación de que no siento nada por Mario, Hugo. Me he dado cuenta de que es contigo con quién quiero estar.

Se queda en silencio unos segundos. Sus ojos brillan con intensidad y me mira como si no se acabara de creer lo que acabo de decir.

—He visto como os besabais —dice receloso.

—No, has visto como él me besaba —puntualizo—. Y no ha significado nada, solo ha servido para darme cuenta de que no siento por Mario lo que creía que sentía.

—¿Y por qué te ha besado?

—Porque mi plan perfecto ha funcionado excepto por un pequeño detalle.
—Arrugo la nariz—. Me he enamorado de ti.

—Entonces... —Aunque no hay mucha luz le veo tragar saliva con dificultad—. Eso significa que... —No acaba la frase, veo como alza una ceja interrogándome con ella.

—Eso significa que... si quieres... podríamos repetir lo de la otra noche. Pero, a poder ser, con final feliz.

Mi comentario le hace reír y yo aprovecho para robarle otro beso.

—¿Cuándo? —pregunta con el hambre en la mirada.

—¿Esta noche?

Se ríe divertido.

—Tengo que buscar a alguien para que se quede con Estela. ¿Mañana?

—Mañana

Sigue con la espalda contra las estanterías y mi cuerpo pegado al suyo. Una mano baja lentamente por mi espalda y se queda en mi culo, que acaricia con lascivia.

Su otra mano se apoya en mi nuca y tira de ella haciendo que nuestros labios vuelvan a chocar. Esta vez es algo más que un choque de labios, abrimos la boca y nuestras lenguas se enredan. Su mano se cuela por debajo de la falda del vestido y estruja mi glúteo empujándome hacia él, hasta que nuestros sexos se rozan por encima de la ropa y noto lo duro que está. Suelto un gemido y me restriego contra él, que deja de besarme para morderme la oreja y ponerme a cien.

—Deberíamos parar —susurra haciéndome estremecer.

—¿Y si no quiero que paremos?

—No vamos a echar el primer polvo aquí metidos —murmura mientras su mano se cuela de nuevo por debajo de la falda y tiente mis braguitas,

haciéndome soltar un nuevo gemido.

—¿Por qué no?

—Porque la primera vez que hagamos el amor quiero hacértelo despacio, disfrutando del momento al máximo sin tener que preocuparme de que alguien abra la puerta y nos pille. —Quita su mano de debajo de mi falda y me da un cachete en el trasero lanzándome una mirada llena de deseo—. Mañana, en mi casa.

Y tras un último beso, salimos del cuartillo y regresamos a nuestros puestos de trabajo. Aunque dudo que pueda concentrarme en nada con lo tontorrón que me ha dejado...

Con las ganas...

Hugo: Te espero a las 21.00 h. En casa. No llegues tarde. No me aguanto las ganas...

Miro una última vez el mensaje antes de apretar al botón del interfono del piso de Hugo. Decir que estoy nerviosa es poco, porque no es que esté nerviosa, es que estoy a un nivel superior.

Hace más de año y medio que no echo un polvo. La última vez que me acosté con alguien fue con un desconocido al que conocí una noche en una discoteca. Había salido con Paula, bebí más de la cuenta y acabé liada con un hombre con el que llevaba rato echándome miraditas y con el que acabé follando dentro de un baño (poco glamuroso, lo sé). No me van nada los rollos de una noche, pero hacía tanto que no me acostaba con un hombre que me dejé llevar.

La puerta del portal se abre y entro.

Subo en el ascensor, salgo al descansillo y llamo a su puerta. Oigo el sonido de pisadas al otro lado y, a continuación, esta se abre. Hugo me mira obsequiándome con una de sus preciosas sonrisas ladeadas.

—Estás muy guapa...

Me he puesto un vestido negro, ceñido y corto. Debajo llevo un conjunto de ropa interior que hace tanto tiempo que compré para una ocasión especial que estaba aún sin estrenar.

—Tú también estás muy guapo. La camisa de flamencos es una de mis favoritas.

Sonríe y nos quedamos mirando sin saber muy bien qué hacer ni que decir. Él se acerca despacio y... me da dos besos en las mejillas. Me quedo un poco descolocada, confieso que me esperaba un recibimiento más entusiasta.

Me cede el paso y al entrar me encuentro con un chico de pie en medio del salón. El chico es alto, tiene el cabello cobrizo, los ojos claros de un azul muy bonito y me recuerda mucho a Sam Claflin en la película *Yo antes de ti*.

—Gina, este es Álvaro, mi mejor amigo. Se queda con Estela esta noche.

Como si supiera que estamos hablando de ella, Estela se asoma por la puerta del pasillo y, al verme, sale disparada con los brazos abiertos. Me rodea la cintura y yo le doy un beso en la cabeza.

—¡Hola! Papá me ha dicho que ha quedado contigo —dice la niña con una sonrisa pizpireta—. Yo me voy a casa del tito. Cenaremos galletas con leche y veremos a Mérida.

—¿*Brave* otra vez? —pregunta Álvaro frunciendo el ceño—. Si ya te sabes los diálogos de memoria.

—Pero es mi película favorita —le recuerda la niña, ceñuda.

—No os vayáis muy tarde a la cama. —Hugo mira a Álvaro y le da una mochila de color rosa.

—¿Esto es una sutil manera de echarnos fuera ya? —le pregunta Álvaro con una sonrisilla traviesa, lanzándome una mirada de reojo.

—Veo que lo has pillado.

Álvaro se ríe, coge a Estela del brazo y tras una sesión de besos y abrazos se despiden de nosotros y se marchan.

—Mi idea era que al llegar estuviéramos solos, pero Álvaro se ha retrasado y Estela no encontraba a Bobby.

—¿Bobby?

—Su peluche favorito. Así que entre una cosa y la otra...

—No pasa nada. —Sonrío.

—Sí que pasa, tenía pensado recibirte de otra manera.

Coge mi mano. Ambos estamos de pie en medio del salón y se aproxima lentamente a mí. Cuando está tan cerca que nuestros cuerpos se tocan, posa la

otra mano sobre mi mejilla y acerca su rostro al mío.

El beso al principio es suave. Solo un roce de labios que se sucede durante varios segundos. La punta de su lengua me lame con lentitud y me invita a abrir la boca. Eso hago, dejando que su humedad y la mía se enreden en un beso pausado que, poco a poco, va subiendo de intensidad.

La cabeza me da vueltas y las rodillas se me aflojan. El beso se vuelve tan intenso que siento la necesidad de apoyar las palmas de mis manos sobre su pecho por miedo de caerme.

Hugo me aprieta más a él y su cuerpo y el mío acaban pegados. Siento como su erección despierta contra mi cadera.

Su boca se desplaza hasta mi oído dejando un reguero de besos, saliva y deseo.

—Dios, Gina, te tengo tantas ganas... Mira lo que me haces. —Me coge la mano y la lleva hasta su entrepierna, como una invitación para demostrarme lo duro que está.

—Mira lo que me haces tú a mí. —Y, mirándole a los ojos, cojo su mano y la llevo debajo de la falda. Un dedo se cuela debajo de mi ropa interior y comprueba lo mucho que me ha humedecido con solo un beso.

Hugo jadea y me muerde la boca como si quisiera devorarme entera. Su

dedo se desliza un poco más dentro de mí, roza mi clítoris y suelto un gemido que él se traga con un beso profundo.

—Deberíamos parar —dice, apartando la mano de mis braguitas

—¿Por qué? —pregunto enfurruñada.

—Porque he preparado la cena y quiero que hablemos un rato antes de... empezar.

—¿Y por qué no pasamos directamente al postre? —pregunto coqueta, arrimándome a él con movimientos que intentan ser sexys pero que le hacen soltar una carcajada.

—Canija, tenemos toda la noche para eso. Paso a paso.

Y aunque hago un puchero, me coge de la mano y me lleva hasta la mesa del comedor que ha decorado con flores y velas, y que está servida con una ensalada y unos panecillos. Se me escapa una risita ante tal alarde de sofisticación. Recuerdo la noche que fui a casa de Mario esperándome encontrar algo así. Es curioso, hace apenas unas semanas de eso y tengo la sensación de que fue en otra vida.

—¿Vino? —pregunta con la botella alzada.

—Claro.

Poco después trae la cena y empezamos a comer.



La cena se sucede con una lentitud sorprendente. Hablamos del trabajo, él me habla de Estela y yo le hablo de mis padres que han insistido en que vaya a verles el siguiente fin de semana. Es una conversación distendida, pero, sin embargo, puedo sentir la tensión sobrevolándonos con intensidad.

No pienso en otra cosa que no sea besarle hasta que se me cansen los labios, tal como dice esa canción de Miss Caffaina que tanto me gusta, la de *Átomos dispersos*, por no hablar de las ganas que tengo de que nos quitemos la ropa y nos entreguemos el uno al otro.

Hace mucho que no me siento tan excitada, y cada minuto que pasa esta excitación no hace más que crecer. Veo en sus ojos que no es algo que me ocurra solo a mí, porque sus iris castaños se han oscurecido y brillan con la fuerza del deseo impregnado en ellos.

Acabamos de cenar y él se levanta.

—Voy a por el postre.

—No necesitamos nada para tomarnos el postre... —digo mimosa.

—No seas mala...

Aprovecho que me da la espalda para mirarle el culo. Bendito culo... Me pregunto qué puedo hacer para dejar de dilatar esta situación, está muy bien que me quiera con ganas, pero es que como le tenga más ganas acabaré

provocado un incendio por combustión espontánea.

Una idea cruza mi mente y la cazo al vuelo.

Me pongo de pie, me bajo las bragas en un movimiento rápido y las dejo sobre su parte de la mesa, ahí donde estaba hace unos segundos su plato. Cuando regresa de la cocina con un bote de nata y unas fresas dentro de un cuenco, observa mi regalito con incredulidad y traga saliva.

—¿Te has quitado las bragas?

—Más bien han salido ellas solitas de entre mis piernas por voluntad propia, yo no he hecho nada, lo prometo. —Le miro angelical.

Se ríe, deja lo que lleva en la mesa y se acerca a mí.

—Tú ganas, canija.

Tira de mi mano y me levanta. El beso que me da a continuación es un huracán de lengua y saliva. Le abrazo con fuerza y él me sube la falda, encontrándose con mi trasero desnudo. Sus manos lo estrujan y me pega a él.

—En mi cuarto —me dice al oído—. Quiero tu olor en mi cama.

Rodeo su cuello con los brazos y su cintura con las piernas.

—Coge el bote de nata, vamos a necesitarlo.

Estiro el brazo, lo cojo y empezamos a movernos torpemente por el salón.

Avanzamos por el pasillo a trompicones, hasta llegar a una habitación que está entornada y que Hugo abre con un movimiento de cadera. Entramos, sin dejar de besarnos con pasión, y me tumba sobre la cama. Se coloca encima de mí. Tengo la falda del vestido arremolinada en la cintura. Soy consciente de que no llevo bragas y de que estoy expuesta, pero estoy tan excitada que no me importa.

Le desabrocho la camisa con rapidez, con tanta rapidez y fuerza que un botón salta y cae al suelo. Nos reímos con nerviosismo mientras él me saca el vestido por la cabeza. Segundos después, me ha desabrochado el sujetador y jadea contra mi boca cuando me tiene completamente desnuda delante de él.

—Eres preciosa. —Me mira con una veneración que me desarma.

—Quiero verte —ordeno, quitándole los pantalones y tirando del elástico de su bóxer hacia abajo. Cuando veo su polla erecta en todo su esplendor me muerdo el labio y me quedo sorprendida por su tamaño, porque es grande, gruesa y perfecta.

Vuelve a tumbarse encima de mí y volvemos a besarnos mientras jugamos con nuestra desnudez con desesperación.

—Espera —me dice contra los labios.

—Fóllame —le pido.

—Aún no, quiero jugar un poco antes.

Gruño algo frustrada cuando se separa de mí para abrir el armario. Regresa segundos después con un cinturón y un pañuelo sedoso.

—Si piensas golpearme con eso, tienes que saber que no me va el BDSM —digo muy seria, con la mirada fija en el cinturón.

—No es para eso —dice riéndose—. Ahora verás.

Siguiendo sus órdenes, me tumbo en la cama y estiro los brazos hacia la zona del cabecero. Me ata las muñecas con el cinturón en uno de los barrotes y me tapa los ojos con el pañuelo.

Durante unos segundos no siento nada, hasta que oigo un clic y después el sonido inconfundible de un spray que me roza la piel, en la zona del ombligo.

—¿Me estás embadurnando de nata?

—Me he quedado con hambre —dice con voz áspera.

Noto su boca lamiéndome la zona del ombligo dejando un reguero de saliva a su paso. Después escucho otro clic, esta vez en la rodilla. Vuelve a lamerme. Cada nuevo clic me estimula más y más, porque no sé dónde va a lamerme a continuación y el desconocimiento me excita. Ahora siento como me coloca la nata en un pecho, y jadeo cuando su lengua lame la piel y muerde mi pezón. La humedad entre mis muslos va creciendo y creciendo. Hugo lame

y muerde y yo me abandono a estas sensaciones deliciosas. Cuando repite el mismo procedimiento en el otro pecho, gimo más fuerte. Muerde un pezón con los dientes y estira, consiguiendo que un latigazo de placer me recorra el sexo.

—Estás muy buena, Gina. El sabor de tu piel tiene un punto de dulce y amargo, como tú. Me pregunto si toda tú sabrás igual.

Y tras decir esto, le siento descender por la cama hasta que noto la nata directamente en mi monte de venus. Jadeo porque es justamente aquí donde quiero su boca, en este punto. Me coge una pierna, la coloca sobre su hombro y, poco a poco, su rostro se acerca a mi sexo. El calor aumenta y cuando su lengua recorre el vértice de mis piernas no puedo evitar soltar un grito con su nombre.

Hugo empieza una guerra de lametones, hasta que se abre paso entre mis pliegues y acaricia mi clítoris con la lengua. Convierto en puños mis manos atadas en el cabecero de la cama. Es excitante no verle, solo sentirle.

Hugo me lame, me succiona, me muerde y cuando está a punto de llevarme al abismo, para en seco y empieza a besarme las ingles.

—Oh, joder, sigue —digo frustrada, porque si tuviera mis manos libres ahora mismo le cogería del pelo para obligarle a regresar entre mis piernas. Levanto las caderas y él se ríe con suavidad.

—¿Qué quieres Gina?

—Ya lo sabes.

—Quiero que me lo digas.

—Quiero que me comas.

—¿Así? —Su lengua se interna dentro de mi sexo y siento como juega de nuevo con mi clítoris hinchado. Gimo y le pido más entre susurros mientras muevo las caderas para que el contacto sea más intenso.

Segundos después, acabo arrastrada a un orgasmo demoledor. Siento como todo mi ser se tensa y luego se relaja en suaves ondas de placer.

Cuando dejo de estremecerme, noto el peso de Hugo a mi lado en el colchón, poco después me besa en la boca. Sabe a nata y a mi propia excitación.

Deshace el nudo del pañuelo que tengo atado en los ojos y afloja el cinturón hasta que puedo liberarme de él.

—Dios, mira cómo me tienes —dice Hugo, mordiéndose el labio inferior mientras dirige la mirada hacia su miembro—. Notar como explotas de placer en mi boca me la ha puesto dura como una roca.

—A lo mejor puedo hacer algo para aliviar la tensión...

Dirijo mi mano hasta su entrepierna y empiezo a moverla por el ancho de su polla erecta. Hugo tira la cabeza hacia atrás y aprieta la sábana en un puño.

Sigo el movimiento con la mano mientras alcanzo el bote de nata con la otra.

—Ahora me toca a mí probar el postre —murmuro con una voz tomada por la excitación, porque sí, me acabo de correr, pero vuelvo a estar excitada.

Hugo jadea. Quito la mano de la zona y la cubro de nata hasta que un pequeño montoncito rodea su miembro como si fuera un cucurucho. Me pongo a cuatro patas y me inclino hacia él para probar con la punta de la lengua la parte de arriba. Hugo pone la mano sobre mi cabeza y enreda los dedos en mi pelo mientras yo sigo lamiendo sin dejar de mirarle a los ojos, golosa.

Cuando la nata empieza a dejar la piel a la vista, rodeo la base de su polla y me la meto toda dentro de la boca haciendo que un gruñido escape de su garganta e inunde la habitación. Su mano se cierra con fuerza en mis mechones de pelo dando un tirón, y cierra los ojos anegado de placer.

Empiezo a moverme arriba y abajo, lamiendo en el proceso cada pequeña porción de su piel que se me pone por delante mientras los jadeos y los gruñidos no hacen más que sucederse. Hugo marca el ritmo, y noto como como poco a poco su miembro se va hinchando y endureciendo.

—Dios, me voy a correr —me dice en un gruñido.

Sé que me avisa para que me aparte, pero lo quiero todo, quiero sentir su sabor llenando mi boca, y aumento el ritmo rápido, fuerte, hasta que su jugo

me inunda el paladar y me lo trago. Sigo lamiendo y tragando hasta que se vacía. Cuando termino, tira de mi pelo hasta su boca y me besa profundamente, con intensidad.



Su mano me acaricia la espalda y, aunque no le veo la cara, noto su mirada sobre mi cuerpo desnudo.

—Ha sido una de las mejores mamadas de mi vida —susurra.

No puedo evitar reírme.

—Tú tampoco lo has hecho nada mal.

—Llevaba tanto tiempo queriendo que te corrieras en mi boca que me ha sabido poco.

—¿Ah, sí?

—No sabes cómo me pone saber que soy el culpable de tus gemidos.

—Por mí puedes volver a hacerlo todas las veces que quieras...

Hugo se ríe y yo me doy la vuelta sobre el colchón dejando mi desnudez a la vista. Su mano se ciñe a mi cintura y me aprieta hacia él para que volvamos a encajar en un nuevo beso.

—Prometo hacértelo muchas, muchas veces más.

—Ummm... Esa promesa parece alentadora. —Me río contra sus labios.

—Pero antes me encantaría que hiciéramos otra cosa.

Su lengua invade mi boca de nuevo y una de sus manos se pierde entre mis muslos hasta alcanzar el interior de mis pliegues. Jadeo cuando encuentra el clítoris y lo acaricia con avaricia.

—¿Vas a follarme? —pregunto sin andarme con rodeos.

—No, vas a follarme tú.

Tira de mi cuerpo y me coloco a horcajadas encima de él en un movimiento rápido. Jadeo cuando noto su miembro endurecido debajo de mí. Empiezo a moverme hacia delante y hacia atrás sobre él mientras nos damos un beso lleno de hambre y ganas.

Juego con la punta de su polla en mi entrada y él jadea contra mi boca.

—¿Tienes un condón? —pregunto mordiendo el lóbulo de su oreja.

Hugo gruñe de nuevo, abre el cajón de su mesita de noche y me tiende uno dedicándome una mirada oscurecida por el deseo. Le miro seductoramente mientras se lo pongo. Lo desenrollo sobre la punta y una vez asegurada de que todo está correcto, vuelvo a ponerme encima.

Sus manos grandes me cogen la cintura. Yo empiezo a jugar de nuevo con su miembro en mi entrada, pero Hugo, que parece no aguantar más este juego, me coge de las caderas y tira de mí, haciendo que todo su miembro entre en mi

interior. Los dos jadeamos, aliviados, como si lleváramos días caminando por el desierto y por fin hubiéramos encontrado el agua que tanto ansiábamos.

—Qué apretada estás, canija... —murmura contra mi oído.

Empiezo a moverme. Él agita las caderas y el ruido de nuestros cuerpos chocando y nuestras bocas gimiendo se acumulan en el aire de la habitación que huele a sexo.

—Me gusta ver como tus tetas botan mientras me follas —dice, mirándome con perversión.

Durante varios minutos yo subo y bajo dejándome llevar por mi goce y el suyo. En mis venas nada la sangre envuelta con excitación, placer y deseo.

—Te quiero a cuatro patas —me ordena.

Dicho y hecho.

Salgo de su interior y me coloco a cuatro patas contra el cabezal. Se coloca detrás de mí y sus manos me aprietan las nalgas con fuerza, hasta que su miembro entra en una estocada profunda. La sensación es mucho más placentera en esta posición, lo noto aún más y las sensaciones se multiplican. Me cojo al cabecero mientras gimo ante sus embestidas.

Cada vez me folla más fuerte, más rápido. Sus embates son certeros, dan en la diana de mi placer. Cuando quiero darme cuenta, un cosquilleo me

recorre el cuerpo y caigo al abismo de un orgasmo que me deja abrumada, arrastrando a Hugo conmigo que se hunde una última vez dentro de mí hasta soltar un último gruñido.

La llamada

—Aquí podrán ver como nuestra propuesta tiene un doble objetivo: atraer la atención de mujeres jóvenes e independientes que quieran sentirse sexys y poderosas, y por el otro... —Pierdo el hilo de lo que digo cuando mis ojos se encuentran con los de Hugo.

Estamos en una reunión de trabajo con un cliente y Hugo está sentado justo delante de mí, mirándome de una forma tan intensa que parece la jodida manzana de Edén pidiéndome ser mordida.

—¿Gina? —pregunta Mario, sacándome de mi ensimismamiento. Miro al cliente que observa mi gráfico con atención y me regaño por dejar que Hugo haya conseguido desestabilizarme de nuevo.

Desde que empezamos a vernos fuera de la oficina, esta situación se ha repetido más de una vez. Me da vergüenza admitirlo, porque me resta profesionalidad, pero no puedo evitar pensar en nuestros encuentros sexuales cuando nos miramos, sobre todo cuando me observa de esta manera. Además, el hecho de que este último mes haya teniendo el sexo más satisfactorio e intenso de toda mi vida, tiene mucho que ver con ello. ¡Un mes, ya! ¿Os lo podéis creer? A mí a veces me cuesta hacerlo...

Un mes viéndonos y seguimos sin poner nombre a lo nuestro. Tampoco es que nos veamos demasiado a menudo, porque él tiene que cuidar a Estela y no puede desaparecer todos los fines de semana para estar conmigo, pero las veces que nos hemos visto, todo ha sido... perfecto. Incluso le presenté a Paula, y Paula está encantada con él.



Cuando finalizamos la reunión volvemos a nuestros puestos de trabajo. Mario me ha echado una mirada que parece decir: «A ver si dejas de estar tan descentrada, que parece vivir en los mundos de Yupi estas últimas semanas», y yo le he echado otra como respuesta: «Tienes toda la razón, prometo dejar de hacerlo». Por suerte, las cosas entre Mario y yo se han tranquilizado un poco. Después de nuestra charla, el ambiente se ha destensado. Es cierto que ya no nos vemos fuera del trabajo como nos veíamos antes de que todo este lío empezara, pero las cosas parecen volver poco a poco a su cauce.

Enciendo la pantalla del ordenador y espero a que Hugo se sienta. Segundos después, recibo un mensaje en el chat privado.

Hugo: Me gusta comprobar que soy capaz de provocarte amnesia...

Gina: Deberías dejar de mirarme como si fuera comestible.

Hugo: Es imposible que te mire de otra manera, ¿cuántos días hace que

no te pruebo? Demasiados. Tengo hambre de ti...

Gina: *Y yo de ti, ¿este finde al final podrás escabullirte un rato?*

Hugo: *Imposible. Mi madre está fuera y Álvaro tiene una cita.*

Gina: *:(*

Hugo: *Lo sé :(*

Gina: *Entonces, este fin de semana, mi pequeño Rayancito y yo tendremos mucho trabajo por delante...*

Hugo: *...*

Gina: *¿?¿??¿*

Hugo: *Te espero dentro de dos minutos en el cuartillo de la limpieza.*

Alzo la mirada y veo como Hugo se levanta de la silla y desaparece por el pasillo. No es la primera vez que nos damos ese tipo de indicaciones. El cuartillo de la limpieza se ha convertido en el lugar donde solemos vernos cuando queremos hablar lejos de la atenta mirada de nuestros compañeros. Seguimos siendo la comidilla de la empresa, y eso que intentamos disimular lo nuestro discutiendo como lo hacíamos antes.

Cuento hasta cien y me levanto. Salgo hacia el pasillo y cuando llego a la puerta del cuartillo de la limpieza, miro a lado y lado y entro.

La poca luz que se filtra entre las rendijas me dejan ver a Hugo, que nada más entrar, me coge de la nuca y me atrae hacia él. Nuestras bocas chocan y me golpeo la cabeza contra una de las estanterías, aunque nada me importa más que su lengua dentro mi boca inundándome con su sabor. Suelto en gemido y él me invita a callar con un suave: «shhttt».

—¿A qué viene este recibimiento?

—Me has puesto muy cachondo hablando de Rayancito.

Me río contra su boca y una mano se desplaza lentamente hasta el vértice de mis piernas.

—Estate quieto Hugo.

—¿Por qué?

—Porque si empiezas con esto no creo que pueda parar.

—Eres una viciosilla —murmura contra mi oído.

—Culpa tuya por hacerlo tan bien. Lo has convertido en una droga.

—Odio que no nos podamos ver este fin de semana.

—Es un rollo, aunque lo entiendo, Estela es más importante...

Chaquea la lengua y me abraza, dejando de tentarme bajo la falda. Confieso que desde que empezamos con lo nuestro, me pongo falda todos los

días.

—No se trata de que sea más importante... Es complicado, pero tú también me importas, lo sabes, ¿no?

Se separa un poco de mí para mirarme. Aunque está oscuro puedo ver como sus ojos brillan llenos de un sentimiento que me da miedo nombrar.

—Lo sé —digo en un susurro.

—Gina, quiero que lo nuestro funcione. Llevo años deseando esto, deseando que dejaras de verme como un jodido saco de boxeo para verme como lo que soy, un pobre hombre loco por ti, y siento no poder dedicarte todo el tiempo que me gustaría... Me encantaría tenerte en mi cama un fin de semana entero. Comer desnudos después de echar un polvo, hablar sin pensar en la hora que es y volver a follar después de una siesta, pero mis circunstancias son las que son y no puedo cambiarlas.

—No pasa nada, Hugo. Lo entiendo —repito.

—Estaba pensando... —Hugo me mira atento, como si quisiera leer algo dentro de mis iris azules—. Estela y yo queríamos aprovechar el fin de semana para ir al cine, pasear por la zona de la Barceloneta, cenar pizza en casa... ¿Te apetecería... acompañarnos?

Durante unos instantes nos miramos en silencio. Algo se acomoda en mi

garganta al comprender el significado de su invitación.

—¿Hablas en serio?

—Claro, aunque no tienes por qué aceptar. Sé que aún es pronto y no quiero agobiarte con este tema, pero a Estela le caíste muy bien y estoy seguro de que os llevaréis genial.

Me río y le miro notando como un enorme burbujeo se expande por mi estómago. Sé que es pronto, que ni siquiera soy una persona que sepa cuidar a veces de sí misma como para hacerlo de una niña, pero... supongo que en algún momento tenía que crecer, dejar atrás el País de Nunca jamás para enfrentarme al mundo adulto.

—Vale —acepto finalmente.

—¿Vale?

—Iré con vosotros.



Hugo: *Baja, canija, estamos aquí abajo.*

Me miro una última vez en el espejo, suelto un soplido y salgo de casa. En la calle me encuentro con Hugo y Estela. Al verme, la niña se suelta de la mano de su padre y corre hacia mí, abrazándome las piernas. El gesto me produce tal dulzura que le devuelvo el abrazo con una enorme sonrisa en la

cara.

—¡Qué ilusión que nos acompañes! Vamos a ver una película de piratas, ¿te gustan las películas de piratas? ¡A mí, sí!

Me acerco a Hugo y deposito un suave beso en su mejilla rasposa. Debajo de la cazadora distingo su camisa estampada con caramelos pequeños.

—Me encanta esa camisa —le digo.

—¿A qué es chula? —pregunta Estela a mi lado—. Se la elegí yo.

Abro mucho los ojos y la miro.

—¿Eliges tú sus camisas?

—Sí, antes él llevaba unas muy aburridas y feas, pero desde que voy a comprar con él siempre elegimos las más bonitas. ¿A que sí, papi?

No sé porque esta revelación me hace palpar el corazón con fuerza. Ahora lo entiendo todo. Que alguien como él, tan serio y comedido, lleve camisas estampadas con dibujos, no me cuadraba. Lo hace por ella, por Estela. Todas las veces que me he burlado de sus camisetas y ni siquiera las elegía él...

Vamos con el coche hasta el centro comercial y subimos hasta la planta superior, que es donde están ubicados los cines. Estela parlotea sin parar cogida de la mano de su padre. En un momento dado, coge la mía, y Hugo y yo

nos miramos de soslayo, porque parecemos una familia cualquiera, pasando un sábado cualquiera en un centro comercial cualquiera.

—¿Te gustan las palomitas dulces? —pregunta Estela cuando llegamos a las taquillas.

—¡Me encantan! —afirmo.

—Podríamos compartir una bolsa. A papá no le gustan.

—¿Ah, no? —miro a Hugo de soslayo.

—Son demasiado empalagosas.

—También podemos comprar Coca-Cola —dice entusiasmada.

—De eso nada, Estela, ya sabes que Coca-Cola no puedes beber hasta que seas mayor. —Luego me mira—. A veces le damos un poco sin cafeína, pero aun así intento que no abuse de ella, suficiente se excita ella sola.

Estela se enfurruña y cuando llegamos al cine Hugo compra las entradas mientras yo me ofrezco a comprar las palomitas dulces en una tienda que hay en el exterior. Estela me acompaña, y no sé cómo se lo hace, pero además de las palomitas acabamos comprando un enorme surtido de caramelos de goma que hacen a Hugo poner los ojos en blanco.

—Menudo peligro estáis hechas las dos juntas...

La película es muy divertida, pese a ser infantil. Pasamos hora y media

riéndonos sin parar, e incluso en algunos momentos no podemos evitar soltar alguna lagrimilla.

Cuando salimos ya ha anochecido y decidimos regresar a casa. Nada más poner el pie en el recibidor, Estela tira de mi mano hacia su cuarto, donde me enseña todos sus juguetes y una tienda india hecha con una tela estampada en la que me obliga a entrar junto a ella.

Acabamos tumbadas dentro, mirando el techo de la tienda en el que cuelga un móvil con unas estrellas coloridas de fieltro.

—Es la primera vez que papá trae a una mujer a casa —dice la niña mirándome de lado, con las cejas muy juntas.

—Eso es porque somos amigos.

Afirma con la cabeza y fija la mirada en la hilera de estrellas que tenemos sobre nosotras.

—¿Tú no tienes hijos?

—No, aún no. —Le sonrío—. Aunque quiero tenerlos algún día.

Un cosquilleo me recorre el estómago, porque lo primero que me ha venido en mente es la imagen de Hugo y yo sujetando a un bebé precioso entre los brazos.

Es demasiado pronto para pensar en eso, me regaño.

Seguimos hablando un rato, hasta que llega el repartidor y Hugo nos avisa para que vayamos a cenar.



La noche sigue. Nos sentamos en el sofá viendo una película en Netflix y los ojos de Estela empiezan a cerrarse.

—Venga, pequeña, a la cama —susurra Hugo.

Estela me mira de reojo.

—¿Te vas a quedar a dormir?

—No puedo, cielo, tengo que volver a mi casa.

—¿Por qué no te quedas? La cama de papá es grande y si sois amigos podéis dormir juntos, como hacemos Ana y yo a veces.

Hugo me mira con la sonrisa torcida como si estuviera a punto de echarse a reír.

—Eso, podrías quedarte a dormirte en mi cama, amiguita —dice burlón.

—No creo que eso sea buena idea...

Estela bosteza, me da un beso en la mejilla y Hugo se la lleva cogida en brazos.

Regresa unos minutos más tarde. Se sienta en el sofá, coge el mando y apaga la tele. Sus ojos se posan en mí a la vez que una preciosa sonrisa se

extiende por su rostro haciendo que un burbujeo se extienda por mi estómago.

—La cosa ha ido bien, ¿no?

—Estela es una niña increíble.

—Lo es. Y le gustas. Me acaba de decir que te convenciera para que te quedaras a dormir.

No puedo evitar reírme ante sus palabras.

—Ambos sabemos que si me quedo no dormiremos mucho...

—Puedo ser un niño bueno... —dice con su mano apoyada en mi muslo, mano que, por cierto, empieza a ascender.

—No sé porque no me lo creo...

—Además, Estela suele dormir como un tronco, no se despierta por nada.

—Ajá.

Me acaricia el cuello con la nariz, haciéndome cosquillas.

—Y tengo un pestillo en mi cuarto.

Ahora sí que estoy sorprendida.

—¿Tienes un pestillo?

—Lo instalé el otro día —confiesa, mordiéndome el lóbulo con destreza, con demasiada destreza. Y yo empiezo a perder la cordura porque me pone a

mil que me besen justo ahí, y él lo sabe—. ¿Qué me dices, canija?

Suelto un pequeño gemido cuando su lengua me acaricia el cuello.

—No juegas limpio.

—Jugar limpio está sobrevalorado. —Su mano se interna entre mis piernas hasta alcanzar la goma elástica de mis braguitas. Un dedo empieza a apartar la tela, pero justo en este momento empieza a sonar el teléfono fijo haciendo que él pare sus movimientos y que yo pegue un bote en el sitio.

—No sé quién será a estas horas... —musita.

Se levanta y descuelga con un susurro. Desde donde estoy sentada puedo ver la forma en la que sus cejas se fruncen y su rostro empalidece cuando responden al otro lado de la línea telefónica. Está lívido. Sí, lívido.

¿Con quién demonios estará hablando?

Habla tan flojito que apenas escucho lo que dice, además, se gira y me da la espalda. Parece incómodo y percibo la tensión a varios metros de distancia. Entonces oigo:

—Bien. Dentro de media hora nos vemos ahí.

Cuelga y se gira. Se pasa la mano por el cabello oscuro, en un gesto tan preocupado y desconcertado que me inquieta al instante.

—¿Qué ocurre?

—Yo... necesito salir un rato. —Puedo ver como traga saliva con dificultad, me está mirando, pero sin verme en realidad, como si observara el infinito—. ¿Podrías quedarte con Estela mientras estoy fuera?

—Cla... Claro. ¿Pero va todo bien?

—Sí, es solo que... hay un asunto que tengo que resolver.

Y sin más, coge las llaves de encima de la repisa del recibidor y sale por la puerta, dejándome con la inquietud golpeándome con fuerza la boca del estómago.



Me despierta el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse segundos después. No sé cuánto tiempo llevo dormida en el sofá. Busco con la mirada la hora que marca el reloj de pared encima del televisor de plasma. Son prácticamente las tres de la madrugada y se ha marchado sobre las doce.

Hugo llega con el rostro desencajado y la cabeza gacha. Mi alerta interna se activa al instante, porque llega rodeado de una burbuja de congoja que lo impregna todo a su alrededor.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, siento haber tardado tanto y haberte dejado así con Estela — murmura, y se sienta a mi lado, sin mirarme.

Me froto los ojos y le miro. Su rostro parece como en trance. Una punzada de miedo me recorre la espina dorsal. No sé qué ocurre, pero de nuevo, mi alarma interna se enciende y empieza a girar y a girar a gran velocidad.

—¿Estás bien?

—Sí, yo... hoy... hoy he visto a una persona a la que hacía tiempo que no veía —dice en un titubeo.

—¿A quién?

Desvía su mirada hasta el pasillo, se rasca la nariz y tarda en responder. Cuando lo hace me mira, aunque su mira está teñida de algo que no conozco y que no sé identificar.

—A alguien de mi pasado. —Traga saliva.

—Pero ¿quién...?

—Estoy cansado —me corta—. Necesito irme a la cama y dormir un poco, ¿te importa?

Se levanta del sofá y yo le imito.

—¿Sigues queriendo que me quede?

Parece algo despistado, pero con esa pregunta consigo llamar su atención y me mira a los ojos. Los suyos parecen idos.

—La verdad es que... me gustaría estar solo —murmura.

Abro la boca, pero no me salen las palabras, no había esperado esa respuesta.

—No es lo que crees, es decir, me encanta estar contigo, pero tengo un montón de cosas en la cabeza y necesito pensar.

—Tranquilo. —Trago saliva y, sin más ceremonia, me dirijo hasta el recibidor donde recojo mi bolso y mi chaqueta.

—Espera, no te vayas tan deprisa, llamemos un taxi y esperemos a que llegue.

—Prefiero hacerlo abajo —susurro.

Me pongo la chaqueta a toda prisa intentando no parpadear. A causa de la rabia, unas lágrimas se acumulan en mis ojos y amenazan con salir a la superficie.

—No tienes que...

—Adiós. —Abro la puerta y la cierro tras de mí sin dejarle terminar.

Nada más pisar la calle las lágrimas empiezan a caer en tropel por mis ojos, y decido, con ganas de airearme, regresar a casa dando un paseo. No quiero subir a ningún taxi con todo el maquillaje corrido como si fuera un oso pando.

Llamarte amor

Al día siguiente estoy sentada en el sofá de mi casa esperando a que Hugo de señales de vida. Han pasado más de 12 horas desde que nos despedimos y aún no sé nada de él. Creí que al menos se disculparía por haberse puesto tan borde conmigo ayer por la noche, pero aún no lo ha hecho.

Miro el móvil que descansa encima de la mesa de centro del salón como si pudiera provocar su llamada con la fuerza de mi mente, pero eso no ocurre. Subo las piernas sobre el sofá y me las tapo bien con la manta mientras escucho la canción que suena ahora en mi lista de Spotify: *Vivir sin aire* de Maná.

No entiendo que pasó ayer, la verdad, todo parecía ir bien. Estela y yo conectamos y antes de recibir esa llamada, Hugo parecía interesado en llevarme a la cama.

No dejo de preguntarme quién le llamó, porque, fuera quién fuera esa persona, consiguió alterarle hasta el punto de dejarle medio ido y visiblemente en estado de shock.

Justo en este momento el interfono suena. Me levanto con tanta prisa que tropiezo con el borde de la mesa de centro, suelto un exabrupto y estoy a punto

de caer, por suerte, en el último momento, consigo recuperar la estabilidad y, dicho de paso, la dignidad.

Me aclaro la garganta antes de responder:

—¿Sí?

—Soy yo —dice una voz femenina que, a todas luces, no es la de Hugo. Es Paula y por su tono de voz parece llorosa.

Abro la puerta de abajo, la de arriba, y me quedo apoyada en el marco de la puerta hasta que la veo salir del ascensor hecha un mar de lágrimas. Va vestida con la ropa arrugada y desordenada, como si se hubiera levantado corriendo y se hubiera puesto la ropa del día anterior.

Al verme, echa a correr hacia mi dirección y me abraza con fuerza.

—Eh, eh, cielo, ¿qué ocurre? —pregunto sobre su pelo despeinado.

Me responde, pero lo hace con un gorjeo que no consigo descifrar.

—No te entiendo, cielo. Respira hondo y habla despacio para que pueda hacerlo, ¿vale?

Se separa de mí, afirma con la cabeza y me mira a través de sus ojos anegados en lágrimas.

—Es... está... pro...prometido —me dice entre hipidos.

—¿Está prometido? —Frunzo el ceño—. ¿Quién está prometido?

—¡David! —exclama antes de volver a estallar en lágrimas.

—¿David está prometido? —le pregunto agrandando mucho los ojos.

Paula sacude la cabeza y yo la atraigo hacia mí para cerrar la puerta y acompañarla hasta el sofá.



Veinte minutos más tarde, Paula parece una persona nueva. Se ha duchado y se ha vestido con un chándal que le he dejado y que le va un poco grande. Le he hecho un té y lo sujeta con ambas manos mientras su mirada se pierde en algún punto indeterminado de la pared que tiene justo delante.

—¿Qué ha pasado?

Paula me mira y coge aire antes de responder.

—David y yo quedamos ayer para cenar. Hacia un par de semanas que no nos veíamos porque, según él, estaba fuera por cuestiones de trabajo. Me llevó a un hotel lujoso por sorpresa y hemos pasado la noche ahí. Esta mañana me he levantado para hacer un pis y he visto que su móvil, que estaba encima de su mesita de noche, se ha iluminado con la llegada de un mensaje y... no sé..., he tenido un palpito, así que lo he cogido, me he encerrado en el baño, he leído la conversación...

—Y has descubierto el pastel —concluyo yo.

—Una tal Amanda le había enviado un mensaje en el que le pedía que mirase su correo electrónico, que le había mandado la prueba de las invitaciones para la boda.

—¡¡No!! —exclamo alucinada.

—Así que ya me imaginas a mí con el corazón a mil sintiéndome la mujer más imbécil del mundo. He pensado, a lo mejor todo esto tiene algún tipo de explicación, así que he salido del baño, le he despertado y se la he exigido. — Se detiene un segundo para coger aire—. ¿Y sabes que ha hecho?

—¿Qué?

—Liarme un pollo del quince por haber leído sus conversaciones privadas.

—¡No jodas!

—Sé que no tenía que haberlo hecho, que es su intimidad, y en otras circunstancias no se me hubiera ocurrido nunca hacer algo semejante, pero llevaba semanas con la extraña sensación de que me escondía algo y...

—No tienes por qué justificarte conmigo, Paula, ¡quién tiene que dar explicaciones es él! ¿No se ha disculpado?

—¡Qué va! Eso es lo peor... Ha empezado a ponerme excusas: que si

hacía muchos años que estaba con esa chica, que si no la quería, que si era la hija del socio de su padre, que si se tenía que casarse con ella por obligación... Me he sentido humillada.

—Lo siento mucho, cielo, de verdad...

—Lo más gracioso de todo es que llevas desde el principio diciéndome que tenga cuidado, que no me haga ilusiones, ¿y yo que hago? Enamorarme como una idiota. Se ha acabado, Gina, no pienso volver a enamorarme.

—Oh, cariño... —La miro con ternura—. Estás enamorada de la idea de enamorarte.

—Estoy harta de que me rompan el corazón —susurra con una vocecita. Se acerca el té a los labios y, a continuación, me observa con los ojos entrecerrados, como si acabara de reparar en algo que le hubiera pasado desapercibido—. ¿Y a ti que te ocurre? Tienes cara de acelga y eso suele significar que no soy la única con problemas de amores a la vista.

Me muerdo el labio y le explico lo ocurrido con Hugo, ella me escucha con atención, de la misma manera que yo la he escuchado a ella, sin interrumpirme y poniendo cara de comprensión

—Quizás solo necesita un poco de espacio, Gina. No te hubiera pedido que pasaras el día con él y con su hija para luego darte la patada.

—Lo sé, pero no entiendo porque no me llama y me explica lo que ocurrió.

Ella asiente y yo me quedo mirando fijamente el móvil esperando que tarde o temprano el nombre de Hugo ocupe la pantalla.



Paula y yo pedimos comida china y vemos por enésima vez la película de Bridget Jones. Ambas suspiramos cuando el protagonista masculino, protagonizado por Colin Firth, le dice a Bridget que la quiera tal y como es. Lo confieso, Colin Firth es uno de esos hombres maduritos con los que no me importaría nada tener un affaire apasionado. Desde que protagonizó Orgullo y prejuicio está en la lista de mis amores platónicos, acompañado, como ya sabéis, por Ryan Gosling.

Sobre las seis de la tarde, cuando Paula regresa a casa, decido salir a dar una vuelta. Necesito despejarme. Además, me niego a ser ese tipo de chica que se queda en casa esperando una llamada que no sabe si va a producirse.

Doy un paseo por el barrio y acabo en una cafetería donde hacen una tarta de zanahoria que me encanta. Entro, me acerco a la barra para pedir y, poco después, tengo en mi poder una bandeja con un té de manzana y canela y un trozo enorme de tarta. Busco sitio para sentarme y es así como descubro a Mario sentado solo en una de las mesas del fondo. Como si hubiera notado mi presencia, levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. Elevo la mano a

modo de saludo, algo cohibida, y él me corresponde con una sonrisa comedida.

Nuestra relación este último mes ha sido... rara. Aunque decir que ha sido rara es quedarse corto. Nuestra relación se ha vuelto completamente profesional y hemos dejado de vernos fuera del horario laboral. Me pidió perdón en su momento por lo ocurrido y decidimos olvidarlo, pero las cosas aún no han vuelto al estado anterior de todo lo ocurrido.

Había olvidado que esta cafetería me la descubrió él y que, en teoría, le pertenece. ¿No es eso lo que hace la gente cuando rompe? Repartirse los sitios, los amigos y todas esas cosas. Puede que nosotros no saliéramos, pero siento que el declive que ha tomado nuestra amistad como una especie de ruptura.

Decido que ha llegado el momento de dejar atrás el pasado y me acerco hacia él intentando que la sonrisa que le dedico parezca sincera.

—¿Tarta Sacher y capuchino? —pregunto señalando el contenido de su mesa.

Su sonrisa se ensancha un poco y afirma con la cabeza.

—¿Té de manzana y canela y tarta de zanahoria?

—*Touché.*

Nos quedamos mirando unos segundos, algo incómodos, pero él suaviza el rictus y señala la silla que tiene frente a él.

—¿Por qué no te sientas? Hace mucho que no hablamos y estaría bien que las cosas volvieran a ser, un poco, como antes.

Trago saliva.

—¿Estás seguro?

—Sí, por favor. Haz compañía a este pobre hombre solitario... Tengo la sensación de que esas chicas de ahí no dejan de mirarme preguntándose qué hago aquí solo.

Sigo su mirada y me río cuando pillo a un par de chicas jovencitas lanzarle miradas furtivas entre risitas coquetas.

—Más bien se preguntan si pueden hacerte compañía.

—Oh, ¡venga! Si son unas crías...

—Ni que tú fueras un abuelo.

De repente, el ambiente se ha distendido y la tensión que estos días nos envolvía se ha disuelto como el azúcar en el agua. Parecemos nosotros, los de antes, capaces de hablar y bromear sobre cualquier cosa como dos buenos amigos.

—¿Dónde está Raquel?

—Ha bajado al pueblo a ver su madre este fin de semana.

—¿No has aprovechado para bajar tú también?

—Tenía montañas de trabajo pendiente, ya sabes que estas últimas semanas están siendo una locura.

Afirmo con la cabeza y hundo el tenedor en la deliciosa tarta.

—Y a ti, ¿cómo te va con Hugo? —pregunta Mario.

Me meto la tarta en la boca y le miro intentando elaborar una respuesta que no ponga en evidencia mi estado de ánimo.

—Bien... A Hugo y mí nos va bien.

Mario me escruta de forma intensa y después sonrío con ternura, con una ternura que me recuerda al Mario que era mi amigo antes de que todo se nos fuera de las manos.

—Gina, ¿qué ocurre? No me digas que nada porque ambos sabemos que lo tuyo no es precisamente mentir.

Hago un mohín.

—Es que... no sé si lo nuestro está lo suficientemente bien como para contarte estas cosas.

Mario se pasa una mano por el pelo, por ese precioso pelo que tiene, y al

final me dedica una sonrisa llena de cariño.

—Todo está bien, Gina. Siento mucho lo que ocurrió en mi despacho. Estas últimas semanas me han servido para pensar en lo que me dijiste y tenías razón. Yo estaba confundido porque siempre habías estado disponible para mí y mis necesidades. Fui un egoísta y lo siento. Lo hablé con Raquel y... lo entendió y me perdonó. La verdad es que ahora estamos muy bien, la quiero. —Alarga su mano, la pone encima de la mía y la aprieta con cariño—. Explícame lo que ocurre entre Hugo y tú, prometo ser un buen amigo por todas las veces que tú has sido una buena amiga para mí.

Le sonrío con agradecimiento y decido explicarle lo sucedido. Mario me escucha con atención hasta que termino de hacer mi exposición.

—No sé le pasó ayer, pero estoy convencido de que Hugo está loco por ti. Solo hay que fijarse en la forma en la que te mira. Tú no lo sabes, Gina, pero antes de que tú y él empezaraís a trabajar juntos, Hugo era una persona muy gris. Se notaba que había algo que arrastraba y que no le dejaba ser feliz. Pero, poco a poco, contigo a su lado, empezó a impregnarse de color. Por eso aquella noche en mi casa creí que, cuando me dijiste que estabas enamorada de alguien, ese alguien era él. Porque parecía que entre vosotros dos vibraba algo especial.

Mi mente viaja hasta esa noche. Yo sentada en su sofá soñando en que

Mario me declarara su amor y su suposición de que quién me gustaba era Hugo. Una risita escapa de mis labios apretados al pensar que ahí empezó todo.

—Nunca imaginé que Hugo pudiera sentir algo por mí —confieso.

—¿Por qué no? Eres bonita, divertida y auténtica.

Le miro y veo en su mirada un destello de afecto.

—Habla con él, pregúntale que le pasa. No lo dejes pasar, Gina.

Afirmo con la mirada. Me he terminado la tarta y el té.

—Creo que eso es lo que voy a hacer. —Me levanto decidida—. Gracias por todo, Mario.

Volteo la mesa y le doy un beso en la mejilla. Veo de reajo como las chicas de antes me observan con envidia cochina mientras murmuran entre ellas.

—Nos vemos mañana —me dice a medida que me alejo.

—Hasta mañana.

Una vez fuera cojo el móvil del bolso y marco el número de Hugo. Al quinto tono estoy convencida de que no me lo cogerá, pero justo entonces su voz me responde.

—¿Gina?

—Llevo todo el día esperando tu llamada —digo sin vacilar—. Lo que ocurrió ayer, echarme de la manera en la que lo hiciste, no estuvo bien. No sé quién te llamó ni a quién viste, y quizás no hemos definido aún del todo nuestra relación, pero te quiero, Hugo, y creo que me merezco una explicación, porque... —me callo en el mismo momento en el que mi cabeza procesa las palabras que han salido de mi boca.

¡Ay, madre!

¿Le acabo de decir a Hugo que le quiero? ¿Por teléfono?

Al otro lado hay un silencio que solo es roto por el sonido de su respiración.

—¿Hugo?

—¿Es cierto lo que has dicho?

—¿Qué me debes una explicación? Por supuesto que es cierto —digo, intentando cambiar de tema.

—No, eso no, lo otro.

—No sé a lo que te refieres, he dicho muchas cosas y... —parloteo porque no se me ocurre nada más que decir y porque estoy nerviosa. Hace años que no le digo a alguien que le quiero, y lo he hecho sin ni siquiera ser consciente de que lo decía.

—Yo también te quiero.

Me paro en seco cuando sus palabras me acarician el oído.

—Dilo otra vez —le pido casi con desesperación.

—Te quiero, Gina Estévez. Aunque no tenía planeado decírtelo así.

—Yo tampoco quería decírtelo así —digo con voz queda.

Puedo adivinar una sonrisa al otro lado del teléfono. Mi corazón palpita rápido y siento un extraño dolor, como si alguien apretara mi corazón con un puño.

—Álvaro está aquí. Puede quedarse a Estela un rato. Si te parece nos vemos y te explico lo que sucedió ayer por la noche.

Trago saliva.

—Vale.

—¿Nos vemos dentro de media hora en el bar que hay debajo de mi casa?

—Ahí estaré.

Cuelgo la llamada y me dirijo a la parada de metro más cercana con el corazón latiéndome a gran velocidad.



Cuando abro la puerta del bar localizo a Hugo enseguida. Está sentado en

una mesa pegada a los grandes ventanales que dan a la calle. Tiene mala cara: unas ojeras surcan sus ojos y lleva el pelo completamente despeinado. Me acerco a él con la mirada fija en sus manos que doblan y desdoblan un papel con un gesto nervioso.

—Hola —susurro cuando llego a su lado.

Me siento en una silla que hay a su derecha y él levanta el rostro dedicándome una expresión de alivio que acompaña con una preciosa sonrisa medio ladeada. Al recordar lo que me ha dicho hace escasos minutos por teléfono, siento como mi corazón se agita y algo revolotea dentro de mi estómago.

—Qué guapa...

—Llevo vaqueros y una camiseta dada de sí.

—Y estás preciosa. Seguirías estando preciosa aunque llevaras un saco de patatas como vestido.

Se me escapa una risita de los labios con ese comentario. Sus ojos brillan fijando su mirada en mis labios y yo acerco mi rostro hasta que nuestras narices se tocan y nos besamos. Es un beso corto, pero sentido y bonito.

—¿Cómo estás? —pregunto sin andarme por las ramas.

—Bien. —Aparta un mechón detrás de mi oreja y me sonrío de forma

comedida—. Siento mucho lo que pasó ayer, Gina, no debí decirte que te fueras, pero estaba muy desconcertado por todo y necesitaba pensar.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Tarda en responder. Veo el miedo y la inseguridad en su mirada. Cuando habla, noto la sequedad de su garganta en la voz:

—Me llamó Lucía.

—¿Lucía? —pregunto con la voz estrangulada.

Parpadeo y él se frota el rostro con las manos, con un gesto cansado.

—Me llamó y me pidió que nos viéramos. Está pensando en regresar a Barcelona y quiere retomar el contacto con Estela.

—¿Qué?! —pregunto alucinada.

—Quería que nos viéramos para explicarme lo arrepentida que está por todo lo que hizo. Parecía sincera, aunque conociendo sus capacidades de manipulación no sé hasta qué punto lo fue.

—¿Y qué vas a hacer?

Resopla antes de encogerse de hombros.

—No lo sé, Gina. Conozco a Lucía lo suficiente como para saber que hoy piensa una cosa y mañana puede pensar otra completamente distinta, sobre

todo si eso pone en riesgo sus intereses personales. Me da miedo darle acceso a Estela por si luego decide dejarla colgada. Pero a la vez, no quiero convertir esto en una guerra, porque si Lucía no consigue lo que quiere es capaz de todo.

Le miro en silencio unos segundos, recordando su historia, esa historia llena de toxicidad que me explicó apenas hace unas semanas. Lucía fue su primer amor, una de las personas más importantes de su vida... Una pregunta se queda clavada en mi garganta y pugna por salir. Al final se la hago:

—¿Qué sentiste al verla?

Hugo me mira entrecerrando los ojos, como si no entendiera que le estoy preguntando.

—¿Qué quieres decir?

—Ella fue una persona importante en tu vida, no sería extraño que te sintieses confuso...

Mientras hablo puedo ver como Hugo empieza a negar con la cabeza con determinación.

—No, amor, no se trata de eso.

El corazón me da un vuelco al escuchar la palabra que usa para dirigirse a mí.

—¿Amor? —pregunto.

—¿Qué otra palabra puedo usar para expresar lo que siento por ti? —Me toca la mejilla con los nudillos y yo cierro los ojos, disfrutando de ese contacto y de sus palabras—. Para mí, Lucía fue la mujer de mi vida en pasado. Tú eres la mujer de mi vida en presente y espero que lo sigas siendo en futuro.

Abro los ojos y le miro. Su forma de mirarme expresa un amor tan grande que no puedo evitar acercarme a él para besarle de nuevo en los labios. Me duele el corazón, pero me duele de una forma increíblemente maravillosa, es más, tengo la certeza de que lo que siento por él es lo más real y auténtico que he sentido nunca por nadie.

—Te quiero —susurro pegada a su boca.

—Yo también te quiero, canija —responde a su vez.

Su móvil suena con la llegada de un mensaje. Una sonrisa se expande en su rostro cuando lee el contenido.

—Es Álvaro, dice que ya se encarga él de acostar a Estela.

—¿Eso significa que...? —le miro con las ganas en la mirada.

—¡Camarero! —exclama proyectando su voz hacia la barra—. La cuenta, por favor, tenemos prisa. —Me río contra su pecho y él sonrío.

Así que, al final de todo, el amor era esto...

La primera vez que supe lo que sentía

(Hugo)

Un año y medio atrás...

Gina se incorporó a mi equipo creativo dos días después de nuestro encuentro en el cuarto de baño. Tardé solo unos minutos en aborrecerla. Hablaba por los codos, era algo patosa y se reía de una forma un tanto estrepitosa que me ponía de los nervios. Además, habíamos empezado una especie de guerra velada en la que nos lanzábamos puyitas el uno al otro como si fuéramos niños de primaria.

Yo siempre había sido una persona tranquila y comedida, pero es que había algo en Gina que me alteraba. No era solo que su manera de ser me parecía demasiado estridente, ni que tuviera un piquito de oro que conseguía replicar mis comentarios sarcásticos con salero, no, no solo era eso, también odiaba la manera en la que mi cuerpo reaccionaba cuando la tenía cerca. Se me aceleraban las pulsaciones, el corazón me iba más rápido y la sangre se me acumulaba en una parte de mi anatomía que normalmente solía estar en reposo, no sé si me entendéis... Gina me ponía, me ponía de una forma animal, y no poder controlar aquello me cabreaba a niveles siderales.

Era evidente que Gina me gustaba, pero yo no quería aceptarlo. Mi vida ya era demasiado complicada, ser padre soltero era muy jodido, apenas tenía tiempo para mí, y las pocas veces que salía por ahí con Álvaro y conocía alguna chica, lo que teníamos se quedaba en un par de encuentros que me servían para satisfacer mi apetito sexual.

La realidad era que yo hacía tiempo que había construido un muro a mi alrededor, un muro que yo creía hermético y en el que no dejaba pasar absolutamente ningún sentimiento que pudiera volver a hacerme daño. Pero ahí estaba Gina, colándose por una pequeña brecha de ese muro que yo no había conseguido tapiar bien para iluminar un poco mis días.

No supe que lo que sentía por ella era irreversible hasta aquella mañana de enero, seis meses después de que Gina se incorporara a la empresa.

Aquel día era mi cumpleaños. Nunca me han entusiasmado esas celebraciones. Yo las veo como un recordatorio de que uno se está haciendo viejo y que le queda menos tiempo para lograr cumplir sus sueños y objetivos. Supongo que nunca he destacado precisamente por tener un optimismo arrollador.

El caso es que aquella mañana llegué al trabajo a primera hora y me encontré una madalena encima de mi escritorio. Era una madalena algo rara, decorada con una especie de crema verdosa en la parte superior y una rosa

amarilla a un lado. Además de la madalena había una tarjeta. Fruncí el ceño, miré a mi alrededor, y me encontré con la mirada de Gina clavada en mí, con las cejas arqueadas y una sonrisa traviesa en los labios.

Abrí la tarjeta y empecé a leer:

¡¡Felicidades!! Incluso el tío más odioso de la tierra se merece una felicitación para su cumpleaños. Como regalo he decidido concederte 24 horas de paz. Sí, lo has leído bien, durante las próximas 24 horas prometo no meterme contigo ni una sola vez, ¿a qué soy la mejor?

P.D. Te odio. Que no se te olvide. Esta pequeña tregua no cambia eso.

P.P.D. Deberías dejar de fruncir el ceño con tanta asiduidad, te estás haciendo viejo y se te están saliendo arrugas.

P.P.P.D. No es una madalena, es un cupcake. Y no, no es lo mismo.

Una carcajada escapó de mis labios al leer esa última frase, recordando una de nuestras estúpidas discusiones al respecto. Para mí, todos los dulces con forma de madalena tenían que llamarse madalena, mientras que ella insistía en que eran cosas diferentes.

Extinguí la risa y volví a mirarla. Gina ya estaba sentada en su sitio y hablaba con una compañera entre risas. Gina siempre reía. Era una de esas

personas que siempre iban con la sonrisa por bandera. Por eso caía tan bien, por eso tenía tanta luz.

Ella, la chica con la sonrisa más bonita del mundo.

Supongo que ya lo intuía, que llevaba tiempo negándomelo, pero en aquel momento, mientras me sentaba en la silla, mordía aquella crema dulce y mantecosa y le miraba reír con los ojos cerrados, lo supe: Gina me gustaba. Me gustaba mucho. Me encantaba. Me volvía loco. Me moría por ella.

Sin embargo, esa certeza no cambió el hecho de que mi vida era demasiado complicada como para meter a nadie dentro...

Hagas lo que hagas, ponte bragas

—Si nos pillan nos echarán —susurro.

—Eso lo hace más interesante, ¿no te parece? —pregunta Hugo, arrodillado frente a mí mientras me sube la falda sin dejar de mirarme a los ojos.

Me muerdo el labio y jadeo cuando deposita un beso encima de mis braguitas. Estamos en el cuartillo de la limpieza, hace cinco días desde que nos dijimos nuestro primer te quiero y desde entonces las ganas de devorarnos no han dejado de aumentar. Reconozco que esta situación se parece mucho a la fantasía que tuve la primera vez que entramos aquí...

—Hugo, deberíamos parar... —digo a modo de súplica, aunque el cosquilleo que asciende entre mis muslos es cada vez más insoportable y me está matando de ganas.

—¿No decías que estabas nerviosa por el proyecto que tienes que presentar?

—Sí, pero... —admito, porque es cierto, hoy tengo una presentación importante y llevo todo el día con el estómago contraído por la inquietud.

—Yo solo voy a relajarte.

Coge el elástico de mis bragas y tira hacia abajo hasta que estas caen. Les doy una patada. A continuación, coge una de mis piernas y la pasa por encima de su hombro, haciendo que esté abierta y expuesta para él.

Cierro los ojos y me agarro fuerte a una de las estanterías. Hugo se acerca a mí sexo y tardo poco en sentir su aliento caliente sobre mi piel. Gimo cuando su lengua se interna en mi sexo y me acaricia el clítoris.

—Shhht —me susurra desde abajo.

Trago saliva e intento controlar mis gemidos cuando su lengua empieza a jugar en mi interior. Sus movimientos circulares me están volviendo loca. Sus manos se aferran a mi culo para acercarme más a él. Me muerde, me lame, me devora... Y el hecho de que puedan pillarnos en cualquier momento lo hace todo mucho más excitante.

Su lengua empieza a subir de intensidad, a medida que lo hace mi placer. Una de sus manos deja de sujetarme el culo y, poco después, siento como me penetra con un dedo. Abro los labios intentando que el grito que tengo ahogado en la garganta no se me escape. A medida que su lengua me da placer, me folla con un dedo que pronto son dos, y los arquea con suavidad para acertar en la diana de mi placer.

Le cojo del pelo y tiro de él a medida que estoy más y más cerca del

orgasmo.

Su lengua sigue moviéndose en mi interior, mi cuerpo se tensa y poco después se rompe en mil partículas diminutas por el propio goce. Jadeo en silencio, y cuando termino de correrme, Hugo da un último beso suave sobre mi pubis y se levanta para mirarme con picardía.

—¿Cómo van esos nervios? Te veo menos tensa.

Está satisfecho y se le nota. Le beso, dejando que nuestra saliva se mezcle. Su erección se me pega en el muslo.

—¿Quieres que...? —empiezo a decir, tocando su miembro por encima de la ropa, pero antes de que pueda acabar la pregunta escucho la voz de Mario gritar mi nombre en el exterior.

—¿Alguien ha visto a Gina? —pregunta de nuevo a alguien.

Oigo sus pisadas al otro lado de la puerta y el pánico se apodera de mí.

—¡Ay mierda! —Me bajo la falda a toda prisa y cuando las pisadas se alejan, Hugo y yo salimos del cuartillo de la limpieza a todo correr, con cuidado de no ser vistos.

Una vez fuera me dirijo hasta mi sitio, donde Mario me está esperando con los brazos en jarras y una ceja levantada.

—¿Dónde estabas?

—He ido un momento al baño —miento.

Me mira de arriba a abajo y frunce el ceño.

—¿Qué le ha pasado a tu falda? Parece que te hayas peleado con ella.

Me miro la falda de tubo que llevo puesta. Está completamente arrugada, supongo que se debe haber quedado así cuando Hugo me la ha subido. Me la intento alisar con las manos, sintiéndome, de repente, muy culpable. Aunque soy una culpable relajada y feliz.

—No importa, coge el informe y la carpeta con las propuestas, que los señores Gutiérrez ya han llegado.

Justo en ese momento, mientras corremos a toda prisa por el pasillo, recuerdo algo...

Oh, mierda, ¡¡no llevo bragas!!

Con la prisa no me las he puesto cuando he salido pitando del cuartillo de la limpieza.

El calor se arremolina en mis mejillas.

—Esto... Mario, ¿puedo ir un momento al baño?

—¿No vienes de ahí? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Sí, pero...

—Anda, ve, pero te quiero en cinco minutos en el despacho.

Corro hacia el cuartillo de la limpieza, lo abro y, ¡ahí están! Mis bragas de seda fucsia. Como no tengo tiempo de ponérmelas, me las guardo en el bolsillo de la falda y echo a correr por el pasillo hasta llegar al despacho de Mario.



Nuestra propuesta parece gustar a los señores Gutiérrez, padre e hijo, que son los máximos responsables de la empresa familiar que ha contratado nuestros servicios. He hecho un *briefing* y he diseñado una campaña para las redes sociales. Aunque es una cuenta pequeña, es el primer proyecto que llevo yo sola, bajo la supervisión de Mario.

—¿Podría ver el informe? —pregunta el señor Gutiérrez padre, rascándose la barbilla, pensativo.

—Sí, por supuesto.

Abro la carpeta, le tiendo una de las copias y él la ojea pasando las hojas con una lectura en diagonal.

—Esto tiene muy buena pinta —dice el señor Gutiérrez hijo, mirando el informe junto a su padre.

Me giro hacia la pizarra magnética donde he colgado los bocetos de la campaña que hemos diseñado y señalo un punto del dibujo para explicar un

concepto. Cuando vuelvo a darme la vuelta, me doy cuenta de que los ojos del señor Gutiérrez padre y los ojos del señor Gutiérrez hijo no están fijos en la pizarra, sino en mis zapatos. Incluso Mario tiene la mirada fija en ellos.

Me miro los pies sin entender que puede haber llamado su atención, y es entonces cuando veo mis bragas fucsias hechas un guiñapo encima del linóleo del suelo. Se me deben haber caído al girarme.

En mi vida he pasado diversos momentos vergonzosos, al fin y al cabo, soy una persona con tendencia a hacer el ridículo, pero, hasta hoy, el primer puesto a «El momento más humillante en la vida de Gina» lo tenía la vez que me vino la regla en el cole llevando un pantalón blanco. Creo que hoy este primer puesto ha sido desbancado.

Piensa, Gina, piensa, ¿cómo puedes solucionar este embrollo sin parecer una perversa que va soltando bragas fucsias por el mundo?

—¿Eso son...?

Antes de que el señor Gutiérrez padre pueda acabar de hacer la pregunta, me agacho, cojo las bragas, me las coloco sobre la nariz y me moco con ellas. Sí, señor, como si fuera un pañuelo.

—Lo siento, es que estoy muy congestionada estos días, ¿por dónde íbamos?

Miro a Mario que se está aguantando la risa mientras los señores Gutiérrez se miran entre sí, como no supieran que pensar de lo que acaba de ocurrir.



Media hora más tarde, los señores Gutiérrez salen del despacho. Cuando la puerta se cierra tras ellos, Mario me mira y suelta una enorme carcajada que no parece tener fin. Le miro con los brazos en jarras. Una lágrima resbala por su mejilla.

—¿De dónde coño han salido esas bragas? —me pregunta aún entre risas.

Mira mi falda, aún algo arrugada, y luego me mira al rostro, que a estas alturas debe haber adquirido el color de los tomates maduros. Cuando parece comprender lo que ha ocurrido, abre mucho los ojos.

—¿Te has tirado a Hugo en la oficina?

—¿Qué? No, ¡claro que no! —niego cabreada mientras me siento en la silla de enfrente, y no miento, técnicamente no me lo he tirado.

—Si os pillan pueden despediros, ya sabes que son muy estrictos en estas cosas. —Aunque es un reproche, lo dice con una sonrisilla escapando de la comisura de sus labios.

—No nos hemos acostado —insisto.

—¿Y cómo me explicas lo de las bragas? —Me quedo sin saber que decir

—. Aunque hay que admitir que has tenido agallas al usarlas como un pañuelo.

—Ha sido lo único que se me ha ocurrido para salvar la situación.

—Los has hecho dudar.

—Pero a ti no.

—He visto mucha ropa interior en mi vida como para no reconocerla enseguida. Por cierto, ¿La Perla? Buena elección.

Entrecierro los ojos. Mi relación con Mario ha mejorado y mucho estos últimos días, ha mejorado tanto que incluso es capaz de bromear sobre mi ropa interior.

—¿De verdad vamos a hablar de esto?

Se muerde el labio para evitar una nueva carcajada.

—Anda, sal de mi vista, exhibicionista. Y ponte las bragas, por el amor de Dios. Ya sabes lo que dice el refranero popular: Hagas lo que hagas, ponte bragas.



—¡¡No!!—exclama Paula al otro lado del hilo telefónico. Acabo de llegar a casa. Esta semana la he llamado todas las tardes para comprobar su estado de ánimo. No sé cómo hemos acabado hablando de lo sucedido esta mañana

—. Oh, Gina, por el amor de Dios.

Se ríe y yo pongo los ojos en blanco, aunque me alegro de haberle arrancado una carcajada. Con lo mal que lo está pasando estos días, cualquier cosa que le haga olvidar sus problemas es más que bienvenida, incluso si eso me pone a mí en una posición patética.

—No deberías practicar el sexo en el trabajo, zorra del desierto.

—Lo sé, pero no ha sido sexo, ha sido una terapia para relajarme —digo poniendo voz de niña buena.

—¿Y te ha relajado?

—Ha sido mejor que un masaje en el mejor Spa del mundo. —Se ríe con suavidad y me callo, pensando que ha llegado el momento de hacer la pregunta de millón, por muy pesada que sea teniendo en cuenta que se la he hecho mil veces en lo que va de semana—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Hoy no he llorado ni una sola vez. Creo que lo peor ya ha pasado.

—¡Esa es mi chica! —exclamo feliz, y de repente se me ocurre algo—. ¿Por qué no salimos este fin de semana por ahí? Ahora hace mucho que no lo hacemos, y seguro que eso te viene bien.

Paula tarda en responder.

—Por mi bien, pero ¿seguro que podrás?

—Claro, ¿por qué no?

—Sé que sueles reservarte los fines de semana para ver a Hugo.

—Pero tú eres mi mejor amiga y mi prioridad en estos momentos es hacerte feliz. Así que, *baby*, saca del armario los zapatos de tacón más altos que tengas que este sábado nos vamos de fiesta.

—Vale, vale —dice Paula riendo—. Pero podrías decirle a Hugo que se viniera, así no tienes que renunciar a pasar una noche con él.

—¿Hugo de fiesta solo con nosotras dos? Creo que antes preferiría mutilarse el huevo izquierdo con un tenedor... —Me quedo callada pensando en Álvaro, ¿y si...?—. Podría decirle a un amigo suyo que se viniera, es un poco fanfarrón, pero me cae muy bien.

—¿Fanfarrón de que tipo?

—Del tipo de querer meterse en tus bragas antes de saber tu nombre.

—Eso si llevas bragas, ¿no? —pregunta soltando una risita al hacer alusión a lo ocurrido en el trabajo.

—Ja, ja, ja. ¡Qué cabrona eres! —Pongo los ojos en blanco—. ¿Entonces te apetece?

—¿Qué si me apetece? No se me ocurre un plan mejor. Prepáralo todo y me dices cómo quedamos.

Y eso hago. Nada más colgar a Paula, llamo a Hugo y tardo menos de un

minuto en montar el plan.

Carabinas

Es sábado por la noche y estoy esperando en la puerta del restaurante en el que hemos quedado para cenar Paula, Hugo, Álvaro y yo. Por raro que parezca, he llegado la primera. Yo, que soy impuntual por naturaleza.

Miro el móvil y cambio el peso de una pierna a la otra.

—¡¡Gina!! —exclama la voz de Paula.

Levanto la cabeza y parpadeo al verla, porque está arrebatadora: se ha maquillado los ojos en un ahumado en negro, se ha pintado los labios de color rosa y ha resaltado sus pómulos con colorete anaranjado. El pelo lo lleva recogido en un moño alto que deja caer algunos mechones hacia la cara.

—Creo que te has olvidado la falda en casa —bromeo mientras le doy dos besos, porque debajo del abrigo *tweed* que lleva no se ve nada más que sus piernas esbeltas y desnudas.

—Llevo la falda de cuero marrón, solo que es muy corta.

—Tan corta que podría confundirse con un cinturón.

Levanta las cejas con picardía.

—Al menos llevo bragas.

—¡¡Oye!! Sí que te va a dar el tema material para hacer bromitas —me quejo, abriendo mucho los ojos mientras ella se ríe.

—Me lo has puesto a huevo.

Suavizo el gesto al ver lo radiante que parece.

—Estás muy guapa —añado—. Te has vestido para crear incendios.

—Me he vestido para quemar la ciudad. —Me guiña un ojo.

Cinco minutos más tarde aparecen Hugo y Álvaro. Ambos están guapísimos. Hugo viste unos pantalones ceñidos en azul marino y, bajo la cazadora de cuero, intuyo una camisa azul marino estampada con pequeñas cerezas. Álvaro, por su parte, lleva unos chinos de color negro y un abrigo tres cuartos que le da un aspecto elegante y distinguido. Un afeitado perfecto deja al descubierto su mentón de rasgos angulosos.

—Sentimos el retraso, nos ha costado la vida aparcar —se disculpa Hugo, y me da un beso en los labios.

Toca ronda de besos y presentaciones. Enseguida me doy cuenta de la forma en la que Álvaro mira a mi amiga, como si fuera Edward Cullen delante de Bella Swan.

Entramos en el restaurante que está atestado de gente. Por suerte, he hecho una reserva antes de venir. Un camarero nos acompaña hasta una de las mesas

libres y nos sentamos envueltos en una conversación amena y ligera. Pedimos los platos y la conversación entre los cuatro fluye sin necesidad de forzar nada. Álvaro, a pesar de ese aspecto de mojabragas que tiene, es simpático y divertido. Además, se nota que Hugo y él son uña y carne por la manera en la que se tratan entre ellos. Para Hugo, Álvaro es lo que Paula para mí.

Durante la cena, además, noto como entre mi amiga y Álvaro surge algo. La forma en la que se miran y coquetean es tan evidente que por momentos Hugo y yo nos sentimos un poco carabinas.

Cuando terminamos de cenar vamos a un bar cercano. Pedimos unas copas y acabamos sentados en una mesa alta mientras la música suena fuerte a nuestro alrededor. Hugo y yo hace rato que observamos algo alucinados a nuestros respectivos amigos. Parecen haber olvidado que están acompañados.

—Así que te dedicas al interiorismo... Eso es interesante, ¿sabes? Porque hace tiempo que estoy pensando en redecorar mi casa...

—Me dedico al Home Staging, decoro casas para ponerlas bonitas y venderlas más rápido.

—Soy capaz de vender mi casa con tal de tener una excusa para tenerte en la mía.

Se lanzan una mirada lasciva que me pone colorada por su intensidad.

—Esto es como ver un ritual de apareamiento en directo —me susurra Hugo al oído.

Me rio entre dientes y justo en este momento Paula me mira de una forma que no soy capaz de descifrar.

—Gina, acompáñame al baño, anda, quiero retocarme el pintalabios. — Paula me coge de la mano y tira de ella hasta que consigue ponerme en pie.

Dejo mi copa sobre la mesa y la sigo por el local hasta que entramos en los baños, donde el sonido de la música alta nos llega amortiguada.

—Tenéis que iros —dice a modo de orden, con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

—¿Qué? —pregunto alucinada.

—Hugo y tú. Tenéis que largaros y dejarnos solos. No puedo tontear con Álvaro con libertad mientras nos miráis como si estuvierais observando un numerito del Circu du Soleil. Solo os faltan las palomitas, y me siento juzgada.

—¡Yo no te juzgo!

—Pero me siento como si lo hicieras. Así que, dile a Hugo que te encuentras mal y os vais a casa los dos. Piensa en positivo, así tendréis una noche a solas. Siempre te estás quejando de que quieres pasar más tiempo con él, pues yo te doy la oportunidad.

—Sí, pero... —Enarco una ceja—. ¿Estás segura de querer hacer esto, Paula? Solo hace unos días que lo dejaste con David, y Álvaro va a lo que va...

—Pero ¿tú lo has visto? —pregunta—. Está buenísimo, y después de lo mal que lo he pasado estos días, me merezco una alegría...

—Álvaro es un mujeriego que se folla a una mujer distinta cada fin de semana.

—Quiero echarle un polvo, no pedirle matrimonio. —Pone los ojos en blanco—. Entonces, ¿nos vais a dejar solos?

Me mira llena de determinación y no puedo hacer otra cosa que soltar un bufido y decirle que sí, las amigas estamos para apoyarnos, ¿no? Incluso cuando no vemos claro lo que la otra pretende hacer.

Regresamos a la mesa y tardo un minuto exacto en fingir una migraña y pedirle a Hugo que me lleve a casa. Álvaro parece aliviado cuando nos despedimos de él y salimos del bar. Desde la puerta puedo ver como nuestros amigos ya se están comiendo la boca mientras sus manos se cuelan por debajo de la ropa, con desesperación.

—Vaya, vaya, Paula y Álvaro, ¿eh? —me pregunta Hugo, pasando un brazo por encima de mi hombro, atrayéndome hacia él.

Esta noche hace frío y aprieto un poquito más el nudo de la bufanda que llevo enrollada en mi cuello.

—Como le haga daño le voy a dejar eunuco —susurro flojito.

—Se acostarán esta noche, quedarán un par de veces más y después cada cual seguirá con su camino. Dejemos que disfruten. —Me dedica una mirada llena de intenciones—. Espero que lo de la migraña sea mentira, porque con las ganas que tengo de llevarte a tu casa y arrancarte la ropa...

Barbie, Ken y la familia perfecta

—¿Te importa si quedamos otro día? No me encuentro muy bien, estoy pachucha del estómago —dice Paula con un tono de voz afectado. Ha llamado hace unos minutos para anular nuestro plan para hoy.

—Jo, qué pena, me apetecía mucho que saliéramos las dos por ahí —admito con un mohín, porque hace un par de semanas que no nos vemos.

—Prometo reservarte el próximo sábado.

—Eso espero, porque últimamente estás de un rancio que parece que no quieras verme.

No nos hemos visto desde la noche en la que salimos a cenar con Hugo y Álvaro. Sé que después de que Hugo y yo nos fuéramos, ellos dos acabaron en casa de Álvaro entregándose al noble arte del fornicio, pero aún no hemos podido comentar la jugada en persona. Solo sé que disfrutó un montón y que quedó en eso, en sexo de una noche.

—¡No digas chorradas! —exclama tras chasquear la lengua—. Solo he pasado unos días algo ocupada con el trabajo, pero ya sabes que sigues siendo mi persona favorita del mundo mundial.

—Eso espero, porque a estas alturas no creo que sea capaz de encontrar a otra mejor amiga.

—Ya sabes que para mí eres como la hermana que siempre quise tener.

—Si ya tienes una hermana —le recuerdo dejando escapar una risita.

—He dicho la hermana que siempre quise tener, no la que tengo, ya sabes que ella no responde a esa descripción —refunfuña, y me rio, porque Paula y su hermana no se llevan nada bien. Son como el día y la noche. Si Paula es dulce, buena y amable, su hermana parece la versión gore de la novia de Chucky.

—Bueno, pues pediré comida china y veré algo en Netflix.

—¿No has quedado con Hugo?

—No, hoy Lucía pasa la tarde con ellos, ya sabes, para que Estela y ella empiecen a conocerse.

—¿Te preocupa?

¿El qué? ¿Que el hombre con el que estoy saliendo pase tiempo con la madre de su hija y su primer amor? Nooooo... ¡Qué va! Me congratula la idea. Es más, ya de paso podrían comprarse una casa más grande para vivir los tres juntos como una familia feliz.

Me encantaría decir eso, pero me muerdo la lengua porque no quiero

verbalizar las inseguridades y los miedos que llevan días acomodados en mi estómago, desde el día en el que Lucía irrumpió de nuevo en la vida de Hugo con el pretexto de retomar su relación con Estela.

Según Hugo, las cosas van bien, Lucía parece haber cambiado, y yo vivo con el miedo permanente de que su reencuentro haga despertar de nuevo la chispa que les unió años atrás. Al fin y al cabo, donde hubo fuego quedan cenizas, ¿no?

—Hugo te quiere —me recuerda Paula, sacándome de mi trance.

—Lo sé.

—Deja que pase el tiempo, ya verás cómo las cosas se calman y encontráis la manera de encajar a Lucía en la ecuación.

—Supongo que sí —murmuro.

—Oye, ¿te importa si te dejo? Creo que voy a acostarme un rato.

—Vale, cielo, cuídate,

—Te quiero, peque.

—Y yo, Paula, y yo.



Como mi plan con Paula ha quedado anulado, decido que, en vez de quedarme en casa sola y amargada, voy a salir a dar un paseo. Me pongo unos

vaqueros y un jersey marinero y me dirijo hacia el centro. Hace un día bonito. Aunque ya estamos en noviembre, no hace frío aún. Compro un sándwich en una cafetería y paseo por Las Ramblas, disfrutando del bullicio que caracteriza Barcelona.

Acabo dejándome seducir por la música de un violinista subido en una pequeña tarima. La melodía me sacude el corazón, cierro los ojos y me dejo transportar por ella...

—¡¡Es Gina!! —grita una vocecita aguda que enseguida reconozco.

Abro los ojos, me giro y veo a Estela correr hacia mí. Mis ojos se abren sorprendidos ante esta aparición repentina y, dándome cuenta de lo que eso significa, desvío mi mirada hasta las dos personas que se encuentran detrás. Siento un dolor sordo en el corazón en el mismo instante en el que los pequeños brazos de Estela me rodean la cintura, porque la mujer que está al lado de Hugo es tan imponente que me deja sin aliento.

Tiene una melena color caramelo increíblemente lisa y perfecta, es alta y su cuerpo parece sacado de una de esos catálogos de moda que tanto me gusta mirar pese a ser consciente de que esa ropa nunca me quedará tan bien a mí.

La cara de Hugo también es un poema, no esperaba encontrarme aquí, y hacerlo no parece haberle hecho mucha gracia.

—Mira, Gina, Papá tiene otra amiga, se llama Lucía. ¿A qué es guapa,

Lucía? Parece una princesa, ¿a qué sí?

No me sorprende que Estela no la llame mamá. Hugo ya me dijo que están intentando ir poco a poco, quedando primero como amigos para, si la cosa va bien, contarle la verdad más adelante.

—Es muy guapa —susurro, sintiendo un nudo apretado en la garganta.

Hugo sigue sin decir nada unos segundos, sin embargo, enseguida sale de su estupor y se acerca a mí, seguido de Lucía, que me observa con el ceño fruncido y los labios apretados. Intento no pensar en el enorme cráter que me ha salido en la frente y que amenaza en ganar un premio record Guinness por su enorme tamaño.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Hugo—. Pensé que habías quedado con Paula.

—No se encontraba bien y no quería pasarme la tarde del sábado encerrada en casa. No sabía que os encontraría por aquí... —Miro de reojo a Lucía, ella me observa con los brazos cruzados.

—Bueno, lo hemos pensado sobre la marcha, como hace tan buen día... —murmura.

Nos miramos con incomodidad. Me muero de ganas de alargar mi mano y estrechar la suya, pero algo me dice que no es el sitio ni el momento para esta

muestra de afecto. La tensión flota entre los tres, incluso Estela está callada, como si notara que algo ocurre.

Lucía se encarga de romper el silencio.

—Deberíamos ir tirando, Hugo, despídete de tu amiguita. —No me pasa desapercibida la forma con la que arruga la nariz cuando dice la última palabra, con desprecio.

De cerca, Lucía tiene uno de esos físicos que imponen, no solo porque tenga buen gusto vistiendo y sea atractiva, sino porque puedo oler la arrogancia y el ego desde aquí.

Hugo le lanza una mirada asesina, saca un billete de diez euros de su cartera y se lo da a Estela.

—Cariño, ¿por qué no vais Lucía y tú a compraros unos helados? — Señala una caseta unos metros más arriba de donde nos encontramos—. Yo ahora os alcanzo.

—¡¡Vale!! —exclama feliz—. ¡Qué guay! Adiós, Gina.

Mueve su manita hacia mí como despedida, coge la de Lucía y tira de ella para que la siga. Cuando están lo suficientemente lejos de nosotros, el rostro de Hugo se relaja.

—¿Cómo estás?

—Como si acabara de verte paseando con tu hija y tu ex como si fuerais una familia feliz. —Noto como los celos me retuercen las entrañas al decir estas palabras.

—Siento que lo hayas tenido que ver, pero ya sabes que no es así. Solo estoy intentando hacer lo correcto para Estela.

—Lo sé, pero eso no lo hace más fácil.

—Recuerda que te quiero.

Eso consigue reconfortarme durante unos segundos, los segundos que tardo en desviar mis ojos hacia Lucía. Es como una jodida barbie, y Hugo como un jodido Ken. Por Dios, son la pareja perfecta.

Hugo sigue mi mirada, Estela ya tiene su helado y le llama triunfal.

—Tengo que irme.

—Lo sé.

—Entiendes por qué hago todo esto, ¿verdad?

—Lo entiendo. —Intento sonreír.

—Nos vemos mañana, ¿vale?

Afirmo con la cabeza, Hugo me aprieta la mano con afecto, me guiña un ojo y se va. Echo de menos un beso, algo que me ayude a aliviar este vacío

que ahora mismo se ha instalado en mi pecho.



Necesito hablar con alguien. La imagen de Hugo, Lucia y Estela paseando juntos como una familia, me persiguen el resto de la tarde, así que decido acercarme al piso de Paula. Sé que no se encuentra bien, pero ella es la única persona con la que puedo hablar.

Cojo el metro y cuando llego a su edificio el portal está abierto, así que entro y subo las escaleras entre jadeos, maldiciendo que viva en un tercer piso sin ascensor. Cuando llego delante de su puerta, me recuerdo, una vez más, que debería hacer un poco más de ejercicio para mejorar mi patética forma física.

Llamo al timbre y la puerta tarda unos segundos en abrirse, pero no es ella quién lo hace.

—¡¡Ostia puta!! —exclama Álvaro. Solo lleva unos calzoncillos que se ciñen sobre su abultada entrepierna.

Abro la boca intentando decir algo, pero soy incapaz de articular ni una sola palabra.

—Nena, no era el de la pizza —dice Álvaro proyectando su voz hacia el interior.

—¿Entonces quién...? —Paula aparece en la puerta con una sábana enroscada sobre su pecho y, al verme, se queda sin saber que decir.

—Vaya, pues para estar enferma, te veo muy bien —ironizo.

—Esto no es lo que parece —dice Paula saliendo de su mutismo.

—Parece que acabas de follarte a Álvaro.

—Ehhhh... Entonces sí, es lo que parece —murmura, y sus mejillas se tiñen de rojo al instante.

La rabia me recorre las venas, le lanzo una mirada llena de inquina y me doy media vuelta, muy digna.

—¡Espera, Gina! —exclama desde la puerta—. No te enfades.

Pero ya es demasiado tarde para eso.



Me doy a la bebida. Sé que el alcohol no alivia todos los males, pero al menos los suaviza, los envuelve con un tul vaporoso que los hace menos dolorosos.

Llaman al timbre de abajo y abro sin preguntar quién es, porque estoy convencida de que será Paula. Tengo 30 perdidas tuyas y más de 50 mensajes. Abro la puerta de arriba y espero a que llegue. Lo hace con el rostro compungido por el arrepentimiento.

—Mira quién ha venido a verme, la zorra mentirosa.

—Vale, me merezco esa puya.

Pasa por mi lado, cierro la puerta y, al hacerlo, un mareo me sobreviene de golpe. Me sujeto al mueble del recibidor temiendo que vaya a desvanecerme de un momento al otro.

—¿Qué te pasa? —Paula se acerca a mí y me olfatea, automáticamente arruga el ceño—. Hueles a destilería.

—¿Vas a juzgarme? Porque si vas a hacerlo, quizás deberíamos poner nuestros pecados en una balanza, a ver quién de las dos sale perdiendo.

Da un vistazo al estado de mi casa, ahora mismo hay botellas de vino vacías en el suelo y una botella de tequila abierto encima de la mesa del comedor.

—Madre, mía, Gina, te has bebido hasta el agua de los floreros.

Pasa un brazo por debajo de mi axila y llegamos a trompicones hasta el baño. No sé cómo lo hace, pero me arrastra hasta la ducha y me rocía con un chorro de agua fría.

Pego un grito y empiezo a insultar a Paula, que acaba igual de mojada que yo. Tras esto, me entra una arcada, y acabo con la cabeza dentro del wáter echándolo todo.

Media hora más tarde, con la ropa cambiada y la cabeza más despejada, me siento en el sofá. Creo que he echado casi todo el alcohol de mi organismo,

porque me siento mucho más lúcida que antes.

—¿Quieres que te prepare un café? —pregunta Paula, que está sentada a mi lado.

—Odio el café —gruño.

—Pero te irá bien para la borrachera.

—Ya no estoy borracha —digo con la boca pastosa y el sabor agrio del vómito en el paladar—. ¿Por qué no me dijiste lo de Álvaro? —suelto a bocajarro.

—¿Todo esto es por lo mío con Álvaro? —pregunta, con la culpabilidad teñida en su rostro.

Medito la respuesta y, tras varios segundos, niego con la cabeza.

—No, aunque me ha jodido bastante. Quería hablar contigo, necesitaba a mi amiga, y cuando voy a verte descubro que no solo no estás enferma, sino que además te estás tirando a Álvaro después de haberme dicho que no habías vuelto a verle.

La he pillado. Puedo ver el rubor de sus mejillas ascender hasta sus orejas.

—Lo siento, tenía que habértelo dicho, pero no quería... ya sabes, darle más importancia de la que tiene. Solo nos estamos acostando.

—Pero podías habérmelo contado.

—Lo sé, pero Álvaro es amigo de tu novio.

—Hugo y yo no somos novios —espeto.

—Os habéis dicho que os queréis, estáis juntos... Técnicamente sois pareja.

En eso tiene razón, pero aún no hemos definido lo que tenemos con ninguna etiqueta. Desde que Lucía volvió a su vida no hemos tenido tiempo de hablar sobre nosotros. Vamos haciendo avances como pareja, pero no hablamos de ello, porque está tan ocupado con los problemas que ahora zarandean su vida que no quiero presionarle con esto.

Pienso en Lucía y un sentimiento oscuro se apodera de mi interior.

—La he visto —digo de sopetón.

Paula arquea una de sus cejas rubias.

—¿A quién?

—A Lucía...

Me mira sin entender y le explico nuestro encuentro esta tarde. Cuando termino de hablar, Paula hace un mohín.

—Oh, Gina, por eso has venido a mi casa... Lo siento.

—Es... perfecta. Tendrías que haberla visto: es delgada, alta y muy sexy. Y tiene esa expresión de superioridad que tienen las personas que se creen un escalón por encima de los demás. Y en su caso no solo se lo cree, sino que lo está.

—Pero eso no importa. A Hugo le gustas tú.

—Parecían una familia feliz, tan guapos todos, tan perfectos...

—No te obsesiones con eso ahora, Gina, la perfección no existe.

Tiene razón. Intento apartar el pensamiento de la cabeza y decido hacerlo cambiando de tema.

—Dejemos de hablar de mí. Explícame el rollo raro que te llevas con Álvaro...

—No nos llevamos ningún rollo raro, ya te lo he dicho. Solo quedamos para follar.

—Ya, ¿y eso de que abra la puerta en calzoncillos sin ni siquiera mirar por la mirilla? ¿Y si llego a ser tu madre?

—Mamá llama antes de venir y estábamos esperando el repartidor de la pizza, pensábamos que sería él. —Pone los ojos en blanco.

—Entonces... ¿todo bien? —pregunto.

—Sí, no hay nada turbio, te lo prometo, solo es sexo. Y los sentimientos

están fuera del juego. Nos entendemos en la cama y sabe lo que se hace, solo eso. —Me guiña un ojo con picardía.

Me sorprende ver lo determinada que está en no pasar la barrera esta vez. Además, parece satisfecha y contenta. Debería alegrarme por ella, pero mi instinto de protección me impide darle mi bendición sin reservas.

—Esta vez no voy a enamorarme, te lo prometo —insiste, y por unos instantes, tengo la sensación de que es un mantra más para sí misma que para mí.

El miedo campando a sus anchas

Al día siguiente, cuando me despierto, la sensación de desazón no me abandona. Siento los nervios en el estómago y la imagen de Hugo y Lucía no desaparece de mi mente. No dejo de pensar que son el uno para el otro: guapos, atractivos y carismáticos; parecen haber sido programados para estar juntos.

Intento empujar esos pensamientos nocivos hacia el fondo de mi mente, hacia algún cajón oscuro y poco transitado, pero de vez en cuando vuelven a salir a la superficie.

En fin, esta noche he quedado con Hugo e intento ponerme guapa. Nada más colocarme delante del espejo me fijo en el enorme grano que sigue decorando mi frente. Intento enmascararlo con maquillaje, cuando veo que eso no es suficiente, me aplasto el flequillo sobre la frente con un kilo de laca para que no se mueva del sitio y lo tape. Una vez cumplo con el objetivo, me pongo mi vestido de color rojo, el de nuestra primera cita, y unos zapatos de tacón de color negro. Tengo la sensación que con ellos mis piernas parecen más largas y mi culo menos enorme.

Cojo el metro y, poco después, me encuentro llamando a la puerta de

Hugo. Intento dibujar una sonrisa despreocupada en los labios, necesito fingir que todo está bien y que nada me inquieta. Sin embargo, cuando Hugo abre la puerta, se me encogen los músculos del estómago, porque no está solo. Lucía está sentada en su sofá.

Sé que esto no tiene por qué significar nada. Por mucho que no me guste, Hugo y Lucía tienen algo importante en común. Una hija en común. Algo que les unirá para siempre, mal me pese.

—¿Llego pronto? —Trago saliva e intento sonreír, aunque estoy convencida de que mi sonrisa ahora mismo es forzada y vacía.

—No, tranquila. —Me cede el paso, pero la verdad es que no me apetece mucho entrar en su casa ahora mismo. El ambiente está crispado y el rostro de Lucía expresa enfado e irritación. Algo me dice que he llegado en medio de una discusión—. Lucía ya se iba.

Lucía se levanta, me mira de reojo con desdén, coge su abrigo, su bolso y se va, tras dar un portazo.

—¿Qué ha pasado? —me atrevo a preguntar.

Hugo se frota el rostro con las manos. De repente parece muy cansado.

—Prefiero no hablar de ello.

—¿Os habéis peleado?

—Gina... —susurra—. ¿Podemos ir a cenar y dejar este tema? Por favor.

Yo quiero hablar de ello, saber lo qué ocurre, por qué se han enfadado, pero la angustia que expresa su rostro es suficiente para entender que no voy a poder arrancarle ninguna palabra más.



Vamos a cenar a un restaurante cercano y la noche pasa envuelta en un silencio incómodo. Hugo está reflexivo y no atiende a lo que le digo, lo sé por la forma en la que responde mis comentarios con monosílabos.

—¿Dónde está Estela?

—Con mi madre —se limita a decir.

Cuando regresamos a su casa son solo las diez. Estoy a punto de decirle que me marchó a mi casa, pero nada más entrar por la puerta, Hugo me empotra contra una pared y empieza a besarme con intensidad. Su lengua es demandante, se abre paso entre mi boca y me devora. Es un beso furioso, que le devuelvo al principio algo confusa, pero enseguida me dejo llevar por su deseo.

El abrigo resbala entre mis brazos. El suyo cae pesadamente al suelo.

Me sube la falda, sin dejar de besarme, y me agarra del trasero, atrayéndome hacia él. En ningún momento su lengua y la mía se desenredan, más allá de las bocanadas de aire que buscamos para volver a enredar las

lenguas de nuevo.

Sus manos se internan entre mis bragas y me tocan en el punto exacto, ese punto que me hace jadear contra su boca.

—Fóllame —le pido.

Sus manos tiran del elástico de mis bragas hasta que estas se rompen por la costura. Le oigo desabrocharse el cinturón para, segundos después, sujetarme a peso y penetrarme.

—Oh, joder —susurra contra mi boca.

—Joder, sí —murmuro yo.

—Debería ponerme un condón.

—Deberías...

Sin embargo, empieza a moverse dentro de mí.

—Dime que pare —me pide.

—Tomo la píldora —susurro.

—Estoy limpio.

—Y yo.

Me besa con una desesperación que habla mucho más que lo han hecho esta noche sus palabras y empieza a follarme en rápidos empujones que entran

y salen de mi interior con ímpetu. Noto el desasosiego en su forma de follarme, como si quisiera quitarse de encima algo que le duele a base de sexo furioso.

Su cuerpo choca contra el mío sin cesar. El sonido de nuestros gemidos se mezcla con el sonido del golpeteo de nuestras caderas. Puedo sentir que él está cerca, que está a punto de correrse, y la excitación me arrastra. Cuando quiero darme cuenta, me corro con él.



—Lo siento —dice minutos después.

Estamos tumbados sobre su cama, desnudos, tras un nuevo polvo igual de furioso que el primero.

Me doy la vuelta sobre el colchón y le miro.

—¿Por qué?

—Por haber estado raro toda la noche.

Agarro la sábana, me tapo el pecho y me siento sobre el colchón.

—¿Qué ocurre, Hugo?

Sus ojos parecen perderse en algún punto inexacto del techo.

—Lucía ha intentado chantajearme con quedarse a Estela si no vuelvo con ella.

Sus palabras me atraviesan como si fueran dagas. Le miro y siento como un nudo me aprieta la garganta, un nudo que lleva días estrechándose y estrechándose, dejándome sin aire.

—¿Por qué?

—Es una persona caprichosa y mimada que consigue lo que quiere con tan solo chasquear los dedos. Pensaba que al regresar iría tras ella como un perrito faldero, pero al ver que no ha sido así, ha decidido convertirme en un trofeo que quiere tener a toda costa. Siempre le ha pasado, quiere lo que no puede tener... —suspira—. Así que, cuando le dije que no, que no regresaría con ella jamás de los jamases, me chantajeó con tirarme encima toda la caballería legal para quedarse con Estela.

—Pero... no puede hacerlo, ¿verdad?

—No lo sé. Tengo a Álvaro trabajando en ello, pero me da miedo, porque Lucía es una de esas personas que no le importa destruir todo lo que hay a su alrededor con tal de salirse con la suya.

Me quedo en silencio y el miedo me recorre por dentro. Pienso en Lucía, en su forma de mirarme como si no pudiera creerse que alguien tan insignificante como yo pudiera arrebatarle algo que considera suyo.

—No sé qué decir... —le confieso.

—No puedo perder a Estela —dice en un susurro.

—¿Y has pensado en...? —No puedo acabar la frase, de verdad que no puedo. No puedo preguntarle en voz alta si ha pensado sucumbir a su chantaje. El dolor me arde en el estómago y siento las ganas de llorar cada vez más apretadas en mi garganta.

Hugo me mira. Le cuesta comprender lo que le estoy preguntando, pero cuando lo consigue, se sienta sobre el colchón, a mi lado, y empieza a negar con la cabeza, atrayéndome a él.

—No, claro que no. No pienso aceptar nunca una coacción por su parte, Gina. Hacerlo me destrozaría como persona. Además, te quiero, canija. —Me da un beso en la nariz—. No puedo pensar en estar con otra persona que no seas tú. Eres mi luz.

—Hugo...

—Encontraré la manera de arreglarlo.

—¿Y si no puedes hacerlo?

—La encontraré —dice con seguridad.

Pero yo noto el miedo campar a sus anchas en mi interior. Tengo una extraña sensación de anticipación, como si supiera que algo malo está a punto de llegar, un tornado capaz de arrasarlo mi vida y llevarse todo lo bueno que hay

en ella.



Unos días más tarde estoy a punto de entrar en el edificio de oficinas en el que trabajo cuando noto una presencia a mi lado. Levanto la cabeza y estoy a punto de morir por infarto cuando Lucía aparece de la nada y me agarra del brazo.

—Tenemos que hablar.

Me deshago de su agarre con un tirón.

—Entro a trabajar en diez minutos. Además, no tengo nada que hablar contigo. —El miedo despliega las alas, puedo sentirlo dentro de mí, envenenando cada partícula de mi organismo.

—Oh, querida, sí que tenemos cosas de las que hablar... Y con diez minutos tengo más que suficiente.

Quiero decirle que no me interesa, que no quiero saber nada de ella. Después de lo que me explicó Hugo el otro día, sé que es una persona de la que más vale estar alejada, pero hay algo en su forma de mirarme que me pone sobre alerta.

Suelto un bufido y le indico que me siga. Acabamos en un callejón cercano, resguardadas de la mirada de curiosos.

—¿Qué quieres? —espeto.

—Que dejes a Hugo.

Parpadeo, confusa, y ella se ríe como si fuera Cruella de Vil antes de convertir inofensivos dálmatas en un abrigo de piel moteado para pasar el invierno.

—¿Cómo dices?

—Ambas sabemos que vuestra relación está abocada al fracaso.

Frunzo en ceño.

—¿Y eso quién lo dice?

—¿Tú y él? ¿En serio? —Vuelve a reírse y esta vez su risa me revuelve el estómago—. Oye, bonita, está claro que tú solo eres una distracción en la vida de Hugo. ¿De verdad crees que se quedará con alguien como tú? Eres insulsa, no hay nada en ti que te haga especial. Un día abrirá los ojos y se dará cuenta que ha estado perdiendo el tiempo contigo y volverá a mí, como ha hecho siempre.

—¿Crees que me intimidas con tu pinta de matona y tus insultos ordinarios? —Su diatriba ha dado paso a un cabreo monumental. Pero ¿quién se cree que es esta tipeja para hablarme así? —. Necesitarás algo más que eso para conseguirlo.

—Solo constato una evidencia. No le llegas a la suela de los zapatos, y lo sabes. Hugo tiene que estar con alguien que esté su nivel. Tiene que estar conmigo.

—¿Con una zorra sin corazón que abandonó a su hija cuando se cansó de ella como si fuera un kleenex de usar y tirar? Déjame que lo dude.

Suelta una exclamación sorprendida ante mi ataque y me mira con odio, como si viera en mí algo intolerable. Supongo que para ella represento la derrota, algo a lo que no parece estar muy acostumbrada.

—Mira, niñata, tú no tienes ni idea de nada. Y me importa una mierda lo que pienses de mí. Lo único que necesito es que dejes a Hugo.

—¿Y esperas que lo haga por qué tú me lo digas?

—Espero que lo hagas porque le quieres.

Su respuesta me sorprende, algo que pongo en evidencia con la expresión llena de desconcierto de mi rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Si tanto le quieres y no quieres que sea infeliz, déjale. De lo contrario, voy a quedarme con la custodia de Estela y llevármela conmigo de vuelta a los Estados Unidos.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. Si quieres lo mejor para él, harás lo que yo te digo. Le dirás que ya no le quieres y le dejarás.

—Hugo me dijo que también le chantajeaste a él.

—Oh, querida, esto no es un chantaje, es un trato —me dice con voz melosa.

—Que yo le deje no significa que Hugo vaya a volver contigo, Lucía. Eres malvada y conozco a Hugo lo suficiente como para saber que nunca lo hará.

Mi comentario le molesta, lo sé por la forma con la que arruga la nariz y se le tensan los músculos de la cara, pero no flaquea en ningún momento.

—Eso es cosa mía. Tú solo tienes que cumplir tu parte del trato.

—¿Quieres decir que si lo dejo no pedirás la custodia de Estela aunque él no vuelva contigo?

Afirma con la cabeza y yo siento que no puedo pensar, que la cabeza se me embota y soy incapaz de ver las cosas con claridad.

—¿Y qué te hace pensar que no le explicaré todo esto a Hugo?

—Todo lo que hagas que no sea seguir mi sugerencia, acabará con Estela y yo lejos de aquí y con Hugo roto por su ausencia, ¿es eso lo que quieres? —Mira su reloj y sonríe—. Ya han pasado los diez minutos, yo de ti iría corriendo al trabajo, no sea que además de sin novio te quedes también sin

empleo.

La miro con la rabia corroyéndome por dentro.

—Cuando hayas cumplido tu parte del trato mándame un mensaje aquí. —

Me tiende una tarjeta y yo la cojo, con las manos temblorosas.

No me puedo creer lo que acaba de pasar; su chantaje, sus amenazas.

Lucía da media vuelta y se va, dejándome con el corazón echo girones y la sensación de que, haga lo que haga, Hugo va acabar sufriendo. La cuestión es: ¿cuál de todas mis decisiones le hará menos daño?

Conozco la respuesta a esta pregunta y, al ser consciente de ella, puedo sentir como la oscuridad me engulle y me arrastra hasta un pozo sin fondo del que no sé si sabré salir.

Su felicidad por encima de la mía

—Tienes que decírselo a Hugo —repite Paula, muy seria, con el ceño fruncido mientras me tiende una taza de té que está empeñada en que me tome, por mucho que le diga que no me entra nada ahora mismo.

Esta mañana la conversación con Lucía me ha dejado destrozada. Nada más llegar al trabajo le he dicho a Mario que no me encontraba bien y he vuelto a casa. Ni siquiera me he visto con fuerzas de avisar a Hugo. La simple idea de verle me comprimía los pulmones hasta dejarme sin aire. Cuando he llegado a casa, he llamado a Paula para explicarle lo ocurrido y ha salido del trabajo a toda prisa para hacerme compañía. Desde entonces, he recibido varias llamadas de Hugo que no he respondido. No sé qué decirle. No soy capaz de pensar con claridad.

—No puedo explicarle nada de esto, si se lo cuento, Lucía cumplirá su amenaza y Hugo se quedará roto.

—Eso no lo puedes saber. No puedes rendirte sin pelear.

Me quedo en silencio barajando mis opciones. La verdad es que lo veo todo muy negro. No se me ocurre ninguna forma de solucionar este entuerto sin que alguien acabe malherido. No me puedo creer que exista alguien tan ruin

como Lucía. No le importa nadie más que ella: ni la felicidad de su hija, a la que no quiere, ni la felicidad de Hugo, al que solo quiere porque no lo puede tener.

—No sé qué hacer —admito.

—No tomes decisiones precipitadas, Gina. Encontraremos la manera de ganarle la partida a esa cerda. No renuncies a Hugo.

Eso me hace pensar en Hugo y una ráfaga de recuerdos inunda mi mente. Hugo y su sonrisa, preciosa, y sus arruguitas de expresión que se dibujan a lado y lado de su boca. Hugo y sus ojos marrones y chispeantes como la Coca-Cola. Hugo susurrándome cosas preciosas en el oído. Hugo y su tacto recorriendo mi piel, dejándome sin aire. Hugo y sus caderas chocando contra las mías. Hugo y la cadencia de su respiración cuando duerme.

Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas cuando me doy cuenta a todo lo que tengo que renunciar por su felicidad. Quién me hubiera dicho hace tres meses que me encontraría así, rota en mil pedazos, amándolo con tanta intensidad que duele, que abrumba, que sobrepasa. Ahora entiendo el significado de la frase «me duele el alma», porque hay ocasiones en las que el dolor está tan adentro, es tan íntimo e interno, que va más allá de lo físico, de lo corporal.

—Nunca he amado a nadie como amo a Hugo.

—Lo sé.

—No puedo poner en riesgo su felicidad. —Nada más decirlo en voz alta me doy cuenta de todas las connotaciones que impregnan esta frase.

—Gina...

—Tengo que dejarle. Tengo que dejarle porque quiero su felicidad por encima de la mía.

Sus brazos me estrechan con fuerza mientras las lágrimas siguen recorriendo mis mejillas, mientras el dolor dentro de mi pecho arrasa con todo hasta dejarme el corazón hecho añicos.

En blanco y negro

(Hugo)

Gina no me coge el teléfono, tampoco responde a mis mensajes. Esta mañana no ha venido al trabajo porque, según Olivia de Personal, no se encontraba muy bien. No me hace falta ser Sherlock Holmes para comprender que algo no funciona bien.

Llamo a mi madre para decirle que llegaré a casa algo más tarde de lo habitual y, a las seis en punto, salgo de la oficina y me dirijo a casa de Gina. Tengo un mal presentimiento agarrado a la tripa y no hay manera de sacudírmelo de encima.

Media hora más tarde estoy frente a su portal y llamo al interfono. La puerta se abre sin ni siquiera preguntar quién soy. Decido subir por las escaleras cuando veo que el ascensor no está en la planta baja. La ansiedad por verla me puede.

Llego a su descansillo y me encuentro con la puerta de su piso abierta. Paso con sigilo y cierro tras de mí. Nada más asomarme un poco, la veo de espaldas, mirando la vitrina de su salón llena de dispensadores de caramelo PEZ dispuestos en fila. Me acerco a ella. Sus hombros están caídos y su pose

parece floja, como si en cualquier momento fuera a desvanecerse.

—¿Gina?

Se gira con un movimiento lento. Tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—¿Estás bien?

—No —susurra.

No levanta la mirada de sus manos, que sujetan el dispensador en forma de Pato Donald que me enseñó el primer día. Recuerdo a la perfección lo que me dijo de él, que le traía los recuerdos más felices de su infancia.

—Gina, ¿qué pasa?

—Tenemos que hablar —me dice fingiendo una determinación que no tiene. Su labio ha temblado al hablar y su voz se ha quebrado a media frase.

—Me estás asustando —confieso.

Se me aceleran las pulsaciones cuando me mira y veo un brillo triste en sus preciosos ojos azules.

—Siéntate.

—No quiero sentarme, Gina, estoy bien de pie. ¿Me puedes explicar de una puñetera vez qué ocurre?

—Yo... Todo esto me viene grande, Hugo —suelta en un susurro.

Oigo lo que dice, pero me cuesta varios segundos entenderlo. La boca se me seca cuando intuyo lo que se esconde tras esas palabras.

—¿Qué significa eso?

—Yo... no puedo seguir así...

—Mírame —susurro.

—Que tengas una hija, la aparición de Lucía...

—Mírame —repito.

—Es demasiado para mí. Yo... no puedo...

—¿Qué me mires, joder!

Gina levanta el rostro y clava sus ojos tristes en los míos. No entiendo nada, porque lo que me dicen sus ojos se contradice con lo que me dicen sus labios.

—Hugo... —susurra con la voz estrangulada.

—¿Me estás dejando?

—Yo... lo siento, pero nuestra relación no tiene futuro, dejarlo ahora es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Para los dos.

Me quedo de piedra sin saber que decir. No sé qué ha podido cambiar de un día para el otro. Ayer, antes de acostarme, la llamé, como cada noche, y hablamos durante varios minutos como si nada. Aún recuerdo el sonido de su risa verberándome en el estómago, haciéndome sentir bien pese a todo el drama que envuelve mi vida desde hace unas semanas.

—¿He hecho algo? —pregunto, la voz me traiciona y sale temblorosa.

—No has hecho nada. Es solo que yo... no puedo seguir con esto. Tienes una persona de tu pasado que siempre regresa a ti como un boomerang, y es la madre de tu hija, a la que quieres con locura. ¿Y yo quién soy? Solo una chica algo desequilibrada, chillona e impulsiva con la que discutías hasta la saciedad hasta hace un par de meses.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Siento la ira recorriéndome por dentro—. No eres solo eso, eres mucho más. Eres el mundo en el que me refugio para sentirme a salvo. Eres la mejor parte de mis días. Eres la luz, el color. Aunque seas gritona, aunque hables demasiado alto cuando te excitas, aunque seas propensa a hacer el ridículo... Eres la persona con la que quiero formar una familia y comprar una casa con jardín. Pero no una con valla blanca, no, porque la valla blanca es para los demás, para los que no son especiales, nosotros nos merecemos algo único, algo nuestro, por eso nuestra valla será de

color rojo, rojo como el color del carmín de tus labios, rojo como el color del vestido que llevaste en nuestra primera cita.

Tiembla. Mis palabras le hacen temblar. Sé que ha reconocido esta última parte de mi discurso en referencia a aquello que ella solía decir respecto a su futuro idealizado con Mario.

—Hugo, para —susurra. Las lágrimas empiezan a caer por sus ojos y se los limpia mientras intenta coger aire—. Tenemos que pararlo.

—Pero, ¿por qué?

Cierra los ojos y veo como el dolor de lo que está a punto de decir le recorre por dentro como si fuera veneno recorriendo sus venas.

—Por qué no estoy preparada para ser madre, Hugo. Lo he estado pensando mucho estos días, y creo que lo mejor es que lo dejemos ahora, antes de que vayamos más en serio y Estela se encariñe de mí y descubramos que no estoy preparada para ser la persona responsable que necesitas a tu lado.

Un sabor amargo me inunda la boca. Esto no me lo esperaba. Me quedo sin saber que decir, porque no hay nada que pueda argumentar contra eso.

—Ella te quiere.

—Y yo a ella, pero no estoy preparada para una responsabilidad tan grande, Hugo...

—Entiendo. —Me cuesta tragar saliva de lo seca que tengo la garganta—. Pero tampoco te pido que seas su madre, solo que seas el amor de mi vida, de mis días...

—Yo... Lo siento.

—No digas nada más. Es suficiente.

La primera en romperme el corazón fue Lucía, a los dieciocho años. Fue duro y me fragmenté en mil pedazos, me fragmenté en trozos tan pequeños que creí que nunca conseguiría reconstruirme entero, al completo. Pero lo hice. Me reinventé, y no solo reparé los pedazos, sino que me convertí en una versión mejorada de mí mismo, una versión capaz de sobrevivir a todas las embestidas posteriores, y es que Lucía y yo tuvimos muchas idas y venidas a lo largo de los años.

Hoy, sin embargo, noto como el rompecabezas que había construido vuelve a desmontarse, hoy, por Gina, noto como vuelvo a romperme.

¿Qué se puede hacer cuando consigues cumplir un sueño y este se desvanece como humo al poco tiempo?

Quedarte vacío.

Eso es lo que siento: vacío.

—Me voy —digo, sin dejar de mirarla con intensidad, como si pudiera

absorberla con los ojos y guardarla dentro de mí para siempre. Necesito empaparme de ella, de sus ojos grandes y vivos, de su vitalidad, de su color, de su luz. De ella, mi momento preferido del día, mi sueño convertido en polvo.

—Espera. —Alarga su mano y me da lo que sujeta en ella, el dispensador de caramelos PEZ del Pato Donald—. Dáselo a Estela de mi parte. Despidete de ella por mí.

Lo cojo entre mis dedos. Trago saliva cuando sostengo entre las manos este pequeño tesoro. Recuerdo la película de *Hook: El capitán garfio*, y me es imposible no pensar que esto que sujeto entre las manos es para ella el catalizador de sus pensamientos alegres, aquello que le permite volar.

Salgo de su piso, cierro la puerta y me quedo unos segundos apoyado en la madera, con la mandíbula apretada y los ojos cerrados con fuerza.

No me lo puedo creer. No puedo creerme que todo haya terminado. Que lo nuestro deje de ser.

Y, sin más, empiezo a bajar las escaleras, sintiendo como mi vida, que hasta hace unos minutos estaba llena de color, vuelve a teñirse de blanco y negro.

Espiral de tristeza

—¿Una excedencia? —pregunta Mario, mirándome con los ojos entornados.

—Sí, solo serán un par de meses, hasta que las cosas... se calmen.

Hace solo dos días que Hugo y yo rompimos, pero están siendo los dos días más complicados de toda mi jodida existencia. Hugo me duele, me duele porque le quiero, porque sé que él me quiere y porque también sé que todo esto le está haciendo daño. Y la certeza de que no sé gestionarlo mejor me está matando por dentro.

La cuestión es que no puedo trabajar con Hugo, no cuando todo está demasiado reciente entre nosotros. Cada vez que le veo, cada vez que su mirada se encuentra con la mía... es como si un jodido dardo envenenado me acertara en el centro del corazón, como si este fuera una diana. No puedo seguir así.

—No sé qué ha pasado entre Hugo y tú, Gina, pero estoy convencido de que podéis arreglarlo.

—Lo que ha pasado entre nosotros no se puede arreglar —musito.

—Pero os queréis.

—Eso no es suficiente en nuestro caso...

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta. Entrelaza sus dedos y tira el cuerpo hacia delante, mirándome compasivo.

No puedo evitar recrearme en su aspecto, en su pelo cobrizo y su rostro fino, que hasta hace unos pocos meses me hacía soñar en cuentos de hadas y finales felices. Nunca me hubiera creído que algún día me encontraría en su despacho suspirando por otro. Por mi archienemigo nada más y nada menos.

Trago saliva

—Preferiría no hacerlo.

Suspira y se encoge de hombros.

—De acuerdo, hablaré con los de recursos humanos. ¿Con dos meses tendrás suficiente? —Afirmo lentamente con la cabeza y él alarga su mano hasta apretar la mía con cariño—. ¿Estás bien?

—No, pero lo estaré.

—Tú no te preocupes por nada nada. Yo me encargaré de arreglar todo el papeleo.

Le sonrío de forma forzada y salgo del despacho con la ansiedad agujereándome el estómago.



Empiezo mi excedencia una semana más tarde. Mario, tal como me prometió, se ha encargado de hacer todos los trámites, y cuando llega el viernes, recojo mis cosas en una pequeña caja de cartón y me marcho a mi casa. He esperado a que todos se marcharan a casa para poder recoger las cosas sin ser vista.

No le he explicado nada a nadie, solo a Paula, que ha sido mi gran apoyo estos días.

Desde que Hugo y yo lo dejamos, nuestras conversaciones son incómodas y me hacen sentir un vacío constante, como si fuera un recordatorio de algo que era mío y que ya nunca me volverá a pertenecer. No quiero hablar con él sobre mi excedencia, no quiero que descubra a través de mi pena lo mucho que le echo de menos, lo mucho que añoro sus besos, su cuerpo pegado al mío, hundir mi nariz en el arco de su cuello o el olor que me inundaba cuando me abraza.

Cierro los ojos y me digo que ya pasará, que estas cosas siempre pasan, que nadie se muere de amor y que llegará un momento en el que pensar en él, recordarle, ya no dolerá tanto.

Llamo a un taxi y llego a casa veinte minutos más tarde. Lo tengo todo preparado para irme una temporada a casa de mis padres. He puesto sábanas

encima de los muebles y he hablado con Paula para que se pase de vez en cuando a regar las plantas y mirar el buzón.

Necesito irme de la ciudad, marcharme de aquí, estar lejos de todo lo que me recuerda a él. El pequeño pueblo de montaña en el que crecí es el mejor lugar para hacerlo. Sé que mis padres están encantados con la noticia, y también sé que mi hogar es un buen destino para convertir heridas en cicatrices.

Cojo la maleta ya preparada con mis cosas, salgo de nuevo por la puerta y echo una última mirada a mi pequeño apartamento, sintiendo como el remolino de tristeza me acompaña hasta que cierro la puerta con llave, como si dejara allí todos los recuerdos metidos.

Diciembre

(Hugo)

Diciembre ha llegado trayendo el frío y la Navidad con él.

Hoy es sábado y, mientras paseo con Estela por el centro de la ciudad, me fijo en las luces que cuelgan en las calles y que dan a Barcelona un toque mágico. Un pensamiento aparece en mi mente: ojalá Gina estuviera aquí, compartiendo con nosotros estas fechas tan especiales. Además, sé lo mucho que a ella le gustan. Todos los años era Gina la encargada de decorar la oficina con guirnaldas y figuritas. Este año no lo ha hecho nadie. Sin ella, el mundo es un lugar mucho más oscuro.

Hace casi un mes que Gina cogió su excedencia. Ella no se atrevió a explicármelo, fue Mario quién lo hizo. Al enterarme estuve a punto de montar en cólera. Sé que tomó esa decisión para poner un poco de distancia entre nosotros, y la odio por eso. Me hubiera encantado decirle que prefiero verla cada día, aunque su presencia me duela, que no verla y dejar que su ausencia me mate.

Sigo sin acabar de digerir nuestra ruptura. Con lo mucho que ella adora a Estela... Tengo la sensación de que sus palabras no fueron más que una

excusa, que no me explicó la verdad. Estoy casi convencido de que escondía algo, ¿el qué? Eso es algo que no he conseguido averiguar.

—Papi, papi, mira, un duende de Papá Noel —exclama Estela apretando mi mano mientras señala con su dedo índice a una chica vestida con el típico traje de duende navideño.

El duende se nos acerca y le da un caramelo.

—Ho, ho, ho. ¡Feliz navidad! —exclama jovial.

Faltan solo cinco días para Nochebuena. Como cada año lo celebraremos en casa de mis padres. Estas fechas nunca me han gustado mucho, sin embargo, desde que Estela está en mi vida, las vivo de una forma diferente... Además, es posible este sea una de las últimas navidades en las que siga creyendo que la magia existe.

—Mira, papi, los caramelos son de fresa, mis preferidos. —Me enseña la mano sonriente—. ¿Puedo comérmelos?

—Solo uno, que vamos a cenar en nada.

—Vale —responde risueña.

Nos subimos en el coche y regresamos a casa. Hoy toca pizza y peli, así que Estela está contenta, porque sin duda ese es su plan favorito. Aparcamos en un hueco libre al lado de casa y, a continuación, andamos las dos manzanas

que quedan hasta nuestro edificio.

—¡Lucía! —exclama Estela. Delante del portal está ella, y nos sonríe cuando nos ve.

No sé qué hace aquí porque no habíamos quedado. Este último mes no ha dejado de aparecer así, sin preaviso, y a mí eso me molesta. Su presencia siempre lo hace, por mucho que se esfuerce en ser amable conmigo sigo sin fiarme de ella, por eso aún no le he dicho a Estela que Lucía es su madre.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando ella se cuelga de mi cuello para darme dos besos.

—He pensado que podríamos cenar juntitos los tres. —Sonríe y levanta una bolsa que lleva en la mano—. He comprado vino y tarta de chocolate para el postre.

—Lucía, hoy no es un buen día.

—¿Por qué? —pregunta con inocencia.

—Quiero subir, ponerme el pijama y disfrutar de una noche tranquila con mi hija.

—Pero eso puedes hacerlo aunque cene con vosotros. No sería la primera vez que te veo en pijama. Es más, creo que te he visto de todas las maneras posibles...

—Lucía... —le advierto.

No me gusta que haga referencia a nuestro pasado. Es más, lo odio. Odio recordar lo que fuimos.

—¿Qué me dices, Estela? ¿Quieres compañía? —pregunta a mi hija haciendo caso omiso a mis deseos.

—¡¡Sí!! —exclama ella dando un saltito.

—Está bien —accedo finalmente.

Lucía sonrío triunfal, Estela le coge de la mano y entran.

Sé que Estela le está cogiendo cariño, y confieso que eso me aterra. Me da miedo de que, cuando se canse, la abandone. Ya lo hizo años atrás, primero conmigo y después con ella.

Entramos en casa, nos quitamos los abrigos y aprovecho que Estela y Lucía están eligiendo una película para pedir las pizzas.

Media hora más tarde, llega el repartidor y nos sentamos en el sofá los tres para ver la película de Inside Out.

Sobre las once, Estela se queda dormida, recostada sobre mi regazo. La acuesto en su cama y cuando regreso al salón, me encuentro a Lucía en el sofá con dos copas de vino llenas.

—¿La última? —me pregunta juguetona.

La conozco y sé que detrás de esta copa de vino existe una invitación velada.

—Es tarde, quizás deberías regresar a tu casa.

—Solo es una copa de vino, Hugo. No voy a comerte...

Me lanza una mirada seductora y algo dentro de mí me dice que decline su oferta, sin embargo, no sé cómo hacerlo. Una copa solo es una copa, ¿no?

—Solo una.

Nos sentamos en el sofá. Yo intento poner distancia entre nosotros, pero ella acaba pegándose a mí. Da un sorbo al vino y luego desliza su dedo por mi brazo.

—Antes, Estela me ha explicado que hace tiempo que no pasa por aquí esa amiga tuya... ¿Cómo se llamaba? ¿Laura? ¿Mónica?

—Gina —mascullo.

—Eso, Gina. ¿Ya no estáis juntos?

La miro y me fijo en sus ojos claros, que titilan con suavidad. Se ha descalzado y apoya sus pies desnudos sobre el sofá.

—No. Lo hemos dejado.

—Vaya, qué pena... —susurra, sin dejar de acariciarme el brazo. Se

acerca un poco más y su olor me envuelve, haciendo que un pequeño torrente de recuerdos antiguos sobre nosotros dos, cruce por mi mente.

Nuestro primer beso cuando acabábamos de cumplir los doce años. La primera vez que hicimos el amor, en su habitación, aquel fin de semana que sus padres no estaban. Nuestras rupturas, nuestras discusiones constantes, la forma en la que follábamos, con rabia, las reconciliaciones...

—Oye, Hugo. Creo que ha llegado el momento de explicarle a Estela que yo soy su madre y... quizás, poco a poco, si me dejas, podamos ser una familia los tres juntos.

La miro sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—He cambiado. Estoy aquí y ya no soy la persona inmadura que era antes. Quiero estar contigo, que dejemos atrás lo malo y que empecemos algo nuevo.

Su mano se desliza de mi brazo hasta mi muslo y yo la aparto con suavidad, colocándola sobre su regazo.

—No —le respondo. No necesito pensármelo, hay cosas en esta vida que tengo muy claras. Mis sentimientos respecto a Lucía es una de esas cosas.

—Pero ¿por qué no?

—Porque ya no te quiero, Lucía. Dejé de quererte hace mucho tiempo.

—Pero quizás aprendas a quererme de nuevo.

Niego con la cabeza.

—No estamos hechos el uno para el otro, Lucía, a tu lado yo era peor, era mi peor versión de mí mismo.

—He cambiado, te lo juro. —Vuelve a poner su mano sobre mi muslo y acerca su boca a mi cuello. Cuando habla, su aliento me calienta la piel—. Además, no todo era malo, ¿recuerdas lo buenos que éramos en la cama?

Una nueva oleada de recuerdos me invade. Su cuerpo cálido debajo del mío, sus uñas arañando mi espalda, yo empujando dentro de ella, con violencia, buscando alivio entre sus piernas.

—El sexo solo era el premio de consolación para una relación de mierda.

Su mano sube por mi muslo, sus labios me besan con suavidad el cuello.

—Una consolación muy placentera.

Y antes de que pueda decir nada más, pone su mano encima de mi paquete, sin resultado alguno. Lucía es una chica preciosa, eso es una obviedad, pero nada más sentir sus dedos presionando mi polla encima de la ropa, recuerdo a Gina y el amago de erección se esfuma de un plumazo.

Me levanto del sofá en un movimiento rápido. Lucía me mira con el desconcierto en la mirada.

—Lucía, márchate, por favor. No quiero tener nada contigo. Si quieres ser una madre para Estela me parece muy bien, pero que te quede claro que entre tú y yo no va a pasar nada. No te quiero, ni te querré nunca jamás. Lo que sentí por ti está muerto y no va a resucitar. Además, quiero a otra. —Lo digo sin gritar, porque Estela está durmiendo y no quiero despertarla.

—¿A qué otra? ¿A esa enana culona que no tiene nada de especial? Te ha dejado y no va a volver contigo...

Aprieto la mandíbula con rabia.

—Primero, no vuelvas a insultar a Gina nunca más. Gina no solo es especial, es todo lo que tú nunca podrás llegar a ser. Porque tú eres el agujero negro que absorbe todo a su paso, y ella es la estrella que ilumina a los demás con su luz. Y ahora, por favor, lárgate.

Se levanta del sofá y me mira con resentimiento. Sus ojos centellan. Coge la chaqueta, se la pone y me lanza una última mirada antes de salir por la puerta dando un portazo.



—Tío, menudas pintas tienes, ¿cuánto hace que no te afeitas? —me pregunta Álvaro.

Es 23 de diciembre y hemos quedado para hacer juntos las últimas compras navideñas. Por suerte, esta tarde en la oficina nos han dejado salir

antes.

Hemos ido a un centro comercial. Yo ya he podido comprar todo lo que quería, pero Álvaro sigue buscando el regalo perfecto.

—¿Se puede saber qué buscas?

—No sé, algo especial.

—¿Para quién? —pregunto suspicaz.

—Para mi hermana —me responde apartando la mirada, algo que me hace soltar una risita de suficiencia.

—Y una mierda, a tu hermana todos los años le regalas un vale de regalo de alguna tienda para que se compre lo que quiera. ¿Estás buscando un regalo para una chica?

Se afloja la corbata y hace un mohín.

—Es posible.

—Espera, espera. —Levanto las manos de forma expresiva—. ¿Me estás diciendo que Álvaro Sáez, el terror de las nenas, quiere comprarle un regalo a un ligue?

Pone los ojos en blanco.

—No es para tanto, es solo que la chica en cuestión me gusta.

—¿Te gusta? —Arqueo las cejas—. Si te estás currando tanto el regalo y ya te la has tirado, estoy convencido de que no solo te gusta.

—Bueno, vale, es posible que me esté pillando por ella, ¿estás contento con mi confesión?

Sonrío y le doy una palmadita en la espalda.

—Aceptarlo es el primer paso, campeón.

—Ojalá no estuviera tan encoñado. Me paso el día pensando en ella, tío, y busco cualquier excusa para llamarla o verla.

—¿Y quién es ella? Si se puede saber...

Mete las manos dentro de los bolsillos del abrigo tres cuartos que lleva abierto y sonrío de forma enigmática, como si estuviera valorando responder o no a mi pregunta. Al final suspira y asiente.

—Es Paula.

—¿Paula? ¿Qué Paula? ¿La amiga de Gina?

Afirma con la cabeza y yo me quedo alucinado.

—Lo sé, y no sé cómo ha pasado. Empezamos solo quedando para follar, pero ahora... Dios, me vuelve loco, tío. Es preciosa, inteligente y divertida. Y en la cama... arde Troya.

No puedo evitar dibujar una sonrisa hinchada de orgullo.

—Me alegro, Álvaro. Ya tocaba que sentaras cabeza.

—Tampoco te pases, que me haya pillado de una chica no significa que vaya a casarme con ella.

—Nunca digas nunca... —Sonrío entre dientes.

Hace una mueca y nos paramos delante del escaparate de una tienda de chucherías. Me fijo en los dispensadores de caramelos PEZ en forma de unicornios y se me encoge el estómago al pensar en Gina.

—¿Tú cómo estás? —pregunta Hugo, supongo que captando mi tristeza repentina.

—Bien, sobrellevándolo. —Me encojo de hombros y finjo una sonrisa.

—¿Sigues pensando en ella?

—Todos los días de mi vida —confieso.

—Oye, seguro que Paula me matará cuando se entere de que te he dicho esto, pero creo que debes saberlo. Gina no te contó toda la verdad cuando te dejó. Paula tampoco me ha querido explicar cuál es esa verdad, pero me dio a entender que Gina no quería dejarte, que se vio forzada a hacerlo.

—¿Forzada? —Frunzo el ceño.

—No pude sonsacarle más información sobre el tema, pero yo en tu lugar, intentaría hablar con ella y descubrir que es lo que esconde. Porque tú la quieres y estoy convencido de que ella siente lo mismo.

Sus palabras se abren paso en mi corazón con fuerza. Llevo días pensando en ello, en que algo de todo este asunto no me encaja, de que hay una parte de toda esta historia que no conozco.

Y con esa verdad azotándome por dentro, tomo una decisión.

Juntos somos infinitos e invencibles

Siempre me ha gustado la nieve. En Barcelona no nieva casi nunca, pero en el pequeño pueblo del Pirineo en el que crecí, los inviernos suelen ser blancos e inspiradores, como este.

Me siento en el alféizar de la ventana mientras veo los copos de nieve danzar en el aire de forma perezosa antes de caer.

Hace casi un mes que he vuelto a casa de mis padres y me siento arropada en este lugar que tantos buenos recuerdos me trae de mi infancia. Mi habitación se ha convertido en mi refugio, con sus paredes pintadas en rosa pastel y el mobiliario en blanco. Además, los abrazos y mimitos que me dan papá y mamá me reconfortan y me hacen sentir bien. El dolor no ha desaparecido, pero está apaciguado, dormido.

Llaman a la puerta con los nudillos y, a continuación, esta se abre. Mamá aparece en el umbral, con una taza de té humeante entre las manos.

Mamá y yo nos parecemos mucho, aunque con los años, su cuerpo se ha vuelto más redondito y esponjoso. Mis curvas y mis piernas cortas se las debo a ella. Aunque los ojos azules son herencia genética paterna.

Me tiende el té con una sonrisa y yo susurro un «gracias» mientras cojo el

platito con cuidado de no derramar el contenido de la taza.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien. —Sonrío, aunque no es una sonrisa alegre, sino apagada.

—No sé qué es lo que te ha traído hasta aquí, no hace falta que me lo cuentes, pero la vida...

—¿Me vas a dar uno de tus discursos sobre la vida? —pregunto, y lo hago con una sonrisa llena de añoranza porque desde que entré en la adolescencia mamá adora darme discursos sobre la vida.

—Sí, voy a hacerlo y tú vas a escucharme —dice muy seria. Doy un trago a al té y alzo una ceja como invitación para que siga hablando—. La vida es muy corta para huir de los problemas. No sé qué ocurrió en Barcelona, pero no puedes seguir escapando de ello. Además, Gina, ambas sabemos que eres una guerrera, no una de esas mujeres que se esconden cuando las cosas van mal.

—No es tan fácil, mamá, créeme.

—La vida nunca lo es, pero no renuncies a algo que amas sin luchar hasta el último aliento, de lo contrario lo lamentarás siempre.

Sus ojos me miran con sabiduría. Deposita un beso sobre mi pelo y se dirige hacia la puerta. Cuando la abre, se dirige a alguien que está al otro lado

y que desde aquí no consigo ver:

—Puedes pasar.

Mamá me mira, me guiña un ojo y entonces... Hugo entra en mi habitación. Estoy a punto de tirar la taza al suelo de la impresión.

¿Pero qué coño...?

—¿Qué haces aquí? —pregunto. Me pongo de pie y dejo la taza con su platito sobre el alféizar. De repente, tengo las manos temblorosas, el estómago se convierte en un nudo y las pulsaciones se me aceleran.

—Me gusta tu pijama —susurra.

Me pongo colorada al recordar que, pese a ser casi las seis de la tarde, sigo en pijama. Estos días en casa de mis padres los pijamas se han convertido en mi atuendo diario, total, apenas salgo al exterior.

Hoy llevo un esquijama estampado con estrellitas.

—No me has contestado. —Noto la lengua pastosa. Estoy nerviosa porque no me esperaba que Hugo apareciera así, de repente, y más en casa de mis padres el día antes de Nochebuena. Hay varias horas de Barcelona hasta aquí —. ¿Cómo sabías donde estaba?

—Paula me lo ha dicho.

Frunzo el ceño y maldigo a Paula mentalmente por haberme descubierto y

haber permitido esto.

—¿Y cómo has conseguido que mis padres te dejaran subir a mi habitación como si nada? Recuerdo que hace unos años no me dejaban estar aquí sola con chicos.

—Digamos que tu padre se ha ablandado cuando le he dicho que su hija era la mujer de mi vida y que había venido a llevármela conmigo de regreso a casa.

Trago saliva con dificultad. Después de un mes sin verlo, tenerlo cerca me afecta de una forma tan física que me es imposible ignorarlo. Las rodillas se me han aflojado, siento el corazón latir a gran velocidad dentro de mi pecho y el sudor humedece la palma de mis manos. Cuatro semanas sin verle y, de nuevo, Hugo se convierte en el eje que hace girar mi mundo.

Además, está muy sexy, pese a la barba de días que lleva algo descuidada. Se me escapa una risita cuando me fijo en el estampado de su camisa, con pequeños cactus. He echado tanto de menos sus camisas... Le he echado tanto de menos a él...

—Hugo... —susurro—. Sabes que lo nuestro no puede ser, te lo dije.

—Vuelve a explicarme por qué no podemos estar juntos —me pide, sentándose en mi cama.

Ay, Dios. Hugo en mi cama. Creo que me quedo sin aire.

—Porque soy una inmadura que no puede hacerse cargo de Estela —digo en un susurro. No me he preparado esta charla y noto como la inseguridad hace mella en el timbre de mi voz.

—Vale, y ahora dime la verdad.

—Esta es la verdad —insisto.

—Ambos sabemos que no, que hay algo que no me estás contando.

Hugo entrecierra los ojos y me mira con una de esas miradas tan tuyas, llenas de suficiencia, que me cabrean al instante.

Maldito egocéntrico, ¿por qué no puede aceptar que lo nuestro no puede ser? ¿Por qué ha tenido que venir hasta aquí para removerlo todo? De nada ha servido alejarme, no solo no he conseguido olvidarme de él, sino que siento un enorme alivio al tenerlo cerca, como si llevara semanas con una astilla clavada en la piel y acabara de quitármela.

—Mira, Hugo, lo siento, pero debes irte. No podemos estar juntos, es lo único que necesitas saber. Lo nuestro es imposible.

—Pero me quieres.

Bufo y las mejillas se me arrebolan.

—Eso no importa.

—Sí importa.

—Ya te lo dije, no estoy preparada para una relación seria. —Cambio de tercio, intentando recuperar los argumentos que usé la otra vez.

—¿Por qué me mientes?

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—Ven —me pide, dando una palmadita sobre el colchón.

Me resisto unos segundos, pero, inevitablemente, le hago caso. Me siento a su lado y su olor me envuelve, algo que nubla los sentidos.

—¿Qué es lo que me estás ocultando?

Noto como la voluntad y fortaleza que he estado manteniendo estas últimas semanas se desvanecen. Su mano se posa sobre la mía y su pulgar me acaricia los nudillos.

—Deberías irte —musito.

—Solo me iré cuando accedas a venir conmigo.

—¿Por qué eres tan cabezón? —pregunto chasqueando la lengua.

—Porque te quiero.

Cierro los ojos y suspiro con fuerza intentando ignorar el escalofrío que sacude mi cuerpo.

—Hugo, no podemos estar juntos. Si Lucía se entera de que has venido tendremos problemas...

Hugo parpadea confuso. Separa su mano de la mía y arquea una ceja.

—¿Qué tiene que ver Lucía con esto?

Me tapo la boca con la mano al darme cuenta de que he hablado más de la cuenta. Está demostrado: su proximidad me nubla el juicio.

—Olvida lo que he dicho.

—No quiero olvidarlo. ¿Qué pasa con Lucía?

Me paso las manos por el rostro y suelto un bufido.

—Mira, tienes que prometerme que no dirás nada, pero hace unas semanas Lucía vino a verme al trabajo y me amenazó con llevarse a Estela si no te dejaba. No podía permitir que eso pasara, Hugo, sabía que algo así te hundiría.

—¿Me estás diciendo que me dejaste porque Lucía te coaccionó? —me pregunta como si no diera crédito a mis palabras.

—No podía permitir que te arrebatara lo que más quieres —susurro.

Y sin poder evitarlo, rompo a llorar, porque la he cagado a base de bien al confesarle todo esto. El nudo de angustia no hace más que crecer y crecer. ¿Y Lucía descubre que he hablado? Hará lo imposible para joderle la vida y yo

seré la causante directa de que eso ocurra.

—Canija... —susurra, pasa un brazo por mi hombro y me atrae a él. Noto como su risa vibra contra mi pelo—. Entonces, ¿me dejaste por eso? ¿Sigues queriendo estar conmigo? ¿Quieres a Estela?

—Os quiero a los dos con todo mi corazón —digo a través de las lágrimas.

—Amor, si es por eso no tienes por qué preocuparte.

—¿Qué quieres decir? —Me separo de su pecho y le miro limpiándome el llanto en las mangas del pijama.

—Cuando Lucía me chantajeó a mí le pedí a Álvaro que me echara un cable con el asunto y ha estado ocupándose del tema. Ha estudiado todas las opciones legales que tiene Lucía de arrebatarme a Estela, pero está convencido de que eso es imposible porque antes de irse la otra vez tuvo que firmar un papel de renuncia de su custodia.

—Entonces... ¿no puede quedarse con ella?

Niega con la cabeza y noto como la tensión abandona mi cuerpo hasta dejarme completamente flácida. El nudo del estómago se afloja y las lágrimas brotan de nuevo, aunque esta vez acompañadas de una enorme sonrisa.

—Si Lucía no puede llevar a cabo su amenaza no hay ningún impedimento

por el que tú y yo no podamos estar juntos, ¿verdad? —pregunta Hugo. Pasa sus pulgares por mis ojos con suavidad.

Ensancha mi sonrisa a la vez que un millón de mariposas alzan el vuelo y me hacen cosquillas en el estómago.

—Verdad.

Nos quedamos mirando y, antes de que pueda añadir nada más, su boca se abalanza sobre la mía. Nos besamos con intensidad, con ganas, con amor, con todo. Acabamos tumbados sobre la cama mientras su lengua se enreda con la mía y empieza a desabrochar la cremallera delantera de mi esquiama.

—Mis padres están abajo —susurro.

—En realidad no. Me han dicho que aprovecharían para ir a comprar no sé qué al pueblo de al lado...

—¿Cómo demonios has conseguido eso? —digo entre jadeos cuando mis pechos desnudos quedan al descubierto y su boca empieza a lamerlos con destreza.

—Con mi encanto natural...

Nos volvemos a besar con hambre. Sus manos acaban de desnudarme. Después soy yo la que le desnuda a él. Cuando quiero darme cuenta, Hugo ya está empujando entre mis piernas, con su mirada clavada en la mía.

—Gina... —susurra entre jadeos—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Nunca más te vuelvas a ir, canija. Juntos somos infinitos e invencibles.

Y entre jadeos, nos dejamos ir.

Epílogo

5 años después...

—Venga, chicas, que llegamos tarde —nos grita Hugo exasperado desde el salón.

Me pongo el pintalabios rojo, compruebo que ningún pelo se ha soltado del recogido que llevo y salgo del baño.

—Ya me gustaría a mí ver cómo te mueves tú con 20 kilos de más —le ataco, poniendo la mano sobre mi barriga abultada.

Hugo me mira con dulzura y sonrío. A mí también se me escapa una media sonrisa cuando veo la camisa que va a llevar hoy, estampada con corazones.

—Aun así, estás preciosa, canija.

—Más te vale que lo esté, porque esto de aquí —me señalo el estómago —, es cosa tuya.

—Tú también participaste un poco, ¿no? —pregunta de forma seductora. Me coge de la cintura por detrás y deposita un beso sobre mi cuello.

Por si te queda alguna duda, lo confirmo: estoy embarazada. Dentro de tres

semanas vamos a traer al mundo a una niña que se va a llamar Anna (nombre elegido por Estela). En el embarazo he engordado un montón: tengo los tobillos hinchados, la cabeza redonda como un melón y la sensación de que soy un globo de helio que en cualquier momento saldrá volando.

Hugo me acaricia la tripa y justo en este momento aparece Estela, que acaba de bajar las escaleras del primer piso hasta la planta baja.

—¿Zapatos plateados o negros? —me pregunta enseñándome los dos pares.

Estela se ha convertido en una mujercita preciosa, con una figura esbelta y curvilínea que traerá de cabeza a quién se proponga dentro de unos años. Además, hoy está guapísima. La peluquera le ha hecho un recogido muy sofisticado y lleva un vestido color aguamarina que se ajusta a la perfección a su figura.

—Los plateados —digo yo.

—Vale, gracias. —Se sienta en el último escalón y se los pone, dejando los otros a un lado.

—Yo no quiero meteros prisa, pero como no salgamos ya, llegaremos tarde, y os recuerdo que yo soy el padrino.

—Y yo la dama de honor —añado.

Aunque más que una dama de honor, con lo gorda que me estoy, parezco la orca protagonista de *Salvada Willy*.

—Es verdad, será mejor que vayamos tirando, más que nada para asegurarnos de que el novio no se escapa por la ventana del baño —bromea Estela, poniéndose en pie.

Y es que el novio no es el típico hombre que parece querer comprometerse, aunque mi amiga lo cazó bien cazado.

A estas alturas supongo que ya habréis adivinado que estamos hablando de Álvaro y Paula. Después de que Hugo y yo volviéramos a estar juntos, quedé un día con Paula y me confesó que estaba enamorada de él. He de admitir que al principio estaba muy escéptica con ese par, pero el caso es que llevan ya cinco años juntos, cinco años en los que Álvaro, el seductor mojabragas, abraza la monogamia.

—Mamá, ¿te cojo el bolso? —me pregunta Estela que vuelve a subir las escaleras trotando.

—Sí, cielo, está encima de mi cama. ¡Ah! Y cógeme también la chaquetilla blanca, por si refresca a la noche.

Estela afirma con la cabeza y desaparece escaleras arriba.

Desde hace un par de años Estela me llama mamá. ¿Qué pasó con Lucía?

Pues bien... digamos que cuando Hugo habló con ella y le dijo que volvíamos a estar juntos, que nunca volvería con ella y que jamás podría recuperar la custodia de Estela, desapareció del mapa. Se esfumó. Poco después supimos que había regresado a los Estados Unidos.

La verdad es que cuando pienso en aquella época aún tengo sentimientos encontrados con todo lo que vivimos. Al final las cosas acabaron bien y Hugo y yo tuvimos nuestro final feliz, pero sufrimos como condenados durante el proceso.

Estela baja de nuevo las escaleras, me tiende el bolso y la chaquetilla y salimos al exterior.

Se me escapa una sonrisa cuando me fijo en la valla de color rojo que instaló Hugo el día en el que nos mudamos en nuestra pequeña casa a las afueras de la ciudad.

—Una valla roja para la chica de los labios rojos —me dijo justo antes de empezar a colocarla en el jardín.

Esperamos de pie mientras Hugo saca el coche del parking. Aprovecho estos minutos para mirar nuestra casa, nuestro hogar. Estoy tan feliz de haber construido todo esto junto a Hugo... Mi archienemigo número uno que acabó resultando ser el hombre de mi vida y mi marido.

Hugo y yo nos casamos año y medio después de nuestra reconciliación. Me

pidió matrimonio un día en el que estábamos leyendo en la cama.

—¿Por qué no nos casamos? —preguntó cerrando el libro de golpe.

—¿Hablas en serio? —Le miré alucinada.

—Creo que nunca he hablado más en serio.

Un torbellino de emociones me encogió el estómago.

—Al menos podrías habérmelo pedido con un anillo, ¿no? —bromeé, con los ojos brillantes por la emoción.

Hugo cogió la botellita de plástico que tenía sobre la mesita de noche, le quitó la anilla y me la puso de en el dedo.

—Gina Estévez, me harías el hombre más feliz del universo si te convirtieras en mi esposa, ¿te casas conmigo?

Dije que sí, claro.

Nos casamos por el ayuntamiento una mañana de abril y lo celebramos con nuestros más allegados, fue algo muy íntimo y sencillo, pero especial.

Desde entonces las cosas nos van bien. Seguimos trabajando juntos, aunque hace un par de años que abandonamos Creative Energy y fundamos una nueva agencia de publicidad junto a Mario, una más pequeña, menos ambiciosa, pero que nos permite conciliar vida familiar y laboral.

Hugo aparece con el coche, baja la ventanilla y nos guiña un ojo.

—¿Nos vamos, preciosas?

Y sin más, subimos al coche y ponemos rumbo hacia la iglesia.

FIN

Sobre la autora

¡Hola! Soy Anina Roma, tengo 33 años, vivo en Barcelona y estudié diseño gráfico, aunque actualmente trabajo como escritora freelance para portales web de diversas temáticas.

Soy adicta a Netflix, a Pinterest y a la cafeína en todas sus formas.

Si me encontrara con el genio de la lámpara y me concediera tres deseos, estos serían: comer sin engordar, recorrer el mundo con gastos pagados y ordenar la casa con el poder de la mente.

Podéis poneros en contacto conmigo en:

[Instagram](#)

[Facebook](#)

Contacto: aninaromantica@gmail.com